

CUENTOS DE PERRAULT



ED. "SATURNINO CALLEJA", S.A.

BIBLIOTECA PERLA

PRIMERA SERIE

XXX





CARLOS PERRAULT

CUENTOS

NUEVA VERSION CASTELLANA

ILUSTRACIONES DE R. DE PENAGOS



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

COPYRIGHT 1920 BY
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A.

PREFACIO DEL AUTOR

LA manera como el público ha recibido los trabajos de esta colección a medida que se le han ido ofreciendo separadamente, es una especie de garantía de que no desagradarán al aparecer todos juntos. Ciertamente que algunas personas que afectan ser graves y que poseen la suficiente inteligencia para advertir que estos cuentos están hechos de cualquier manera y que el asunto no es muy importante, los han mirado con menosprecio; pero hemos tenido la satisfacción de ver que las gentes de buen gusto no han sido de la misma opinión.

Se han complacido en reconocer que estas bagatelas no eran simples bagatelas, que encerraban una enseñanza útil y que la forma festiva del relato sólo fué elegida para que penetrasen más agradablemente en la imaginación y de una manera que instruyese y deleitase al mismo tiempo. Esto debía bastarme para no temer que se me acuse de haberme ocupado en cosas frívolas. Pero, como tengo que habérmelas con muchas personas que no atienden a razones y a las que sólo se puede convencer apelando a la autoridad

y al ejemplo de los antiguos, voy a satisfacerlas con respecto a este punto.

Las fábulas milesias, tan célebres entre los griegos y que constituyeron el encanto de Atenas y de Roma, no eran de un género distinto al de las fábulas de esta colección. La historia de la Matrona de Efeso, es de la misma naturaleza que la de Grisélida: una y otra son novelas, es decir, relatos de cosas que pueden haber sucedido y que no tienen nada contrario a la verosimilitud. La fábula de Psiquis, escrita por Luciano y por Apuleyo, es una pura ficción y un cuento de viejas, como el de Piel de Asno. Por eso vemos que Apuleyo hace que una vieja se lo cuente a una muchacha a quien han robado unos ladrones, así como todos los días cuentan a los niños el de Piel de Asno sus ayas o sus abuelas. La fábula del labrador que obtuvo de Júpiter el poder de disponer a su antojo de la lluvia y del buen tiempo y que usó de él de tal manera que sólo recogió un poco de paja sin pizca de grano, porque nunca pidió viento, ni frío, ni nieve, ni ninguna de estas cosas tan necesarias, sin embargo, para hacer fructificar las plantas, esta fábula, repito, es del mismo género que el cuento de "Los deseos ridículos", sólo que la una es seria y el otro cómico; pero una y otro vienen a decir que los hombres no saben lo que les conviene y que, llevados de la mano por la Providencia, son más felices que si todas las cosas les sucediesen a medida de sus deseos.

No creo que existiendo tan hermosos modelos en la antigüedad más prudente y más docta, haya dere-

cho a dirigirme ningún reproche. Hasta pretendo que más merecen mis fábulas ser relatadas que la mayor parte de los cuentos antiguos, particularmente el de la Matrona de Efeso y el de Psiquis, si se consideran desde el punto de vista de la enseñanza, cosa esencialísima en las fábulas y para la cual deben hacerse. Toda la enseñanza que se puede sacar de la Matrona de Efeso es que, muchas veces, las mujeres que parecen más virtuosas lo son menos que ninguna, y que, por lo tanto, casi no hay una que lo sea verdaderamente.

¿Quién no ve que esa doctrina es pésima y que no persigue otro fin que el de corromper a las mujeres con el mal ejemplo y el de hacerles creer que faltando a sus deberes no hacen más que seguir el camino seguido por todas? No sucede lo mismo con la doctrina de Grisélida, que tiende a inducir a las mujeres a soportar a sus maridos y a demostrar que no hay ninguno tan bárbaro y tan caprichoso que no pueda triunfar de él la paciencia de una mujer honrada.

Por lo que toca a la enseñanza encerrada en la fábula de Psiquis, fábula en sí misma muy linda y muy ingeniosa, la compararía a la de Piel de Asno, si supiese cuál es; pero hasta ahora no he podido adivinarla. Sé perfectamente que Psiquis significa alma; pero no comprendo lo que debemos entender por el Amor que está enamorado de Psiquis, es decir, del alma, y mucho menos entiendo lo que sigue de que Psiquis debía ser dichosa mientras no conociese a aquel que la amaba, que era el Amor; pero que sería

muy desgraciada en el momento en que llegase a conocerle: he aquí un enigma indescifrable para mí. Todo lo que se puede decir es que esta fábula, lo mismo que la mayor parte de las que nos quedan de los antiguos, sólo fueron hechas para deleitar, sin tener para nada en cuenta las buenas costumbres, que desatendían mucho.

No sucede lo mismo con los cuentos que nuestros abuelos inventaron para sus hijos. No los contaron con la elegancia y con las galas con que los griegos y los romanos embellecieron sus fábulas; pero siempre tuvieron buen cuidado de que sus cuentos encerrasen una enseñanza loable e instructiva. En todos ellos la virtud es recompensada y el vicio castigado. Todos tienden a poner a la vista las ventajas que ofrece el ser honrado, sufrido, prudente, laborioso y obediente, y las desgracias que les suceden a los que no lo son.

Ya es un hada que concede a una joven que le ha contestado cortésmente el don de que a cada palabra que diga le salga de la boca un diamante o una perla; ya otra muchacha que le ha respondido con grosería, que a cada palabra le salga de la boca una rana o un sapo. Ya son unos niños que por haber obedecido puntualmente a sus padres, se convierten en grandes señores; u otros que, por ser viciosos y desobedientes, se ven sumidos en la más espantosa desgracia.

Por frívolas y estrafalarias que sean las aventuras de todas estas fábulas, es indudable que despiertan

en los niños el deseo de parecerse a los que llegan a ser dichosos, a la par que el temor a las desgracias que afligen a los malos por su perversidad. ¿No es digno de alabanza que los padres, cuando sus hijos no son aún capaces de comprender las verdades desnudas de arrequives, se las hagan amar y tragar, si así puede decirse, encerradas en relatos agradables y adecuados a su tierna edad? Es increíble la avidez con que estas almas inocentes, cuya rectitud natural nada ha corrompido aún, reciben estas enseñanzas ocultas; aparecen tristes y abatidos mientras el héroe o la heroína del cuento son desgraciados, y lanzan exclamaciones de alegría cuando llega para ellos la hora de la felicidad; del mismo modo, después de haber soportado con impaciencia la prosperidad del malvado o de la malvada, se alegran al verlos al fin castigados como se merecen. Son semillas que se arrojan, que no producen al pronto más que movimientos de alegría o de tristeza, pero de las que nunca dejan de brotar buenas inclinaciones.

Yo hubiese podido hacer más agradables mis cuentos intercalando en ellos ciertas cosas un poco libres, con las que se acostumbra a animarlas, pero el deseo de agradar no me ha dominado nunca lo suficiente para violar la ley que me he impuesto de no escribir nada que pueda ofender el pudor o la decencia. He aquí un madrigal que, a propósito de esto, compuso una señorita muy inteligente, y escribió al frente del cuento de Piel de Asno que yo le había enviado.

La amable narración de "Piel de Asno"
se hace aquí con tal gracia y tal llaneza,
que tiene que agradar, porque yo misma
mientras fuí recordando la conseja,
gocé con ella cual gozaba antaño,
cuando ante la encendida chimenea
me contaba la historia mi nodriza.
Hay tan amables sátiras en ella
—sátiras sin malicias y sin hieles—,
que se complacen todos en leerlas.
Y lo que más agrada
es que, en su ingenuidad, cándida y tierna,
no hay una sola frase
que censurar pudieran
el confesor más rígido y severo
ni la madre más áspera y austera.

LA MARQUESA DE SALUCES O LA PACIENCIA DE GRISELIDA

A MADEMOISELLE ***

AL venir a ofreceros, linda niña,
este extraño modelo de paciencia,
no tengo la ilusión, ni mucho menos,
de que imitéis lo que la historia cuenta.
Ello fuera, realmente, demasiado.
Mas París, donde el hombre se nos muestra
siempre cortés, y donde el bello sexo
logra su anhelo de ventura intensa,
suele ofrecer ejemplos tan variados
de los vicios contrarios, que la idea
de deshacerle de ellos nos domina.
¡No habrá nunca en la tierra
antídotos bastantes
contra el veneno que París condensa!
Una admirable dama
tan sufrida y tan noble como aquella
cuya virtud celebro en estas páginas
podrá causar asombro por doquiera,
mas en París sería prodigiosa.
Aquí hay mujeres de sin par belleza,

que suelen conseguir que se realice
todo lo que desean.

Este es un pueblo amable y delicioso
habitado por reinas.

Así es, niña adorable, que imagino
que nadie ha de hacer caso de Grisélida,
y que sus anticuadas enseñanzas
risa darán. Y no es que la paciencia
sea virtud impropia de las damas
que hoy triunfan en París, sino que éstas
tienen, desde hace tiempo,
la habilidad perfecta
de hacer que la practiquen sus maridos,
y así se evitan practicarla ellas.



GRISÉLIDA

AL pie de las montañas formidables
donde nace, entre juntos y cañadas,
el claro Po, que alegre y rumoroso
lleva a los campos próximos sus aguas,
vivió un príncipe joven y valiente,
orgullo de su reino y de su raza.
El cielo derramó sobre este príncipe
dones preciosos y virtudes altas
que otorga a los que son sus favoritos
y para reyes poderosos guarda.
Apto para el oficio de la guerra,
ágil, robusto y de valor sin tacha,
amaba, al mismo tiempo
que el vibrante fragor de las batallas
y el cántico triunfal de las victorias,
las bellas artes en sus fases varias.

Su generoso corazón sensible
por el amor del pueblo se afanaba,
buscando en él la positiva gloria
de hacer feliz a su nación hidalga;
mas aquella envidiable inteligencia
se vió por una duda perturbada.
El príncipe, gallardo y generoso,
que a sus humildes súbditos amaba,
sintió por las mujeres
un odio injusto que amargó su alma.
La mujer de virtud más admirable
era, a su juicio, mentirosa y falsa.
Vió en las hembras espíritus mezquinos,
que viven dominados por el ansia
de ejercer una dura tiranía
sobre los hombres necios que las aman.
No vió más que maridos engañados
por mujeres hipócritas y fatuas...
Y creciendo aquel odio inextinguible,
juró que, aunque los cielos le otorgaran,
para hacerla su esposa,
una nueva Lucrecia enamorada,
su corazón jamás se rendiría
del dulce amor a las promesas vagas.
El príncipe, a diario
al gobierno del reino se entregaba,
y atento a los afanes de su pueblo
prudentes leyes sin cesar dictaba,
manteniendo el derecho de los débiles
con juicio recto y con medidas sabias.

Cumplidos sus deberes,
el joven rey lanzábase a la caza,
persiguiendo a los fieros animales
que, no obstante sus dientes y sus garras,
le daban menos miedo que las hembras
cuyos halagos sin cesar rehusaba.
Sin embargo, los súbditos del príncipe,
que tenían el ansia
de que tuviese el noble soberano
un sucesor que el día de mañana
les gobernase con igual dulzura,
tenaces le invitaban
a buscar una esposa que le diese
un heredero de su justa fama.
Por este afán llevado, cierto día
acudió el pueblo en masa
al palacio del príncipe. Un hidalgo
(el mejor orador de la comarca)
dijo cuanto se puede
decir en semejantes circunstancias.
Pidió en nombre del pueblo al soberano,
que, al fin, les diese la noticia grata
de que estaba dispuesto
a tener sucesión tan dilatada,
que asegurase para largos años
la ventura del reino. Las palabras
con que acabó el hidalgo su discurso
un suceso feliz vaticinaban,
pues eran una tierna profecía
de que el rey, atendiendo a sus mesnadas,

iba a elegir esposa que le diese
el heredero que su pueblo ansiaba.
Con tono más sencillo,
y con voz menos firme y entonada,
habló el rey a los suyos de esta suerte:
“Este celo que os trajo hasta mi alcázar
para pedirme que al amor me rinda,
es de vuestro cariño prueba clara,
y tan profundamente me conmueve
que quisiera acceder a vuestras ansias.
Mas sabed que, a mi juicio, el matrimonio
es una empresa ardua.
Id observando a todas las doncellas;
mientras están en la materna casa
todo es virtud sencilla y pudorosa,
todo es bondad honesta y recatada.
Pero apenas se entregan al marido,
ponen fin a la farsa,
y asegurando el porvenir opinan
que ya la discreción no es necesaria.
Su papel abandonan, aunque sufran,
y al verse ya casadas
siguen por el sendero
que su capricho o su tesón les marca.
La de carácter triste y melancólico
acaba convirtiéndose en beata
que refunfuña y gruñe a todas horas.
A la coqueta, amiga de la charla,
cincuenta amantes le parecen pocos.
La que a las artes es aficionada

da en todo su opinión, con gran aplomo,
y critica al autor de mayor fama,
presumiendo de culta. La que al juego
se entrega, pierde alhajas,
ropas, muebles, dinero, cuanto tiene,
arruinando al marido con sus mañas.
Teniendo tan diversos caracteres,
todas ellas coinciden, ¡cosa rara!,
en querer imponer sus voluntades
y en ser eternamente las que mandan.
Esto impide vivir a los esposos
con el sosiego y con la paz soñada.
Así, pues, si queréis que me decida
a casarme, buscad en mis comarcas
una linda doncella sin orgullo,
de paciencia probada,
de perfecta obediencia,
sin voluntad ni caprichosas faltas.
Así que la encontréis, yo os aseguro
que he de hacerla mi esposa sin tardanza.”
Cuando hubo terminado su discurso
montó el gallardo príncipe en su jaca
y fué a buscar a algunos compañeros,
que ya en plena llanura le aguardaban,
para entregarse todos
al placer inefable de la caza.
Estando ya reunidos y dispuestos,
suenan las trompas que a los perros llaman,
y cuyos roncós ecos en el bosque
hacen temblar encinas centenarias.



... por la más linda niña que hasta entonces el insensible príncipe encontrara.

Las jaurías de galgos corredores
surgen ladrando entre las verdes matas.
Todo es bullicio, animación y risas
al iniciarse la feliz jornada.

Ya galopan los perros tras el ciervo
cuando dispone el príncipe la marcha...

Y entre el ronco sonido de las trompas,
los vibrantes relinchos de las jacas
y el agudo ladrar de los lebreles,
cruza el bosque la alegre cabalgata.

Por pura coincidencia,
o porque así el Destino lo mandara,
sin que nadie le siga, marcha el príncipe
por una estrecha senda extraviada.

Cuando más va corriendo su caballo,
más de sus compañeros se separa.

Y, al fin, tanto se aleja,
que ni oye de los perros la algazara
ni percibe las roncadas vibraciones
de las trompas de caza.

El príncipe se encuentra en un paraje
lleno de encinas de tupidas ramas
y alegrado por límpidos arroyos
de bulliciosas aguas.

Era tan bello el sitio, en que Natura
en toda su belleza se mostraba,
que el cazador bendijo, entusiasmado,
el error que hasta allí le encaminara.
Absorto en los amables pensamientos
que inspira el campo a las sencillas almas,

súbitamente herido
sintió su corazón y su mirada
por la más linda niña que hasta entonces
el insensible príncipe encontrara.
Era una pastorcilla
que, en el tronco de un árbol recostada,
guardaba su rebaño y, hacendosa,
un blanco copo de algodón hilaba.
El corazón más duro se rendía
ante aquella muchacha
de fresca tez, como la nieve pura,
como la nieve blanca.
Era roja su boca, y sus pupilas,
por oscuras pestañas sombreadas,
el tono azul del azulado cielo
y sus luces espléndidas copiaban.
El príncipe, escondido entre el bosque,
contempla a la pastora, y en su alma
una pasión desconocida surge
que le hace suspirar con dulces ansias.
Oye el leve rumor la pastorcilla
y, volviendo hacia el bosque sus miradas,
advierte que la espían.
Su blanco rostro tíñese de grana,
y, tímido y cobarde,
triumfa el pudor en sus pupilas francas.
Bajo el velo inocente
de esta dulce modestia avergonzada,
el príncipe descubre una dulzura,
una sencilla ingenuidad, tan rara,

que no hubiese pensado que existían
hasta no conocer a la zagala.

Azorado y más tímido que ella
hacia la humilde pastorcilla avanza,
diciendo con voz trémula

que, entregado a los goces de la caza,
se perdió en un sendero y anda en busca
de todos sus alegres camaradas.

“Por aquí no han pasado—dice ella—.

Sólo os he visto a vos; mas tened calma
que yo sabré guiaros por el bosque
y hallaréis a los vuestros sin tardanza.”

“Gracias le doy al cielo—dice el príncipe—.

que a este lugar condujo mis pisadas:
yo, que conozco el bosque palmo a palmo,
no he conocido sus mejores galas.”

Entonces vió la humilde pastorcilla
que el príncipe, sediento, se inclinaba
hacia el fresco arroyuelo rumoroso
para gustar sus cristalinas aguas.

“Aguardad un momento, caballero”,
dijo, y marchó corriendo a su cabaña
para volver al punto

con una humilde taza
que al cazador ofrece, con un gesto
lleno de amable y de sencilla gracia.

¡Las más preciadas copas
de cristal o de ágata,
donde brillan las gemas, y que fueron
por insignes artífices labradas,

no tuvieron jamás para el sediento príncipe, la belleza extraordinaria de aquel vaso de arcilla deleznable que le dió la zagala!

Para hallar un camino que conduzca al cazador a la ciudad lejana, cruzan él y la pobre pastorcilla bosques frondosos, rocas escarpadas y grandiosos torrentes donde rugen, hechas espuma, las hirvientes aguas. Siempre que van por un sendero nuevo, el príncipe retiene en la mirada todos cuantos detalles le rodean y en su memoria traza el plano del paraje con su ingenio de enamorado que en volver se afana. Llegan, por fin, a un fresco bosquecillo, y allí, a través de las tupidas ramas, ve el príncipe, a lo lejos, los áureos techos de su hermoso alcázar. De la bella pastora se despide, temblando de emoción y de esperanzas, y se va lentamente, con el pecho lleno de amor por la gentil zagala. De la aventura el mágico recuerdo le hace tornar alegre hacia su casa... Pero al siguiente día, pensando en la pastora, tan lejana, una mortal tristeza le acongoja y una honda pena le destroza el alma.

Cuando le fué posible, volvió al campo
con el pretexto de salir de caza,
y abandonando a todos sus amigos,
buscó otra vez la senda extraviada.
Las cumbres de los montes,
en las que ansiosamente se fijara,
y los añosos troncos
de las recias encinas centenarias
guiáronle en su camino de tal modo
que, a pesar de las mil encrucijadas,
de senderos diversos, llega al bosque
donde tiene la niña su morada.
Habla con ella, y sabe
que vive con su padre en la cabaña,
que se llama Grisélida y que tienen,
para gozar de una existencia plácida,
la leche que les brindan los rebaños
y los frutos que el huerto les depara.
Y que, hilando en la rueca
de sus ovejas la abundante lana,
ella misma se teje los vestidos,
humilde adorno de sus lindas gracias.
El príncipe la escucha, y le enamora
la sublime hermosura de su alma,
copiada en sus facciones peregrinas
y en sus ojos azules reflejada.
Satisface al ilustre caballero
que sus primeras amorosas ansias
hubieran sido, venturosamente,
por tan hermosa niña despertadas.

Y, tornando al palacio donde habita,
 convoca sin tardanza
 aquella misma tarde a su Consejo
 y de este modo a los ministros habla:
 “Accediendo, por fin, a los deseos
 que hace poco mi pueblo me expresara,
 voy a elegir esposa,
 no entre las hijas de nación extraña,
 ni entre las ricas hembras de mi corte;
 me casaré en mi patria
 con una niña hermosa y bien nacida,
 de rostro bello y de virtudes varias,
 como hicieron antaño mis abuelos.
 No os digo más, pues con lo dicho basta
 para que estéis tranquilos hasta el día
 en que os presente a todos a mi dama.”
 De entusiasmo se llena al escucharlo
 poco después la turba congregada,
 y es el más satisfecho
 aquel gran orador de la comarca,
 que a su magno y profético discurso
 la decisión del soberano achaca.
 ¡Qué presumido por las calles iba!
 ¡Qué importancia se daba!...
 “No hay nadie que resista a la elocuencia
 admirable y sin par de mis palabras”,
 se decía a sí mismo
 rebosando de estúpida arrogancia.
 Pero lo más gracioso fué el trabajo
 que en la ciudad tomáronse las damas

por conseguir que el príncipe
reparase en sus gracias
y cayese a los pies de alguna de ellas
y su fogoso amor le confesara.
Como ya en todo el reino se sabía
que para esposa el príncipe buscaba
una mujer humilde,
de aire sencillo y de costumbres castas,
todas dulcificaron su semblante,
humillaron la hipócrita mirada,
prescindieron de rizos y de bucles,
y en los trajes de moda que llevaban
cubrieron el escote exagerado
y alargaron las mangas,
creyendo de este modo
que al príncipe soltero conquistaban.
En la ciudad, muchísimos artistas,
afanosos y rápidos, trabajan
en los preparativos de la boda
para una fecha próxima anunciada.
Se construyen carrozas admirables,
de formas tan variadas,
que no se vieron nunca
otras de más valor en la comarca.
Para ver el desfile del cortejo
espléndidas tribunas se levantan.
Bellos arcos triunfales, adornados
con hermosas guirnaldas,
se elevan por doquier, en homenaje
al príncipe guerrero y entusiasta,

vencedor en mil luchas, y vencido
por el amor en la primer batalla.
Allí, un hábil artífice
prepara los cohetes y bengalas
que, entre el tronar de inofensiva pólvora
y el temor de las gentes asustadas,
se elevarán al cielo, constelándolo
de mil nuevas estrellas ignoradas.
Acullá, de una alegre pantomima
las escenas irónicas se ensayan...
Los mejores cantantes
de interpretar se encargan
una ópera admirable y melodiosa,
la más sublime que produjo Italia.
¡Llegó por fin el día
de celebrar la boda deseada!
Apenas sobre el cielo luminoso
la esplendorosa aurora entremezclaba
el oro y el azul, se despertaron
las damas de la Corte ilusionadas.
Los curiosos invaden
en confuso montón calles y plazas,
y, para contener al populacho,
en varios sitios se establecen guardias.
En el palacio espléndido del príncipe
vibran clarines, gimen las dulzainas
y redoblan tambores
poblando el aire con sus notas varias.
Rodeado de su corte
sale por fin el príncipe. Le aclama



la multitud, y con asombro unánime advierten todos que el cortejo marcha al inmediato bosque donde suele cazar con sus amigos el monarca.

“La afición le domina—dice el vulgo—, y, a pesar del amor, aun es la caza la más fuerte de todas sus pasiones.”

Seguido de la escolta que le guarda cruza el príncipe valles y praderas, escala riscos y arroyuelos salva, hasta llegar a la cabaña humilde en donde tiene albergue su adorada. Grisélida, enterada de la boda por la voz de la fama, hallábase vestida con sus mejores galas para ir a ver la hermosa ceremonia.

Y al salir de su rústica morada,
se halló con el cortejo
que llegaba a las puertas de la casa.
“—¿Adónde vais, pastora, con tal prisa?
—dijo el gallardo príncipe mirándola
con ternura infinita—.

No os inquietéis, lindísima zagala...
Vais a una boda en la que soy el novio,
pero que no podrá ser ultimada
sin estar vos presente. Yo os adoro
y os he elegido entre beldades varias
para haceros mi amante compañera,
si es que aceptáis mis amorosas ansias.”

“—¡ Ah, señor!—dice ella—,
¿cómo voy a creerme destinada
a semejante honor? ¿Queréis burlaros
de esta pobre muchacha?”

“—No, no—replica el príncipe—;
todo es sinceridad en mis palabras,
ya tengo en mi favor a vuestro padre.
(Y en verdad que el monarca
se cuidó de avisarle de antemano
al padre de la rústica zagala.)

Sed buena y concededme vuestra mano,
esto es únicamente lo que falta.

Pero si han de reinar entre nosotros
inalterable paz y eterna calma,
jurad que en vuestro hogar ha de ser siempre
mi voluntad la dueña y soberana.”

“—Lo juro—dijo entonces la pastora—.

Si estuviese casada
con el mozo más pobre de la aldea,
siempre obediente y tierna me mostrara,
y su yugo sería
para mi amor una ligera carga.
¿Cómo no habrá de serlo
si vais a ser mi esposo y mi monarca?"
En tanto que el cortejo aplaude al príncipe
y su elección alaba,
él lleva a la pastora a que la vistan
las espléndidas ropas destinadas
a las esposas de los grandes reyes.
Numerosas doncellas y azafatas
penetran en la choza, y diligentes
su habilidad y su saber consagran
a dar aire gracioso a cada prenda;
y en la humilde cabaña,
en la que apenas caben las reunidas
en honor de la nueva soberana,
admiran todos la sin par limpieza
que se advierte en la estancia
a la que un amplio plátano le brinda
su amable sombra y su frescura grata.
Sale, al fin, de la choza,
gentil y seductora la zagala.
No se oyen por doquiera
sino músicas, cantos y alabanzas
a la hermosura de la nueva reina.
Mas, bajo aquella pompa inusitada,
más de una vez el príncipe

echó de menos la inocencia casta
y las sencillas ropas que vistiera
la humilde pastorcita otras mañanas.
En enorme carroza
de oro y marfil, con infinita gracia,
sentóse la zagala, y a su lado,
con juvenil orgullo y arrogancia,
acomodóse el príncipe, dichoso
de verse al fin con la mujer que ama.
En las demás carrozas
el cortejo se instala,
y cada personaje ocupa el sitio
que su cargo en la Corte le depara.
El pueblo, entusiasmado y bullanguero,
que en la ciudad aguarda
a los nuevos esposos,
los acoge con vítores y palmas.
Cerca la muchedumbre el carruaje,
entre alegres clamores entusiastas,
se asustan los caballos, se encabritan,
retroceden, piafan,
y sólo a costa de infinito esfuerzo
hacia la iglesia avanzan.
Una vez en el templo, se celebra
la nupcial ceremonia. Y terminada,
cuando ya están los jóvenes esposos
unidos para siempre, se trasladan
al palacio magnífico
donde infinitas fiestas les preparan.
Las músicas, los bailes y los juegos

llevan a todas partes la algazara,
y llega la alegría
al último rincón de la comarca.
Cuando viene la noche,
y el rubio amor, con sus dulzuras castas
y sus tiernos transportes inefables,
corona la jornada.

Al otro día las diversas clases
del reino, acuden al soberbio alcázar
para expresar al nuevo matrimonio
sus felicitaciones entusiastas,
por boca de los dignos magistrados.
Rodeada de sus damas,
la princesa Grisélida,
sin demostrar asombro, les aguarda,
y con tal discreción acoge a todos,
que no parece una infeliz zagala,
sino una dama ilustre
a vivir en la Corte acostumbrada.
Su lozana y despierta inteligencia
suple en todo momento su ignorancia
y la lleva a enterarse tan a fondo
del carácter diverso de sus damas,
que llegó a dirigir las con la misma
facilidad que antaño demostraba
dirigiendo el rebaño, sometido
a su experta y constante vigilancia.
Antes de hacer el año de la boda
lograron ver los príncipes colmada
su ventura inefable con un hijo.

No fué un varón, como ellos deseaban,
mas fué una princesita
tan linda y tan graciosa, que, al mirarla,
sentíanse los padres orgullosos
del ángel que su hogar hermoseaba.
Pasábanse las horas inclinados
sobre la cuna blanca
donde, tranquila y candorosamente,
la rubia princesita descansaba.
Alegre y satisfecha con su hijita,
la joven reina decidió criarla
por encontrar odiosa la conducta
de las madres ingratas
que entregan a sus hijos adorados
al cuidado de gentes mercenarias.
Acaso porque fuera menos viva
la hoguera apasionada
que en los primeros tiempos de su idilio
el corazón del príncipe abrasaba,
o quizá porque el trágico rescoldo
de su antigua manía visionaria
prendiese nuevamente
y su densa humareda le cegara,
ello fué que el esposo enamorado
vió su dicha turbada
por el temor de antaño. Cuanto hacía
la princesa gentil, imaginaba
que eran demostraciones insinceras,
propias de una mujer astuta y falsa.
Le enoja su virtud indiscutible,

y, atormentado por la duda amarga,
 da por ciertas el príncipe
 las siniestras sospechas que le asaltan
 y se cubre de negros nubarrones
 de su ventura el dulce panorama.
 Pretendiendo calmar la pesadumbre
 que destroza su alma,
 sigue a su esposa, la custodia siempre,
 la cerca y se complace en abrumarla
 con las muchas molestias
 de una estrecha e inútil vigilancia,
 con el designio oculto
 de hallar en su conducta alguna tacha.

“Soy excesivamente confiado

—el príncipe pensaba—;

si su virtud es firme y duradera,
 no podrán las durezas inquietarla
 y hasta se hará más fuerte y más entero
 el temple de su alma.”

Siguiendo este criterio tan absurdo,
 la encierra en el alcázar,
 lejos de los placeres de la Corte,
 en una humilde estancia.

Pensando que las ricas vestiduras
 y las bellas alhajas
 son el mayor encanto para el sexo
 cuya misión más alta
 es la de enamorar a los mortales,
 la exige con estúpida arrogancia
 las perlas, los diamantes, los rubíes



que en prenda de cariño le entregara.
Ella, cuya conducta es intachable
y que sólo se afana
por servir a su esposo, le devuelve
las joyas sin tardanza.

Y siente tal cariño por el príncipe
que, al ver que le complace recobrarlas,
piensa, más que en su pena, en la alegría
de obedecer al dueño de su alma.

“Mi esposo me atormenta—reflexiona—
por ver si soy humilde y resignada.
Piensa quizá, que un plácido reposo
puede dañar a la virtud más alta,
y me somete a tan amargas pruebas
para saber si es firme mi constancia.
Si no es tal su propósito,
yo tengo al menos la evidencia clara

de que estos sufrimientos
la voluntad divina me los manda
para probar mi fe. Mientras hay muchas
infelices que vagan
a merced de sus múltiples pasiones
por peligrosas sendas ignoradas,
sin que el Señor estime que es preciso
del fatal precipicio separarlas,
por un impulso de bondad suprema
del peligro me aparta
y se propone corregir mis yerros.
¡Bendigo sus bondades soberanas,
pues sólo el que ha sufrido gusta luego
de una ventura eterna y reposada!”
Aunque el príncipe advierte que su esposa
a sus mandatos ásperos se allana
y obedece sus órdenes severas,
piensa de nuevo: “Sus virtudes falsas
resistieron los golpes que ha sufrido
porque ninguno alcanza
al objeto en que puso las ternuras
más vivas de su alma.
Para ponerla a prueba he de fijarme
en su hijita adorada...
Sólo mediante ella
se calmarán las dudas que me asaltan.”
Acababa una tarde
de dar el pecho la gentil zagala
al tierno objeto de su amor ardiente,
que, en su amoroso seno reclinada,

jugaba y sonreía,
cuando el esposo penetró en la estancia.
“—Mucho amáis a la niña—dijo el príncipe—,
pero tengo el deber de separarla
de vuestros dulces brazos
en esta edad temprana,
para que ya se forme su carácter,
y con el justo afán de preservarla
de los defectos que adquirir pudiera
si siempre a vuestro lado se encontrara.
He tenido la suerte
de encontrar una dama
de discreción y de talento grandes
que sabrá dirigirla y enseñarla.
Que aprenda las virtudes
y las lecciones varias
que son en las princesas de mi estirpe
la más brillante gala.
Disponeos, por tanto, a separaros
de la niña, pues vienen a buscarla.”
Sale del cuarto el príncipe
después de pronunciar estas palabras,
pues no es tan cruel que pueda
mirar indiferente cómo arrancan
de los amantes brazos de la madre
a la inocente niña castigada.
La princesa Grisélida,
bañado el rostro en lágrimas,
y sumida en mortal abatimiento,
a que se cumpla lo anunciado aguarda.

Apenas aparece ante su vista
el encargado de la odiosa hazaña,
“Hay que ser obediente”—dice humilde—.
Coge a la niña y con vehementes ansias
cubre su faz de maternales besos
mientras el ángel de su amor la abraza
con los tiernos bracitos, tan pequeños
que ni ceñirle puede la garganta.
Luego entrega la niña al emisario
y, cuando éste se marcha,
da rienda suelta a su dolor profundo,
¡que no hay cosa más trágica
que arrebatarse un hijo
del seno de una madre apasionada!

Cerca de la ciudad de nuestro cuento
había un monasterio de gran fama
donde, a una regla austera sometidas,
las vírgenes moraban
por una ilustre y mística abadesa
sin cesar vigiladas.
Allí, con gran misterio,
dejaron a la niña abandonada,
sin declarar quién era, aunque advirtiendo
que por la educación que le otorgaran
obtendrían valiosa recompensa
las nobles religiosas enclaustradas.
Ahogar pretende el príncipe, entretanto,
sus mil remordimientos en la caza.
Está ya su existencia

por su inútil crueldad atormentada,
y teme ver a su infeliz esposa
como se teme a la tigresa brava
a quien arrebataron sus cachorros.
Sin embargo, Grisélida le trata
con aquella ternura
y con aquel amor que le expresaba
en los felices días de su idilio.
Al ver esta bondad tan espontánea,
el príncipe sintióse avergonzado...
Mas triunfa en él su inextinguible saña,
y al cabo de dos días,
con angustiosa pena simulada,
fué a anunciar a Grisélida la muerte
de su hijita del alma.
El espantoso golpe
el corazón de la mujer desgarró.
Pero, al ver que su esposo palidece,
olvida su desgracia
y corre a consolarle en la tristeza
que se atreve a fingir para engañarla.
Este amor conyugal tan exaltado,
esta noble vehemencia inesperada,
conmovieron al príncipe hasta el punto
de que se inclina a descubrir la farsa.
Mas de nuevo despiertan sus rencores:
vuelve la duda a atormentarle y calla.
Sin embargo, aunque oculta su secreto,
después de la tristísima jornada
fué tal el mutuo amor de los esposos,

que jamás hubo amantes que llegaran
a tan dulces extremos de cariño
ni a tan sensibles y amorosas ansias.

El sol, para formar las estaciones,
en sus doce moradas
se alojó quince veces... ¡Quince años
en los que no hubo penas que turbaran
el idilio feliz de los esposos!
Porque cuando él gozaba
en enojar a la feliz Grisélida,
era impelido por la idea extraña
de evitar que su amor se aminorase...
como el herrero al trabajar derrama
agua sobre la lumbre agonizante
de la encendida fragua,
aumentando el calor de esta manera
de las ardientes brasas.

En tanto, la inocente princesita
en el convento donde albergue hallara
se hizo mujer discreta y adorable.
A la belleza espléndida heredada
de la humilde Grisélida,
unióse la nobleza altiva y grata
del padre insigne, y de ambos caracteres
la confusión extraña
dió origen a las raras perfecciones
de la cándida niña abandonada.
Un caballero ilustre de la Corte,

lleno de juventud y de arrogancia,
ve por casualidad a la princesa
a través de las rejas que la guardan.
Apenas la contempla,
arde su pecho en amorosas ansias.
Y con el raro instinto femenino
que permite a las damas
ver las heridas que sus ojos hacen
en el mismo momento en que las causan,
enteróse la amable princesita
de que el galán apuesto la adoraba.
Luego de resistir, como es debido,
antes de hacer entrega de su alma,
ella amó por su parte al caballero
con dulce afán y con ternura casta.
Imposible encontrar algún defecto
a aquel amante de apostura brava
y de familia ilustre.
Por coincidencia extraña,
el príncipe estimaba al caballero
y hasta hacerle su yerno proyectaba.
¡Imagínese, pues, su regocijo
apenas tuvo la sorpresa grata
de saber que ambos jóvenes
tiernamente se amaban!
Mas... de nuevo su instinto caprichoso
le indujo a la crueldad innecesaria
de atormentar a la feliz pareja
antes de que su anhelo realizara.
“Yō he de gozar haciéndoles dichosos

—el príncipe pensaba—;
pero es preciso que padezcan antes
y así ha de ser más firme la constancia
de su pasión naciente. Al mismo tiempo
ha de quedar de nuevo contrastada
la virtud de Grisélida, mi esposa.
No porque sienta ya desconfianza,
sino con el propósito laudable
de que conozcan sus virtudes varias
todos nuestros vasallos y la rindan
públicos homenajes de alabanzas.”
Con arreglo a este plan preconcebido
el príncipe declara
que no teniendo sucesor que pueda
heredarle, pues tuvo la desgracia
de que su única hija
muriera a poco de nacer, pensaba
contraer nuevamente matrimonio
con una ilustre dama
y repudiar a su primera esposa.
También hizo saber en la comarca
que la futura reina
se hallaba en un convento refugiada
y allí continuaría
hasta ocupar su trono en el alcázar.
¡Calcúlese el dolor de los amantes
cuando fué la noticia publicada!
Y, no contento el príncipe, a Grisélida,
la dulce y fiel esposa que adoraba
al marido inconstante, le asegura

que es preciso evitar una desgracia
y tiene que alejarse de su lado,
pues la plebe, indignada
por el humilde origen de la reina,
obliga al soberano a repudiarla
y a buscar otra esposa
más digna de su estirpe y de su raza.
“Es preciso—le dijo—
que volváis otra vez a la cabaña
vistiendo vuestra ropa de pastora
que tenéis de antemano preparada.”
Escuchó la princesa el duro fallo
silenciosa, impasible, resignada,
y fingiendo un valor que no tenía,
porque el dolor le desgarraba el alma.
No se va de sus labios la sonrisa
y a sus ojos asómanse las lágrimas,
igual que en primavera, a un tiempo mismo
luce el sol y la lluvia se desata.
Casi sin voz, Grisélida murmura:
“Vos sois, señor, mi esposo y mi monarca,
y, por terrible que el mandato sea,
una vez más demostraré que nada
hay para mí más grato
que obedecer cuanto mi dueño manda.”
Marcha luego a su cuarto y se despoja
de sus lujosas galas
para vestirse, con dolor inmenso,
sus pobres vestiduras de zagala.
Con este humilde traje

vuelve a buscar al príncipe y le habla
de esta suerte: “No puedo abandonaros
ni salir de esta casa
sin que me perdonéis por mi delito
de no haceros feliz como anhelaba.
Podré en lo sucesivo
soportar en silencio mi desgracia;
mas no quisiera ser, esposo mío,
de vuestro enojo causa.

Concededme el perdón, y satisfecha
regresaré de nuevo a mi cabaña,
donde no han de alterarse ni el respeto,
ni el amor que inspirasteis a mi alma.”

El príncipe, advirtiendo conmovido
la dulce sumisión de la zagala,
sintió que el fuego de su amor antiguo
le iba envolviendo en ardorosa llama,
y casi estuvo a punto
de dar fin a la farsa.

Rebosando de amor y de ternura
y procurando contener sus lágrimas,
avanzó hasta Grisélida
con el íntimo anhelo de abrazarla;
mas su inquietud renace de improviso,
y, conteniendo su pasión, exclama:
“Yo no me acuerdo ya de lo pasado.
Idos. Ya es hora de ponerse en marcha.”
Abandona el palacio la princesa:
su padre la acompaña,
y al verla con su mísero vestido



... y vuelve a hilar a orillas del arroyo donde su ingrato esposo la encontraría.



siente el anciano que el dolor traspasa
su corazón y llora desolado.

Mañ la humilde zagala
le dice sonriente: “Padre mío,
volvamos a la rústica cabaña,
a los umbrosos bosques
donde pasé mi venturosa infancia,
y abandonemos sin dolor la pompa
de este dorado alcázar.

No habrá magnificencia en nuestro albergue,
pero hay en él inextinguible calma,
y una tranquilidad más duradera,
y una paz que al espíritu le halaga.”

Apenas llega al bosque la pastora
coge la pobre rueca abandonada
y vuelve a hilar a orillas del arroyo
donde su ingrato esposo la encontrara.

Allí su corazón enamorado,
que ningún odio guarda,
pide al cielo cien veces cada día
que dé al príncipe honor y bienandanzas.
¡Un amor avivado con caricias
no supera al amor de la zagala!...
Y queriendo el esposo
probarla aún más, dispone que a buscarla
acudan dos criados y la encarguen
que a su presencia llegue sin tardanza.
“Es preciso, Grisélida—le dice—,
que la princesa, a quien daré mañana
mi mano y mi corona, satisfecha
quede apenas penetre en el alcázar.
Os ruego, por lo tanto, que arregléis
el salón de la nueva soberana
cuidando los detalles
para que no se advierta ni una falta.
Quiero que se me sirva como a un príncipe,
sin que jamás se me escatime nada.
Disponed lo preciso
y adornad las estancias
de manera que el arte y la belleza
se ofrezcan por doquier a la mirada.
Y a fin de que os mostréis más cuidadosa
al cumplir la misión que se os encarga,
os voy a presentar a mi futura
para que os mande lo que más le plazca.”
Llegó, en efecto, la gentil princesa,
más bella que la aurora sonrosada

cuando se muestra en el lejano oriente
entre celajes de arreból y plata.

Contemplando a la joven, la pastora
advirtió que en el fondo de su alma
surgió un dulce transporte de ternura
que un recuerdo lejano despertaba.

Las lágrimas ácuden a sus ojos
y murmura en voz baja:

“De haber querido el cielo
escuchar mis plegarias,
hoy tendría la hijita

que me fué bruscamente arrebatada
la misma edad que esta gentil princesa
y es posible que fuese tan gallarda,
tan linda como ella y tan amable...”

Y en el momento, sin saber la causa,
un afecto tan vivo y tan sincero
sintió hacia la futura soberana,
que, obedeciendo a su secreto instinto,
apenas ella abandonó la estancia,
de este modo habló al príncipe:

“Permitidme que os haga
observar que esta joven seductora,
que entre el fausto y el lujo fué criada,
no podrá soportar el mismo trato
de vuestra altiva voluntad tiránica
que yo, por la humildad de mi linaje,
he soportado con virtud cristiana.
Ella, que no conoce el sufrimiento,
puede morir a la menor palabra

desdeñosa y altiva
con que vos pretendáis atormentarla.
¡Oh, señor, os suplico que tengáis
con esta niña la mayor templanza!”
“Ocupaos—dijo el príncipe, severo—
de ejecutar aquello que se os manda,
sin venir a explicarme mis deberes,
olvidando que sois una aldeana.”
Escuchando estas frases la pastora,
baja humildes los ojos y se marcha...

ENTRE tanto al palacio
llegaron las personas invitadas
para asistir al acto de la boda.
El príncipe las lleva a una gran sala,
y, antes de comenzar la ceremonia,
les dice así: “Después de la esperanza
nada hay tan engañoso en este mundo
como las apariencias. En mi alcázar
puede verse un ejemplo indiscutible.

¿Quién no cree que mi amada
estará satisfecha y orgullosa
cuando va a convertirse en soberana?
¡No es así, sin embargo! ¿Quién supone
que ese joven de indómita arrogancia
no asiste alegre a las nupciales fiestas
con la viva esperanza
de quedar vencedor en los torneos
que para divertiros se preparan?
¡Pues tampoco eso es cierto, amigos míos!
¿Quién piensa que no esté desesperada
y ardiendo en justa cólera Grisélida?
¡Pues, a pesar de pruebas tan amargas,
se resigna paciente y sin quejarse!
¿Y quién entre vosotros sospechara

que no esté yo orgulloso
ante el feliz idilio que me aguarda?
¡Pues habéis de saber que si la boda
que os trajo hasta mi casa
llegara a realizarse, yo sería
un hombre sometido a la desgracia!
¿Os parece difícil el enigma?
Yo os lo voy a explicar en dos palabras,
y así pondré remedio
a todas las desdichas de que hablaba.
Sabed que la doncella seductora
por quien parece que el amor me abrasa
no es otra que mi hija, y que la doy
por esposa a ese hidalgo que la ama,
y que es por ella amado
con infinitas ansias.
Sabed también que, lleno de ternura
por la paciencia noble y abnegada
de la mujer prudente y generosa
que soportó mis furias insensatas,
la traigo nuevamente a mi palacio,
y que pretendo reparar las faltas
de mi celoso espíritu colérico
consagrando mi vida a venerarla.
He de hacer que se cumplan sus deseos
con la misma constancia
que puse en sus tormentos
cuando un necio rencor me dominaba.
Y si ha de recordarse eternamente
por mis vasallos mi conducta ingrata,

también es justo que recuerden todos
la recompensa que obtendrá mañana
la sublime virtud imponderable
de esta mujer amante y resignada.”
Así como en las tardes tormentosas
en que las luces claras
del sol se ocultan bajo negras nubes
y en que la tempestad nos amenaza,
cuando los vientos el obscuro velo
de esas nubes desgarran,
y los rayos del sol lucen briosos,
y recobra el paisaje su lozana
belleza inimitable, todos ríen
viendo gozosos que el peligro pasa,
así la princesita,
al saber la noticia inesperada
de que es su padre el príncipe,
con regocijo sin igual lo abraza.
El padre, enternecido, la conduce
a donde está Grisélida, a quien tantas
emociones reunidas han privado
del color y del habla.
Su corazón, que traspasó mil veces
el agudo puñal de la desgracia,
y que era ya insensible a los dolores,
se rinde a esta ventura inusitada.
Abre los dulces, amorosos brazos
a la niña gentil. Brillan las lágrimas
del placer en sus ojos. Mas el príncipe
interrumpe la escena y dice: “¡Basta!”



Más tarde tendréis tiempo de entregaros
a los tiernos impulsos que os abrasan.
Ahora es preciso que os vistáis de nuevo
vuestras mejores galas,
porque nos urge celebrar las bodas.”
Conducen sin tardanza
a la iglesia a los jóvenes amantes
y allí queda su dicha realizada
con la mutua promesa
que, para siempre, enlazará sus almas.
Todo se vuelven fiestas y torneos,
baile, músicas, juegos y algazara,
deliciosos festines
y populares zambras,
en los cuales Grisélida
es el blanco de todas las miradas,

y oye cómo ponderan sus vasallos,
con afables palabras,
la bondad de su espíritu modesto
y el valeroso temple de su alma.
Y es tal el entusiasmo que la plebe
por el príncipe siente, que hasta alaba
la prueba cruel a la que deben todos
un modelo de esposas resignadas,
con la dulce humildad y las virtudes
que tanto adornan a las nobles damas,
pero que, por desdicha, en todas partes
son cada vez más raras.



A MONSIEUR ***

AL ENVIARLE GRISÉLIDA

SI yo hubiese atendido a todos los diferentes consejos que se me han dado con motivo de la obra que os envío, sólo hubiera quedado de ella el cuento mondo y lirondo; y, en ese caso, haría mejor en no tocarlo y en dejarlo en su papel azul, en el que ha estado tantos años. Primero se lo leí a dos amigos. “—Por qué —dijo uno de ellos— os extendéis tanto al hablar del carácter de nuestro héroe? ¿Qué necesidad hay de saber lo que hacía por la mañana en su consejo y menos aun en qué empleaba la tarde? Todo eso debe desaparecer.—Quitad, os lo suplico—agregó el otro—, la jocosa respuesta que da a los comisionados del pueblo que le instan a casarse; no le cuadra a un príncipe grave y serio. ¿Me permitís?—prosiguió—que os aconseje también que suprimáis la larga descripción de la cacería? ¿Qué tiene que ver todo eso con vuestra historia? Creedme, esos son adornos inútiles y vanos que empobrecen vuestro poema en lugar de enriquecerlo. Lo mismo ocurre —agregó— con los preparativos para la boda del príncipe; todo ello es ocioso e inútil. En cuanto a lo de esas damas que adoptan peinados más sencillos, que se cubren la garganta y se

alargan las mangas, es una chanza sin ninguna gracia, lo mismo que lo del orador que se aplaude a sí mismo por su elocuencia.—Yo pido además—dijo el que había hablado primero—que suprimáis las reflexiones cristianas de Grisélida, que dice que Dios quiere probarla: resultan un sermón fuera de lugar. Tampoco puedo soportar las crueldades de vuestro príncipe; me sacan de mis casillas; yo las quitaría. Verdad es que son esenciales; pero no importa. También suprimiría el episodio del caballero que no aparece más que para casarse con la princesita: alarga demasiado vuestro cuento.—Pero—observé yo—sin ese episodio el cuento acabaría mal.—No sé qué decir—me contestó—; de todos modos yo lo suprimiría.”

A los pocos días leí el mismo cuento a otros dos amigos míos, que no me dijeron una sola palabra sobre los puntos de que acabo de hablar, pero que la emprendieron con otros muchos. “—Lejos de quejarme de los rigores de vuestra crítica—les dije—, me quejo de que no es bastante severa; me habéis pasado infinidad de cosas que otros encuentran dignas de censura. — ¿Cuáles? — preguntaron. — Pretenden — respondí—que el carácter del príncipe está descrito demasiado minuciosamente y que no hay necesidad de saber lo que hacía en el consejo y mucho menos en lo que empleaba la tarde.—Al criticaros semejantes cosas se burlan de vos—exclamaron ambos a un tiempo—. Censuran—proseguí—la respuesta que da el príncipe a los que le invitan a casarse, por ser de-

masiado festiva e impropia de un príncipe grave y serio.—¡Bien!—replicó uno de ellos—; ¿y por qué ha de parecer mal que un príncipe de Italia, país en el que están acostumbrados a ver bromear a los hombres más graves y más dignos, y que por lo demás hace alarde de hablar mal de las mujeres y del matrimonio, temas que tanto se prestan a las chanzas, responda con un poco de chunga? Como quiera que sea, os pido gracia para este pasaje, lo mismo que para aquel otro del orador que creía haber convertido al príncipe y para el cambio de peinados; los que no han encontrado bien la respuesta festiva del príncipe deben de haber criticado también esos otros dos pasajes.—Habéis adivinado—dije—. Pero en cambio los que sólo gustan de las cosas alegres no pueden resistir las reflexiones cristianas de la princesa, que dice que Dios la quiere probar; aseguran que resultan un sermón fuera de lugar.—¿Fuera de lugar?—replicó el otro—; esas reflexiones, no solamente cuadrarán al personaje, sino que son muy necesarias. Teníais que hacer creíble la paciencia de vuestra heroína, ¿y cómo habíais de conseguirlo sino haciéndole considerar los malos tratos de su esposo como dispuestos por Dios? A no ser por eso la tomarían por la más estúpida de todas las mujeres, lo que seguramente no haría buen efecto.—También censuran—les dije—el episodio del caballero que se casa con la princesita.—Hacen mal—me contestaron—; como vuestra obra es un verdadero poema, aunque le déis el título de *novela*, es preciso que no deje nada que desear en

cuanto al final. Porque si la princesita se volviese a su convento sin casarse, después de haberlo esperado, ni ella quedaría contenta, ni los que leyesen la novela tampoco.”

Después de esta conferencia, tomé la resolución de dejar mi obra tal como estaba, sobre poco más o menos, cuando fué leída en la Academia. En una palabra, he cuidado de corregir las cosas que, según me han hecho ver, eran malas en sí mismas; pero, por lo que respecta a aquellas otras que no tenían más defecto que el de no ser del gusto de algunas personas, acaso excesivamente delicadas, he creído que no debía tocarlas.

Jamás, a nuestro juicio,
 es razón seriamente decisiva
 para que suprimamos
 un sabroso manjar de una comida,
 que un invitado tenga la desgracia
 de no gustar de cosas exquisitas.
 Y, puesto que es preciso
 que todo el mundo viva,
 ya que son diferentes nuestros gustos,
 también las viandas han de ser distintas,
 para que todos queden satisfechos
 y no surjan disgustos ni rencillas.

Como quiera que sea, he creído que debía remitirme al público, que siempre juzga bien. Sabré por él lo que debo creer y seguiré al pie de la letra sus consejos si alguna vez hago una segunda edición de esta obra.



PIEL DE ASNO

(CUENTO)

A LA SEÑORA MARQUESA DE L.

HAY gentes orgullosas y ceñudas
que únicamente estiman y toleran
lo que resulta espléndido y pomposo.
Por lo que a mí respecta,
me atrevo a asegurar que, en ciertos casos,
un exquisito espíritu cualquiera
puede gozar, sin timidez ninguna,
con el más infantil polichinela.
Y hay también ocasiones y lugares
en que más entretiene y más se aprecia
una linda y alegre patochada

que cualquier otra cosa grave y seria.
¿Por qué maravillarse
de que la inteligencia
de una persona rígida y sensata
cansada de encontrarse siempre alerta
guste de adormecerse
arrullada por una historia ingenua
de ogros, hadas, princesas y pastores?
Yo, sin temor a la censura ajena,
os quiero aquí contar de "Piel de Asno"
la historia detallada y verdadera.

PIEL DE ASNO

HUBO una vez un rey
(el más grande monarca de la tierra)

que era en la paz amable y generoso
y terrible en las prácticas guerreras,
tanto, que de igualársele con alguien,
con él mismo igualársele debiera.

La calma reinó siempre en sus estados,
pues las gentes de allende las fronteras,
del fiero soberano temerosas,
nunca quisieron luchas ni pependencias.

Así, en el amplio reino
florecedo de rosas y palmeras,
todo era paz, pues todos cultivaban
tanto el amor como las artes bellas.

El monarca tenía
una hermosa y amable compañera,
tan llena de bondades,
que era el rey, junto a ella,
el esposo más tiernamente amado
y el hombre más dichoso de la tierra.

De aquel casto himeneo

nació una tierna niña, una princesa,
 de altísimas virtudes adornada
 y de tan grande y mágica belleza,
 que no tuvieron que llorar los padres
 por no tener más larga descendencia.
 En el vasto palacio venturoso,
 todo era esplendidez, todo riqueza.
 Siempre hallabais en él mil palatinos
 y cientos de criados por doquiera.
 En las caballerizas, los caballos
 lucían sus espléndidas
 gualdrapas bellamente recamadas
 de plata y oro y de preciosas piedras.
 Mas lo que a todo el mundo sorprendía
 al entrar en las cuadras palaciegas
 era advertir que, en sitio preferente,
 un asno enderezaba las orejas.
 ¿Os asombra quizás esta injusticia?
 Al saber las virtudes de la bestia
 no habrá de pareceros excesiva
 la atención que tuvieron para ella.
 Aquel burro era un burro prodigioso...
 Lo hizo tan puro la Naturaleza,
 que no salieron nunca de su cuerpo
 excrementos de sucia y vil materia,
 sino escudos de oro,
 onzas y toda clase de monedas,
 que al tesoro del rey, todos los días
 daban una gran suma de pesetas.
 He aquí que el cielo, que se cansa a veces

de mandar tantas dichas a la tierra,
y con los más amables beneficios
una desgracia oculta nos entrega,
como suele venir con el buen tiempo
la monótona lluvia pasajera,
hizo que un mal terrible amenazara
la salud y la vida de la reina.
Se buscaron socorros y remedios...
Mas, ni los griegos de innegable ciencia,
ni los más afamados charlatanes
pudieron apagar la enorme hoguera
por la fiebre encendida, que avivaba
a cada paso con mayor violencia.
Sintiéndose morir, la soberana
dijo a su esposo, que alentaba apenas:
“Permitid que os exija un juramento
antes que vuele a la mansión eterna.
Si acaso, Majestad, se os ocurriese



volveros a casar cuando yo muera...”
“¡Jamás, jamás!—interrumpió el monarca—.
Es inútil del todo la advertencia...
Yo nunca pensaré en sustituiros.”
“Así lo espero—replicó la reina—,
porque el ardiente amor que me tuvisteis
me permite creer en la promesa.
Mas, para estar más firme todavía,
haced el juramento... Nada os cuesta.
En cambio os autorizo a que os caséis
si una mujer hallareis más discreta,
más hermosa que yo, más arrogante...”
Y es que, con tal promesa,
pensó la moribunda que el monarca
no podría casarse, aunque quisiera,
porque difícilmente encontraría
una mujer más noble ni más bella...
Juró el rey con los ojos inundados
por lágrimas de pena,
cuanto su esposa quiso que jurase.
Murió luego su amada compañera,
y jamás hombre alguno
lloró con amargura más intensa.
Oyendo a todas horas sus sollozos,
quizá algún malicioso supusiera
que el soberano aquel se daba prisa
en llorar el recuerdo de la muerta,
para olvidarla luego cuanto antes,
libre ya de dolores y tristezas.
Y así ocurrió. Pasados unos días



quiso el rey elegir su compañera.
Mas no era cosa fácil el lograrlo.
Según el juramento hecho a la reina,
era preciso que la nueva esposa
tuviese más encantos, más belleza
que la infeliz y noble soberana
que estaba ya durmiendo bajo tierra.
Ni las rubias beldades de la corte,
ni del campo las mozas placenteras,
ni en la ciudad las damas,
ni las chicas humildes en la aldea,
ni los reinos vecinos
que fueron recorridos con presteza,
pudieron ofrecer al rey viudo
mujer más guapa que la antigua reina.
Sólo la dulce infanta,
hija del gran monarca, era más bella.
Observólo su padre,
y, abrasado de amor, tuvo la idea
insensata y absurda, y reprobable,
de casarse con ella.

¡¡ Hasta hubo un casuista que afirmaba que era posible discutir el tema!!
La infeliz princesita, al enterarse de semejante amor, con gran tristeza lloraba amargamente, y decidióse a ver a su madrina, un hada buena que en su gruta de coral y nácar sola habitaba en alejadas tierras.
(No tengo que explicaros lo que es un hada. Tengo la certeza de que siendo vosotros pequeñitos os lo explicó mil veces la niñera.)
“Ya sé a lo que obedece tu visita —dijo el hada madrina a la princesa—. Solamente te digo que, estando yo a tu lado, nada temas. No te ha de suceder desgracia alguna si sigues mis consejos con firmeza. Tu padre se querrá casar contigo. Si esa fatal proposición aceptas, cometerás gravísimo pecado. Pero tú puedes rechazar la idea sin disgustarle. Dile cuando vayas que, para estar contenta, antes de ser su esposa necesitas que te regale un traje de una tela de color tan azul como el del cielo. No obstante su poder y su opulencia, aunque prometa regalarte el traje, no podrá cumplir nunca su promesa.”



Como es de suponer, a los dos días tuvo ya el traje la futura reina.

Corrió la princesita, temblorosa,
a exponer a su padre la exigencia.
Y aquel monarca, enamorado y loco,
llamó a los sastres de mejor clientela
y a las modistas de mayor renombre,
y dió la orden severa
de que, en muy breve plazo, le entregaran
el traje que anhelaba la princesa,
bien entendido que si no lo hacían
a todos los colgaba de una cuerda.
Como es de suponer, a los dos días
tuvo ya el traje la futura reina:
un traje tan hermoso, que ni el cielo
cuando el sol le ilumina y le rodean
nubes de nácar, púrpuras y oro,
tiene más admirable transparencia...
Llena de gozo y de dolor, la infanta
no sabe lo que hacer. El hada buena
corre a su lado y dícele en voz baja:
“Para que deje su insensata idea,
pídele un traje de color de luna,
porque será imposible que lo obtenga.”
Cuando expresó la infanta su deseo,
el rey, sin discutir, con gran presteza,
llamó a su bordador para decirle:
“Quiero un traje magnífico, que tenga
todos los resplandores de la luna,
y ha de estar terminado en breve fecha.”
Cumplió el encargo el bordador, siguiendo
las instrucciones que el monarca diera,

y el hermoso vestido fué un asombro...
No despidió jamás la luna llena
más claros resplandores
cuando aparece envuelta
en la argentada gasa de las nubes
y hace palidecer a las estrellas
con la blancura de su luz divina,
que aquel vestido de crujiente seda.
La princesa admiraba el lindo traje,
y casi se encontraba ya dispuesta
a acceder a la boda con su padre.
Pero el hada madrina le aconseja,
y dice, al fin, al rey enamorado:
“No estaré satisfecha
si no tengo otro espléndido vestido
de igual color que el sol.” El padre, ciega
la razón por su amor descabellado;
llamó a un genial artista, a quien ordena
que haga un rico tisú de oro y brillantes,
con la amenaza seria



12

de matarle en el potro del tormento
 si no cumple el mandato con viveza.
 Antes de una semana
 puso el artista fin a su tarea.
 ¡Obra magna la suya! ¡Qué hermosura!
 ¡Qué deslumbrante y mágica riqueza!
 Era tan admirable,
 que cuando el rubio amante de Climena (1)
 en su carro de oro
 por la celeste bóveda pasea,
 no despide tan vívidos fulgores
 cual los de aquella prodigiosa tela.
 La princesa, asombrada
 por regalos de tal magnificencia,
 no sabe lo que hacer. Mas la madrina
 le dijo con amor: “No te detengas
 a mitad del camino, ni te asombres.
 Él te puede obsequiar mientras posea
 el asno aquel que está en caballerizas
 y que le llena el arca de monedas;
 mas pídele la piel de dicho asno,
 el único tesoro que le resta,
 y, o mucho me equivoco,
 o verás cómo, airado, te la niega.”
 El hada era muy sabia;
 mas sin duda ignoraba que, en la tierra,
 un amante, por ser correspondido,
 mil tesoros magníficos desprecia.
 La piel del asno que pidió la infanta



cedióla el rey sin la menor protesta...
Cuando a la pobre joven
le entregaron del asno la pelleja,
quedó aterrada, deploró su suerte,
y, en lágrimas deshecha,
acudió a su madrina, que le dijo:
“Tu conducta es honrada. Nada temas...
Mas nos urge, ante todo,
que dejemos al rey en la creencia
de que estás decidida
a ser su fiel y dulce compañera.
Mientras él, confiado,
aguarda a que tú cumplas tu promesa,
huye del reino, disfrazada y sola,
hasta lejanas tierras,
y evitarás un mal tan inmediato
como éste que te acecha.

Aquí tiene un arca
—siguió diciendo la madrina buena—
donde puedes meter tus lindos trajes,
tus alhajas espléndidas,
tu espejo, tus diamantes, tus rubíes...
Para llevar el arca por doquiera
te entrego mi varita de virtudes.
Teniéndola en la mano, es cosa cierta
que el arca ha de seguirte en tu camino,
oculta bajo tierra.
Cuando quieras abrirla, toca el suelo
con la varita mágica, y espera
a que surja otra vez ante tu vista
el cofrecito en que tus ropas llevas.
La piel del asno servirá de mucho,
pues cubierta con ella,
quedarás disfrazada de tal modo
que no habrá quien advierta
que oculta bajo piel tan espantosa
vaya una hermosa y virginal princesa.”
Ésta dió gracias mil a su madrina:
volvió a palacio, y cuando ya las fiestas
de la boda aguardaba el soberano,
la niña huyó de la mansión egregia.
¿Cómo explicar la angustia del monarca
ante el misterio de la fuga aquella?
No hubo casa, cortijo,
huerto, jardín, camino ni alameda
adonde no acudieran los criados
para buscar a su futura reina.

Pero todo fué inútil.

Hay en palacio una mortal tristeza.

¡Adiós boda, festín, dulces, confites!

¡Adiós alegre danza en la floresta!

Las damas de la corte, despechadas,
maldicen y reniegan...

Pero el cura se indigna más que nadie,
porque almorzó muy tarde, con la gresca,
y, lo que es más terrible todavía,
se quedó sin ofrenda...

Y mientras, la infantita caminaba
envuelta en su pelleja,
llena la faz de tizne e implorando
una humilde limosna por doquiera.
Pero todos hacían
un ademán de repugnancia al verla
tan sucia y tan horrible. No hubo nadie
que le ofreciese albergue en su vivienda,
y ella siguió, incansable, su camino
pidiendo algo de pan de puerta en puerta.
Al fin llegó la joven
a una gran alquería, cuya dueña
buscaba una *fregona*,
sin otra obligación que la limpieza
del cuchitril que habitan los cochinos.
Solicita ese puesto la princesa,
la admiten y la mandan en el acto
que vaya a la cocina. La insolencia
procaz y despiadada
de los jayanes se sació con ella.
Todos la maltrataban y zaherían
haciéndole infinitas jugarretas...
Tan sólo los domingos descansaba,
pues daba pronto fin a sus tareas,



La piel del asno servirá de mucho, pues cubierta con ella...



y, metida en su cuarto,
 atrancaba la puerta,
 y libre de la piel del borriquito,
 se lavaba la cara sucia y negra.
 Sacaba de su cofre sus jabones,
 sus peines, sus espejos, sus esencias,
 y, después de peinarse con esmero,
 alegre y satisfecha,
 unas veces poníase el vestido
 del color de la hermosa luna llena,
 y otras aquél del sol resplandeciente,
 que daba más encanto a su belleza,
 y otras, en fin, aquel que reflejaba
 del cielo la divina transparencia.
 Sólo una pena le embargaba entonces:
 que era la estancia demasiado estrecha
 para extender la cola de los trajes.

Pero, a pesar de todo, al verse fresca
y blanca, y juvenil, y sonrosada,
y mucho más gentil que otra cualquiera,
sentíase dichosa, y la alegría
le daba nuevas fuerzas
para aguardar al próximo domingo
y vestir otra vez sus ricas sedas.
Se me olvidó decir a los lectores
que en la alquería aquella
se criaban las aves
de un rey muy poderoso. Por doquiera
se encontraban rascones, avutardas,
cormoranes, gallinas de Guinea,
y otros muchos volátiles extraños.
El hijo del monarca, con frecuencia
iba a la hermosa quinta, de regreso
de la caza o la pesca.

Era un buen mozo, apuesto y arrogante,
de faz alegre y de marcial presencia.

La pobre "Piel de Asno"

(que así dijo llamarse la princesa)
le contempló de lejos, con ternura,
y comprendió, muriéndose de pena,
que bajo sus harapos y su tizne
aun conservaba un corazón de reina.

"¡Qué simpático es y qué elegante!
—reflexionaba la infeliz porquera—.

¡Dichosa la mujer que haya logrado
ser de su corazón única dueña!

¡Cambiará yo mis joyas y vestidos

por un traje cualquiera
que me ofrendase el príncipe!”

Una tarde,

tras de ir a la ventura por la huerta,
entró en la granja el príncipe, pasando
por el pobre chiscón de la princesa.

Para ver qué guardaban en el cuarto,
buscó la cerradura de la puerta,
miró por ella y contempló a la joven.

Como día de fiesta,
la pobre “Piel de Asno” se adornaba
con su aderezo de admirables piedras
y el rico traje de tisú de oro
cuajado de brillantes y de perlas.

El joven, deslumbrado,
a la infantita a su sabor contempla,
y tanto su hermosura le impresiona
que no respira apenas.

Aun más que lo lujoso del tocado
al príncipe emociona la belleza
de la muchacha, sus facciones dulces,
su juvenil frescura y aun aquella
señorial arrogancia
reveladora de su estirpe regia.

Y, sobre todo, al arrogante joven
le conmovió la púdica modestia
de aquella niña, que acertó a causarle
una extraña emoción. Quiso la puerta
derribar... pero pudo contenerse,
porque le dominaba la creencia

de que estaba a una diosa contemplando,
y un gran respeto le privó de fuerzas.
Marchóse pensativo a su palacio,
y desde entonces el pesar le inquieta.
Ni acude a los teatros, ni a los bailes,
ni al placer cinegético se entrega.
Apenas come... Le domina siempre
una mortal y lánguida tristeza...
Pregunta a todas horas
quién es la hermosa, la gentil doncella
que vive en un corral de la alquería.
“Señor, es “Piel de Asno”—le contestan—.
Pero debéis estar equivocado,
porque esa chica no es una belleza.
La hemos dado ese mote
por la asquerosa piel que lleva puesta.
¿Cómo podéis pensar en ese monstruo
de sucias ropas y de cara negra?”
Pese a tales informes, el enfermo
no olvida a la princesa:
tiene siempre grabado en la memoria
su lindo rostro y su figura esbelta.
Y a tal extremo el príncipe se agrava,
que su madre, la reina,
contemplando el dolor de su hijo único,
llora y se desespera,
y le suplica al joven que declare
cuáles son los motivos de su pena.
A fuerza de preguntas, el enfermo,
decidiéndose al fin, dice que anhela

que le haga "Piel de Asno"
un buen pastel para adquirir más fuerzas.
¡Cómo asombró a la corte tal capricho!
Toda la servidumbre palaciega
dice a la soberana: "Ved, señora,
que esa chica es más puerca
que el más sucio y ruin de vuestros pinches."
"Nada me importa—replicó la reina—
Es necesario complacer al príncipe,
y librarle del mal que le atormenta..."
Recibido el encargo, "Piel de Asno"
tomó un poco de harina y de manteca,
batió unos huevos y se fué a su cuarto
para hacer el pastel a su manera.
Lavóse bien las manos y la cara
y comenzó al instante la tarea.
Dicen que con la prisa
se le cayó en la masa, ya dispuesta,
uno de sus magníficos anillos,
mas no falta quien crea
que lo dejó caer a propio intento.
Por lo que a mí respecta,
me atrevo a asegurar que lo hizo adrede,
pues al llegar el príncipe a su puerta,
ella, con ese instinto femenino
que la mujer más necia
revela siempre en el menor detalle,
advirtió en el momento su presencia.
Y estoy seguro de que echó el anillo
al pastel con la idea

de que cogiera el príncipe el regalo con la más agradable complacencia. La joven terminó la golosina, y resultó tan tierna, tan dulce, tan sabrosa, que el enfermo se la comió de un golpe casi entera. Y se hubiese comido la sortija de no advertir el brillo de la piedra —una gran esmeralda—. ¡Con qué júbilo cogió el paciente la sin par presea, y con qué rapidez guardóla oculta en donde nadie consiguiese verla! Como no mejoraba el pobre príncipe en su extraña dolencia, sospecharon los médicos que acaso fuese de amor el mal. Y con presteza dispusieron que el joven se casara, porque una boda es la mejor receta para esta enfermedad, aunque es corriente que hablen todos mal de ella. Advirtieron al príncipe el consejo dado por los magnates de la ciencia, y él contestó: “Me casaré gustoso con tal de que me den por compañera una mujer en cuyo dedo ajuste esta linda sortija.” La sorpresa de los reyes fué grande al enterarse de aquella petición tan estupenda; pero se hallaba el príncipe tan malo, que no quisieron oponerse a ella.

Buscaron sin descanso
a una mujer cualquiera
en cuyo dedo la sortija entrase...
Y no se tuvo la prosapia en cuenta
para buscar al infeliz enfermo
su amante y anhelada compañera.
No quedó ni una sola
mujer del reino sin mostrar, resuelta,
sus dedos finos, para ver si en ellos
penetraba el anillo sin violencia.
Como era el aro estrecho, no faltaron
charlatanes audaces que vendieran
pomadas para hacer que adelgazasen
los dedos de la mano... Una doncella,
por alcanzar la mano del enfermo,
el dedo se mondó como una pera...
Otra se lo prensó para achicarlo...
Otra, con igual fin, lo despelleja...
No faltó, en suma, fraude ni artificio
al que todas las damas no acudieran
para lograr ser dueñas del anillo.
Comenzó, al fin, la prueba,
y el desfile iniciaron, en Palacio,
todas las princesitas y duquesas.
Pero aunque eran sus dedos delicados
y finos, no logró ninguna de ellas
colocarse el anillo...

Fueron luego
jóvenes de la más rancia nobleza
y obtuvieron el mismo resultado...

Después las niñas de la clase media
y hasta las menestralas y sirvientes
fueron llegando hasta las salas regias.
Mas... ¡todo inútil! El preciado anillo
no entraba en ningún dedo. ¡Con qué pena
rechazaba el enfermo a las mujeres
que ante él llegaban para hacer la prueba!...
Fué preciso llamar a las zagalas,
a las sucias pastoras y porqueras
y a toda la gentuza
que vive en los cortijos y en las huertas.
Ellas, emocionadas,
iban mostrando sus manazas negras
de gruesos dedos y de sucias uñas...
Dióse por terminada la tarea,
pues no quedaba ya mujer alguna
que no hubiese acudido con presteza.
“¿No queda nadie?”—preguntó el enfermo
con acento de pena.
“Nadie, señor—le contestaron todos—.
Unicamente queda
la sucia y repugnante “Piel de Asno”.
Pero a fe que es inútil su presencia.
No ajustará el anillo en sus dedotes.”
“No me importa. Que venga”—
mandó el enfermo. Y se asombraron todos.
¿Cómo iba a ser la pelandusca aquella
compañera del príncipe? Mas éste
insistió demostrando su impaciencia,
y fué preciso, al fin, obedecerle.

Pero, ¡juzgad de todos la sorpresa
cuando llegó la joven y sacando
de bajo aquella piel horrible y negra
una mano admirable,
suave, elegante, fina, marfileña,
se introdujo en un dedo la sortija
sin la menor violencia!...
La corte, entusiasmada, pretendía
llevar a "Piel de Asno" ante la reina.
Mas ella, humildemente,
pidió a todos su venia
para cambiar de traje en un minuto.
Y hablando a sus mercedes con franqueza,
les diré que los buenos palaciegos
se echaron a reir con la ocurrencia.
Pero cuando llegó la princesita
a las estancias regias
y cruzó los espléndidos salones
luciendo sus vestidos, de riqueza
nunca igualada; cuando vieron todos
adornada su rubia cabellera
con hilos de diamantes
y con sartas magníficas de perlas;
cuando miraron su arrogante porte
y su figura esbelta,
y su divina gracia, comprendieron
el grave error en que hasta allí vivieran.
Todo el prestigio de las otras damas,
cual por arte de magia vino a tierra...
Entre gritos alegres y estruendosos



... siente una intensa felicidad, y póstrase, dichoso, a los divinos pies de la princesa...

llevan a la princesa
ante los reyes, que se quedan mudos
al contemplar a su futura nuera.
Y el príncipe, entre tanto, con el alma
anegada en placer, siente una intensa
felicidad, y póstrase, dichoso,
a los divinos pies de la princesa...
Ya comienza la boda a disponerse.
El buen monarca ruega
a los reyes vecinos
que con galas vistosas y diversas
a la solemne ceremonia asistan.
Al poco tiempo llegan
príncipes orientales, que montaban
elefantes de trazas gigantescas.
Vienen reyes de playas africanas
de tipo extraño y con la tez tan negra,
que se asustan al verles los chiquillos.
En fin, de todas partes de la tierra
llegaron los magnates más insignes
para admirar a la futura reina.
Mas ningún soberano
llegó con tan espléndidas riquezas
como el ilustre padre
de la gentil princesa,
que, según referimos al principio,
estuvo antaño enamorado de ella.
Purificado por el tiempo el fuego
que abrasaba su espíritu, desecha
su criminal anhelo, y en su alma

únicamente queda
del amor paternal la dulce llama
inextinguible y tierna.

Al hablar a su hija, el soberano
dijo con voz que la emoción alegre:
“Bendigo al cielo que por fin me otorga
volverte a ver.” Y con dulzura intensa
corre a besarla cariñosamente.

Todos aplauden la feliz sorpresa,
y el venturoso príncipe no cupo
en sí de gozo al conocer la nueva
de que iba a ser el yerno
del rey más poderoso de la tierra.

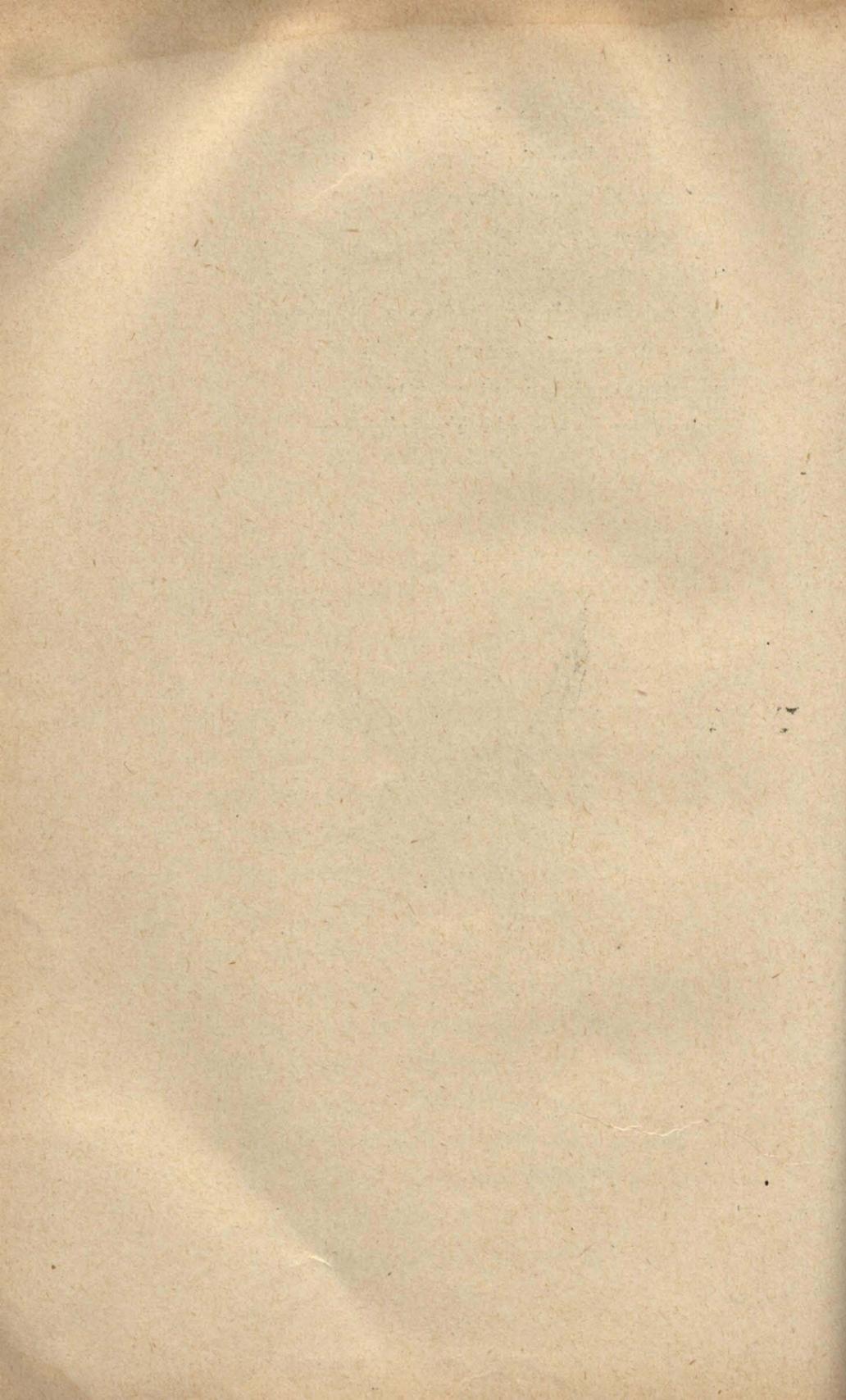
Llegó a la corte entonces la madrina
que dió su protección a la princesa,
y contando la historia de la joven,
pródiga en inquietudes y tristezas,
el prestigio aumentó de “Piel de Asno”
con su extraña y fantástica leyenda.



FÁCIL es advertir lo que pretende
demostrar a los niños la historieta.
Debemos arrostrar duros trabajos
y amarguras intensas,
pero no faltar nunca a los deberes
que el divino mandato nos ordena.
Puede ser desgraciado el virtuoso,
pero siempre tendrá su recompensa.
Contra un impuro amor es débil dique
la voluntad más recia,
y no hay ningún tesoro fastuoso
que los amantes pródigos no ofrezcan.
Con agua y con pan duro vive a gusto
cualquier gentil mozuela,
mientras pueda lucir trajes bonitos.
No hay mujer bajo el cielo que no crea
que es su hermosura insuperable. A veces
a imaginarse llegan
que si hubieran podido tomar parte

en la sin par pendencia
de las célebres Gracias, la manzana
hubiera sido al cabo para ellas.
La joven "Piel de Asno"
todas estas lecciones nos enseña.
No es fácil darle crédito a la historia,
mas su recuerdo vivirá en la tierra
mientras existan niños candorosos,
dulces madres y plácidas abuelas.





LOS DESEOS RIDICULOS

(CUENTO)

A MADEMOISELLE DE LA C***

Si no fueseis juiciosa, señorita,
yo me guardara mucho de contaros
la estrambótica historia
que a referiros paso.

Un trozo de morcilla succulenta
el tema de mi cuento me ha inspirado.
¡Un trozo de morcilla, niña mía!
“¡Qué lástima, qué horror!”, pensará acaso
cualquier muchacha seria y melancólica
que sólo quiere oír cuentos románticos.
Pero vos, que contando narraciones
con un arte especial y un gran agrado
sabéis entretener mejor que nadie;
vos, que sabéis que en el mejor relato
aun más que en el asunto, la belleza
estriba en la manera de tratarlo,
gustaréis de mi fábula; lo afirmo
rotundamente sin temor a engaño.



y le dijo: —¡Somos ricos, buena Francisca!...



LOS DESEOS RIDICULOS

HUBO un pobre leñador
que, tras de rudos trabajos,
a orillas del Aqueronte
ansiaba encontrar descanso.
El infeliz alegaba,
su ilusión justificando,
que no quiso nunca el cielo
atender su ruego amargo.
Estando en el bosque un día
a su labor entregado,
aparecióse Júpiter

entre centellas y rayos.
¡Qué miedo el del pobre hombre!
“—¡Nada pido! ¡Nada aguardo!”—
dijo, arrojándose al suelo,
presa de terrible pánico.—
“Quedemos los dos iguales,
yo pobre y desamparado,
y vos, señor poderoso
dueño de truenos y rayos.”
“—No tengas miedo—le dijo
Júpiter—, me emocionaron
tus lamentos y he venido
a demostrarte en el acto
que eres injusto al quejarte.
Yo, que soy el soberano
de la tierra, te prometo
complacerte sin reparos
en las tres primeras súplicas
que formules. Ten cuidado
y elige bien lo que puede
hacerte feliz, pensando
que depende tu ventura
de lo que hayas demandado.
Júpiter tornó a los cielos;
el leñador, en el acto,
medio loco de alegría
dejó el hacha junto a un árbol,
echóse el haz a la espalda
y volvió a su casa rápido.
Nunca fué menos pesada

su carga. Nunca su paso
fué más ligero. El dichoso
leñador iba pensando
en tanto que caminaba:
“Es preciso obrar despacio
y consultar a mi esposa
a ver qué solicitamos.”

En cuanto llegó a su casa
dió a su mujer un abrazo
y le dijo: “—¡Somos ricos,
buena Francisca! Encendamos
un buen fuego. ¡Desde ahora
nuestras penas se acabaron!”

Le refirió lo ocurrido,
y al escuchar el relato
ni corta ni perezosa
trazó Francisca mil vastos
proyectos halagadores;
mas luego, considerando
la importancia del asunto,
dijo a su esposo: “—¡Cuidado!
Debemos pensar tranquilos,
y echar muy bien nuestros cálculos,
y consultar con la almohada
las peticiones que hagamos.”
“—Soy de la misma opinión”—
dijo el marido.—“Mas ardo
en ansias de celebrar
nuestra dicha con un trago.”

Sirvióle vino la esposa,

él se lo bebió de un trago
y, sentándose a la lumbre,
exclamó con entusiasmo:

“—¡Ahora que tenemos fuego
vendría pintiparado
un buen trozo de morcilla!”

Apenas terminó el párrafo
vió Francisca con asombro
que, por un rincón del cuarto,
una morcilla larguísima
salía, serpenteando.

Lanzó la mujer un grito
y, comprendiendo en el acto
que aquel deseo imprudente
del marido obró el milagro,
furiosa y llena de ira
colmóle de mil agravios.

“—Pudiendo tener un reino,
un tesoro o un palacio—
le dijo—¿cómo pediste
una morcilla, villano?”

“—Hice mal—replica el hombre—
en no proceder con tacto,
y otra vez seré más listo
y no hablaré sin pensarlo.”

“—Sí, sí—replicó Francisca—,
ya podemos esperarlo.

¡Se necesita ser burro
para hablar como has hablado!”

A punto estuvo el marido

de pedir volverse asno,
lo cual, aquí entre nosotros,
no era muy disparatado.
Y al advertir que su esposa
no daba paz a los labios
y le insultaba sin tino,
gritó, ya desesperado:
“—¡Dios maldiga la morcilla,
y Él haga, si está en su mano,
que a la nariz se te pegue,
para ver si así descanso!”
Aquel ruego tan absurdo
atendido fué en el acto,
y a la nariz de la esposa
quedó adherido el pedazo
de morcilla. ¡Qué desgracia



y qué dolor, Cristo Santo!
Francisca, que no era fea,
con aquel adorno extraño
convirtiéndose en adefesio.
Como el trozo era tan largo
le penetraba en la boca
sin dejarla hablar. Y el bárbaro
del leñador, aun pensaba
que Dios hizo un buen milagro,
y que su tercer deseo,
que aun tenía reservado,
pudiera hacerle dichoso.
“Pediré ser soberano
del reino más poderoso,
porque no hay nada más grato
que dominar en la tierra.
Mas... va a ser un espectáculo
ver a la reina en el trono
con esa nariz de a palmo!
Es preciso consultarla
y que elija sin reparo
entre convertirse en reina
de un gran país, conservando
esa enorme narizota,
o ser, como lo es ogaño,
una leñadora humilde
aunque de rostro agraciado.”
Estudió el caso Francisca,
y aun sabiendo de antemano
que una reina siempre tiene

para sus mil cortesanos
unas narices perfectas,
después de mucho pensarlo,
como era mujer y joven,
decidió, casi llorando,
no ser reina nariguda
que a su pueblo diese espanto,
sino guapa leñadora.
El marido, desolado,
tuvo que pedir a Júpiter
que le quitase en el acto
a Francisca la morcilla
de la nariz.

Por lo tanto,
ni llegó a ser poderoso,
ni tuvo un tesoro magno,
ni triunfó en ninguna parte,
ni se albergó en un palacio,
ni fué rey en ningún sitio.

.....
.....

ESTE es el cuento. Bien claro
se advierte en él que los hombres
imprudentes y cegados
por la ambición, nunca deben
pedir nada, porque es raro
encontrar uno que tenga
el talento necesario
para usar bien de los dones
que se le hayan otorgado.



CUENTOS EN PROSA

(HISTORIAS O CUENTOS DE OTRO TIEMPO)

CUENTOS DE MARICASTAÑA

A MADemoiselle (I).

MADemoiselle: No parecerá extraño que un niño se haya complacido en escribir los Cuentos de esta Colección; pero causará asombro que haya tenido el atrevimiento de ofrecéroslos. Sin embargo, *Mademoiselle*, por grande que sea la desproporción entre la sencillez de estos relatos y las luces de vuestro entendimiento, examinando bien estos Cuentos se verá que no soy tan digno de censura como a primera vista parece. Encierran todos una moral muy sana y que se manifiesta más o menos claramente, según el grado de penetración de los que los leen. Sin embargo, como no hay nada que mejor indique el poder de una inteligencia que la facilidad para remontarse al mismo tiempo hasta las cosas más sublimes y descender a las más pequeñas, a nadie chocará que la misma princesa, a quien su nacimiento y su educación familiarizaron con todo lo más elevado, no se desdeñe de entretenerse con tales bagatelas. Cierto que estos Cuentos son una imagen de lo que sucede en las familias humil-

(1) Nombre que se daba antiguamente a la primogénita del hermano del rey de Francia.

des, en las que la loable impaciencia por instruir a los niños induce a imaginar historias sin sentido, para ponerse a tono con esos mismos niños que aun no lo tienen; pero, ¿a quiénes les conviene más saber cómo vive el pueblo, que a las personas destinadas por el cielo a dirigirles? El deseo de saberlo llevó a los héroes, y aun a héroes de vuestra estirpe, a las chozas y a las cabañas, para ver allí de cerca y por sí mismos lo que allí ocurría de particular, por parecerles necesario el conocimiento de ello para completar su saber. Como quiera que sea, Mademoiselle,

¿Podía yo elegir con más acierto
para hacer que parezca
más verosímil cuanto de increíble
el cuento nos ofrezca?

¿Y hubo jamás un hada
en los tiempos pasados,
que concediera a alguna criatura
tantos dones, y dones tan preciados,
cual los que a vos os concedió Natura?

Mademoiselle: Soy, con un profundo respeto, el humilde y obediente servidor de Vuestra Alteza Real.

P. DARMANCOUR.



LA HERMOSA DEL BOSQUE ENCANTADO

(CUENTO)

HABÍA una vez un rey y una reina que estaban muy disgustados por no tener hijos, tan disgustados que se empieza a decir y no se acaba. Recorrieron todas las aguas del mundo: promesas, peregrinaciones, rezos, todo lo ensayaron y nada daba resultado. Al fin quedó encinta la reina y tuvo una niña. El bautizo fué espléndido; dieron por madrinas a la princesita todas las hadas que pudieron encontrar en el reino (encontraron siete), para que, otorgándole cada una de ellas un don, como era costumbre de las hadas en aquel tiempo, la princesa poseyera, por este medio, todas las perfecciones imaginables.

Después de las ceremonias del bautizo, los invi-

tados volvieron al palacio del rey, en donde había un gran festín para las hadas. Delante de cada una de ellas pusieron un cubierto magnífico en un estuche de oro macizo que encerraba una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro fino, guarnecidas las tres cosas de brillantes y de rubíes. Pero, cuando todos se sentaban a la mesa, vieron entrar a un hada muy vieja, a la que no habían invitado porque llevaba más de cincuenta años sin salir de una torre y la creían muerta o encantada.

El rey hizo que le pusieran un cubierto; pero no hubo manera de darle un estuche de oro macizo como a las otras, porque sólo se habían mandado hacer siete para las siete hadas. La vieja creyó que la despreciaban y murmuró algunas amenazas entre dientes. Una de las hadas jóvenes, que estaba a su lado, la oyó, y pensando que podría hacer a la princesita algún obsequio poco grato, en cuanto se levantaron de la mesa fué a ocultarse detrás de unos tapices, para hablar la última y poder reparar en lo posible el mal que la anciana causara.

Entre tanto las hadas comenzaron a conceder sus dones a la princesa. La más joven le otorgó como don el de ser la criatura más hermosa del mundo; la que le seguía dijo que tendría la sabiduría de un ángel; la tercera, que todo lo haría con extraordinario primor; la cuarta, que bailaríá admirablemente; la quinta, que cantaríá como un ruiseñor, y la sexta, que tocaríá toda clase de instrumentos con perfección suma. Cuando le llegó la vez a la anciana hada, dijo, temblán-

dole la cabeza, más por la rabia que por los años, que la princesa se atravesaría la mano con un huso, de resultas de lo cual morirá.

Al oír esto todos los presentes se estremecieron, y no hubo una persona que no se echase a llorar. En aquel momento salió el hada joven de detrás de los tapices y pronunció en voz alta estas palabras: “Tranquilizaos, señor; tranquilizaos, señora: vuestra hija no morirá; verdad es que no tengo suficiente poder para deshacer por completo lo que mi hermana mayor ha hecho; la princesa se atravesará la mano con un huso; pero, en lugar de morir, tan sólo quedará sumida en un profundo sueño, que durará cien años, al cabo de los cuales vendrá el hijo de un rey a despertarla.”

El rey, con el fin de evitar la desgracia anunciada



por la anciana, mandó publicar inmediatamente un edicto por el cual prohibía a todas las mujeres hilar con huso y tener husos en su casa, bajo pena de muerte.

Transcurridos quince o diez y seis años, el rey y la reina se fueron a una de sus casas de campo, y sucedió que la princesita, recorriendo un día el castillo y yendo de cuarto en cuarto, subió hasta el último piso de un torreón y entró en una buhardilla en donde estaba una vieja, completamente sola, hilando con su rueca. Aquella buena mujer no había oído hablar de las órdenes que diera el rey prohibiendo hilar con huso.

—¿Qué hacéis, buena mujer? — preguntó la princesa.

—Estoy hilando, hermosa niña — le contestó la vieja, que no la conocía.

—¡Ah! ¡Qué cosa tan bonita! — exclamó la princesa—. ¿Cómo hacéis? Dadme, a ver si yo lo sé hacer.

No bien cogió el huso cuando, por ser muy viva y algo alocada y por disponerlo, además, así el fallo de las hadas, se atravesó la mano y cayó desmayada.

La vieja, apuradísima, pide socorro: acuden todos; rocían con agua el rostro de la princesa, le aflojan los vestidos, le dan golpecitos en las manos y le friccio- nan las sienes con esencia de romero, pero con nada recobró el conocimiento.

Entonces el rey, que subió al oír todo aquel ruido, recordó la predicción de las hadas, y, comprendiendo que lo que sucedía no tenía más remedio que suceder, puesto que las hadas lo habían dicho, dispuso que llevaran a la princesa a una suntuosa estancia del pa-



—¿Qué hacéis, buena mujer?—preguntó la princesa.

lacio y que la acostasen en un lecho de brocado de oro y plata. Parecía un ángel por lo hermosa, porque su desmayo no había apagado los vivos colores de su tez; sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios como el coral; tenía los ojos cerrados, pero se la oía respirar blandamente, por lo que se veía que no estaba muerta.

El rey mandó que la dejasen dormir en paz, hasta que llegase para ella la hora de despertar. Cuando le ocurrió el accidente a la princesa, el hada benéfica que le había salvado la vida condenándola a dormir cien años, estaba en el reino de Mataquino, a doce mil leguas de allí; pero lo supo al instante por un enanito que tenía unas botas de siete leguas (es decir, unas botas con las que se recorrían siete leguas de cada zancada). El hada se puso en camino inmediatamente, y al cabo de una hora la vieron llegar en un coche de





fuego, del que tiraban unos dragones. El rey le dió la mano para ayudarla a bajar del carruaje. El hada aprobó todo lo que había hecho el monarca; pero, como era muy previsora, pensó que cuando la princesa se despertara se encontraría en un gran apuro al verse completamente sola en aquel vetusto castillo: he aquí lo que hizo.

Tocó con su varita de virtudes a todos los que estaban en el castillo (menos al rey y a la reina): ayas, damas de honor, camaristas, gentileshombres, ujieres, mayordomos, cocineros, pinches, guardias suizos, pajes y lacayos; tocó también a todos los caballos que había en las cuadras, a los palafreneros, a los enormes mastines del corral y a la diminuta *Pum*, la perrita de la princesa, acurrucada junto a ella en su cama. En cuanto los tocó con su varita de virtudes se durmie-

ron todos, para no despertar sino cuando su ama, con objeto de encontrarse en disposición de servirla cuando lo necesitase. Hasta los asadores que estaban al fuego, llenos de perdices y de faisanes, cesaron de dar vueltas, y la lumbre se apagó. Todo esto quedó hecho en un santiamén; las hadas no tardaban mucho en despachar sus asuntos.

Entonces, el rey y la reina, luego de besar a su hija sin que ella se despertara, salieron del castillo y publicaron un bando prohibiendo acercarse a la princesa. Esta prohibición no era necesaria, porque en un cuarto de hora creció todo alrededor del parque una cantidad tal de árboles, de arbustos, de zarzas y de espinos entrelazados unos con otros que no hubiese podido penetrar en él ni un animal ni un hombre; de modo que sólo se veía lo alto de los torreones del castillo, y eso únicamente desde muy lejos. Nadie dudó de que aquello lo había hecho también el hada con el fin de que la princesa no tuviese nada que temer de los curiosos mientras dormía.

Al cabo de cien años, el hijo del rey que entonces reinaba, y que pertenecía a distinta familia que la princesa dormida, yendo de caza por aquel paraje, preguntó qué eran aquellos torreones que emergían de tan frondoso bosque. Cada uno dió una respuesta conforme con lo que había oído contar; unos decían que era un antiguo castillo en el que se aparecían fantasmas; otros, que todos los hechiceros de la comarca celebraban en él el sábado. La opinión más generalizada era que estaba habitado por un ogro, el cual se

llevaba al castillo todos los niños que podía coger para comérselos tranquilamente, y sin que nadie pudiera seguirle, porque él era el único que tenía el poder de abrirse paso a través del bosque.

No sabía el príncipe qué creer, cuando un aldeano tomó la palabra y le dijo:

—Señor, hace más de cincuenta años oí decir a mi padre que en ese castillo había una princesa, la más hermosa del mundo, que debía estar durmiendo cien años y que la despertaría el hijo de un rey, a quien estaba destinada.

Al oír esto el príncipe se sintió lleno de ardimiento; creyó sin vacilar que daría cima a tan bella aventura, e, impulsado por el amor y por la sed de gloria, resolvió ver inmediatamente qué era aquello. Apenas se hubo aproximado al bosque, todos los árboles, todas las zarzas y todos los espinos se apartaron por sí mismos para dejarle pasar. Encaminóse al castillo que veía al final de una alameda, en la que entró, y,



con alguna sorpresa, notó que ninguno de sus acompañantes había podido seguirla, porque los árboles volvieron a unirse tan pronto como él pasó. A pesar de todo, siguió andando: un príncipe joven y enamorado siempre es valiente. Penetró en un patio en el que todo lo que vió a la primera ojeada era a propósito para dejarle helado de espanto. Reinaba un silencio pavoroso; por todas partes se ofrecía la imagen de la muerte, y no había más que hombres y animales tendidos en el suelo y que parecían muertos. Sin embargo, se dió perfecta cuenta, por la nariz granujienta y el rostro encendido de los suizos, de que sólo estaban dormidos; y sus vasos, en los que aún quedaban algunas gotas de vino, mostraban bien a las claras que se habían dormido bebiendo.

Cruza un espacioso patio con el pavimento de mármol; sube una escalera, y se mete en la sala de los guardias, los cuales están en fila, con la carabina al hombro y roncando a más y mejor. Atraviesa varias habitaciones llenas de damas y de caballeros, todos durmiendo, de pie unos, sentados otros. Entra en una estancia, toda dorada, y, en un lecho cuyas cortinas están descorridas por ambos lados, ve el espectáculo más bello que en su vida contemplara: una princesa que parecía contar quince o diez y seis años, y cuya espléndida hermosura tenía algo de luminoso y de divino. Acercóse, trémulo y lleno de admiración, y se arrodilló a su lado.

Entonces, como había llegado el término del encanto, la princesa se despertó, y mirándole más amo-

rosamente de lo que una primera entrevista parecía permitir, le dijo:

—¿Sois vos, príncipe mío? Bien os habéis hecho esperar.

El príncipe, a quien fueron muy gratas estas palabras, y más aún, la manera de decirlas, no sabía cómo demostrarle su alegría y su agradecimiento; le aseguró que la amaba más que a sí mismo. Su discurso resultó bastante mal pergeñado, por lo que gustó más: a poca elocuencia, mucho amor. El príncipe estaba más turbado que la princesa, lo que no es de extrañar, porque ella había tenido tiempo de pensar en lo que debía decirle, pues, a lo que parece (aunque la historia no lo diga), la excelente hada le había procurado durante su prolongado sueño el placer de los ensueños agradables. En fin, llevaban cuatro horas hablando y aún no se habían dicho la mitad de las cosas que tenían que decirse.

Todos los que se encontraban en el palacio se despertaron al mismo tiempo que la princesa: cada cual pensaba en atender a su obligación, y como no estaban enamorados, se morían de hambre. La dama de honor, que tenía tanta prisa como los demás, se impacientó y dijo en voz alta a la princesa que la comida estaba servida. El príncipe ayudó a levantarse a la princesa, que estaba completamente vestida y con mucho lujo; pero se guardó muy bien de decirle que vestía lo mismo que su abuela y que llevaba un cuello alto (1); no por ello resultaba menos bella.

(1) Como se estilaba en la época de Enrique IV.

... de la época de la...



—¿Sois vos, príncipe mío? Bien, os habéis hecho esperar.

(1) Como os contaba en la época de la...

Pasaron a un salón de espejos y allí cenaron, servidos por los criados de la princesa. Los violines y los oboes tocaron piezas antiguas, pero lindísimas, aunque hacía cerca de cien años que nadie las tocaba. Después de cenar, sin perder un instante, el capellán mayor los casó en la capilla del castillo, y la dama de honor corrió las cortinas de su lecho. Durmieron poco: la princesa no sentía gran necesidad de dormir, y el príncipe se separó de ella al amanecer para regresar a la ciudad, en donde su padre debía estar inquieto por él.

El príncipe le dijo que, cazando, se había perdido en el bosque, y que había dormido en la choza de un carbonero que le dió de cenar pan moreno y queso. El rey, su padre, que era muy bonachón, lo creyó; pero su madre no se quedó muy convencida, y viendo que casi todos los días iba de caza, y que siempre tenía alguna razón a mano para disculparse cuando dormía dos o tres noches fuera, dió por seguro que andaba enamorado. El príncipe vivió con la princesa más de dos años, y tuvo de ella dos hijos, un niño y una niña; a ésta, que era la mayor, la llamaron *Aurora*, y al pequeño, le pusieron *Día*, porque era aún más lindo que su hermana.

La reina dijo varias veces a su hijo, para obligarle a explicarse, que en el mundo cada cual debía hacer su voluntad; pero él no se atrevió nunca a confiar a su madre su secreto: la temía, aunque la amaba, porque era de casta de ogros, y el rey sólo se había casado con ella por su dinero. Hasta se murmuraba en la

corte que tenía las inclinaciones de los ogros, y que en cuanto veía niños pasaba los grandes apuros para contenerse y no precipitarse sobre ellos. Por esta razón nunca quiso decirle nada el príncipe.

Pero cuando murió el rey, lo que sucedió al cabo de dos años, y se vió convertido en amo, declaró públicamente su matrimonio, y con gran pompa fué a buscar a la reina, su mujer, a su castillo. Hiciéronle un recibimiento magnífico en la capital, en donde entró entre sus dos hijos.

Algún tiempo después el rey se fué a luchar contra el emperador Cantalabotta, su vecino. Encargó de la regencia del reino a la reina madre, y le recomendó con mucho interés a su mujer y a sus hijos. Debía estar en la guerra todo el verano, y, en cuanto se marchó, la reina madre envió a su nuera y a sus nietos a una casa de campo situada en medio de un bosque para poder satisfacer más fácilmente su horrible apetito. Fuése allá pocos días después, y una noche le dijo a su mayordomo:

—Mañana quiero comerme a Aurorita.

—¡Ah, señora!...—murmuró el mayordomo.

—Lo quiero—dijo la reina (y lo dijo con el tono de una ogresa que desea comer carne fresca)—y me la quiero comer en salsa Roberto.

El pobre hombre, comprendiendo que con la ogresa no podía andarse con bromas, cogió su cuchillo de la cocina y subió al cuarto de Aurorita, que tenía entonces cuatro años y que, saltando y brincando, se acercó a él para pedirle caramelos. El mayordomo se



echó a llorar, se le cayó el cuchillo de las manos y corrió al correr a degollar un corderillo, al que guiso con una salsa tan exquisita que su ama aseguró que nunca había comido nada tan bueno. Al mismo tiempo se llevó a Aurorita y se la dió a su mujer para que la escondiese en las habitaciones que tenía en lo último del corral.

Ocho días después la pérfida reina dijo a su mayordomo:

—En la cena quiero comerme a mi nietecito Día.

El mayordomo, resuelto a engañarla como la otra vez, no la contestó. Fué a buscar a Día, y le encontró con un floretito en la mano, con el que se batía contra un enorme mono; sin embargo, no tenía más que tres años. Se lo llevó a su mujer, que lo escondió en el mismo sitio que a Aurorita, y en lugar de Día presentó un cabritillo muy tierno, que la ogresa encontró delicioso.

Todo había salido perfectamente hasta entonces; pero una noche, aquella malvada reina, dijo al mayordomo:

—Quiero comerme a la reina en la misma salsa que sus hijos.

Al oír esto el pobre mayordomo desesperó de poder engañarla una vez más. La reina tenía veinte años cumplidos, sin contar los ciento que pasara durmiendo; su piel, aunque linda y blanca, era un poco dura; ¿cómo encontrar en el corral un animal tan duro como ella? Resolvió, para salvarse, degollar a la reina, y subió al cuarto de ésta con la intención de despachar pronto. Excitadísimo, penetró, puñal en mano, en el cuarto de la reina; sin embargo, no quiso matarla por sorpresa, y, con mucho respeto, la comunicó la orden que había recibido de la reina madre.

—Cumplid con vuestro deber—dijo la reina, presentándole el cuello—; ejecutad la orden que os han dado; volveré a ver a mis hijos, a mis pobres hijos, a los que tanto quería—. Porque desde que se los arrebataron sin decirle nada, los creía muertos.





—No, no, señora—le respondió el pobre mayordomo, conmovido—; no moriréis, y no dejaréis por ello de ver a vuestros hijos; pero los veréis en mi casa, en donde los he ocultado, y yo engañaré otra vez a la reina haciéndola comer una cierva en vuestro lugar.

Inmediatamente la llevó a su vivienda, y dejándola besar a sus hijos y llorar con ellos, fué a guisar una cierva que la reina se comió con el mismo apetito que si se hubiese tratado de su nuera: estaba satisfechísima de su crueldad y se proponía decirle al rey a su regreso que los lobos se habían comido a su mujer y a sus hijos.

Una tarde en que, según costumbre, andaba dando vueltas por los patios y corrales del castillo, para ver si descubría en ellos carne fresca, oyó en una sala baja

a Día, que lloraba porque la reina, su madre, quería hacerle azotar por haber sido malo; y oyó también a Aurorita, que pedía el perdón de su hermano. La ogresa reconoció la voz de la reina y de sus hijos; y, furiosa al comprender que había sido engañada, a la mañana siguiente, con una voz terrible que hacía temblar a todo el mundo, mandó poner en medio del patio una gran tina, que hizo llenar de sapos, de víboras y de toda clase de culebras, para echar dentro a la reina y a sus hijos, al mayordomo, a su mujer y a su criada: había ordenado que se los llevaran con las manos atadas a la espalda.

Ya estaban allí y los verdugos se preparaban a arrojarlos a la tina, cuando el rey, al que no se espe-



raba tan pronto, entró en el patio a caballo, porque había corrido la posta, y preguntó, asombrado, qué significaba aquel horrible espectáculo. Nadie se atrevía a explicárselo, cuando la ogresa, llena de ira al ver lo que veía, se tiró de cabeza a la tina y fué devorada en un instante por los bichos que en ella hiciera meter. No dejó de lamentarlo el rey—era su madre—; pero se consoló muy pronto con su linda esposa y sus hijitos.

MORALEJA

ESPERAR algún tiempo
para hallar un marido
rico, apuesto, gallardo,
bondadoso y rendido,
es cosa muy corriente.

Pero no hay en el mundo
una mujer que tenga
el sueño tan profundo,
que le aguarde cien años,
y que, igual que un lirón,
los cien años se pase
durmiendo de un tirón.

La fábula asimismo
parece aquí indicarnos,
que no por diferirlos
habrán de resultarnos
menos dulces los lazos
del sagrado himeneo,
y que nada se pierde
por esperar; mas veo
que la mujer aspira
al amor conyugal
con un afán tan grande
y una impaciencia tal,
que me faltan las fuerzas
y el valor suficiente
para recomendarles
conducta tan prudente.

CAPERUCITA ROJA

(CUENTO)

ERASE una niña de pueblo, de lo más bonito que puede verse: su madre estaba loca con ella y su abuela más loca todavía. Esta buena mujer le mandó hacer una caperucita roja, la cual le sentaba tan bien que en todas partes le llamaban Caperucita Roja.

Un día, su madre, que había amasado y cocido unas tortas, le dijo:

—Ve a ver cómo se encuentra tu abuela, porque me han dicho que está enferma. Llévale una torta y esta orcita de manteca.

Caperucita se marchó en seguida para ir a casa de su abuela, que vivía en otro pueblo. Al pasar por un bosque se encontró con el compadre Lobo, al que se le pasaron buenas ganas de comérsela; pero no se atrevió a hacerlo por algunos leñadores que estaban en el bosque. Preguntóle adónde iba. La pobre niña, que no sabía que era peligroso pararse a escuchar a un lobo, le dijo:

—Voy a ver a mi abuela y a llevarle una torta y una orcita de manteca de parte de mi madre.

—¿Vive muy lejos?—dijo el Lobo.



Al pasar por un bosque se encontró con el compadre Lobo...



—¡Oh, sí!—contestó Caperucita Roja—; más allá del molino que se ve allá abajo, en la primera casa del pueblo.

—Bueno—replicó el Lobo—, yo también quiero verla; yo iré por este camino y tú por aquel; veremos quién llega antes.

El Lobo echó a correr con toda la velocidad de sus



patas por el camino más corto, y la niña se marchó por el camino más largo, entreteniéndose el coger

avellanas, en correr tras de las mariposas y en hacer ramos con las florecillas que encontraba.

No tardó mucho el Lobo en llegar a casa de la abuela: llama, tan, tan.

—¿Quién es?

—Tu nieta, Caperucita Roja—contestó el Lobo, fingiendo la voz—, que te trae una tortá y una orcita de manteca de parte de su madre.

La pobre abuela, que estaba en la cama, porque se encontraba delicada, le gritó:

—Levanta el pestillo.

Levantó el Lobo el pestillo y abrió la puerta. Luego



se precipitó sobre la buena mujer y la devoró en menos que se dice, porque llevaba más de tres días sin comer. En seguida cerró la puerta y se acostó en la cama de la abuela, para esperar allí a Caperucita Roja, que, poco después, llamaba a la puerta: tan, tan.

—¿Quién es?

Caperucita Roja, que oyó el vozarrón del Lobo,

tuvo miedo al pronto; pero creyendo que su abuela estaba constipada, respondió:

—Es tu nieta, Caperucita Roja, que te trae una torta y una orcita de manteca de parte de su madre.

El Lobo le gritó, dulcificando un poco la voz:

—Levanta el pestillo.

Caperucita Roja levantó el pestillo y la puerta se abrió.

El Lobo, al verla entrar, le dijo, acurrucándose en la cama bajo las mantas:

—Pon la torta y la orcita de manteca encima del arca, y ven a acostarte conmigo.

Caperucita Roja se desnuda y se mete en la cama, quedándose atónita al ver la facha de su abuela en paños menores.

—Abuela—le dijo—, ¡qué brazos tan largos tienes!



- ¡Para abrazarte mejor, hija mía!
—Abuela, ¡qué piernas tan grandes tienes!
—¡Para correr mejor, hija mía!
—Abuela, ¡qué orejas tan grandes tienes!
—¡Para oír mejor, hija mía!
—Abuela, ¡qué ojos tan grandes tienes!
—¡Para verte mejor, hija mía!
—Abuela, ¡qué dientes tan grandes tienes!
—¡Para comerte!

Y, al decir estas palabras, el pérfido Lobo se arrojó sobre Caperucita Roja y se la comió.

MORALEJA

Vemos, pues, que las niñas
y que en particular las buenas mozas
nunca deben pararse a hablar con gente
a la que no conozcan,
que si hacen lo contrario
es natural que el lobo se las coma.
Digo “el lobo”, y no todos son lo mismo:
Sabemos ya de sobra
que los hay muy amables
y que sin hiel, sin ruido y sin bambolla,
complacientes, corteses y rendidos,
siguen a la muchacha que va sola
y van hasta su casa
sirviéndole de escolta.
Mas, ¡ay!, que ya es sabido que esa casta
es la más peligrosa.

B A R B A A Z U L

(CUENTO)

ERASE una vez un hombre que poseía hermosas casas en la ciudad y en el campo, vajillas de oro y plata, sillerías forradas de brocado y carrozas doradas.



Pero, por desgracia, este hombre tenía la barba azul, y esto le afeaba tanto y le daba un aspecto tan temible, que no había una mujer ni una chiquilla que no echase a correr al verle.

Una de sus vecinas, señora de posición, tenía dos hijas preciosas. Barba Azul le pidió una de ellas en

matrimonio y dejó a su elección la que había de darle. Ninguna de las dos muchachas le quería y cada una de ellas trataba de endosársele a la otra, porque no podían decidirse a casarse con un hombre que tenía la barba azul. Además las inspiraba horror porque se había casado ya cinco veces, y nadie sabía lo que había sido de sus mujeres.

Barba Azul, para trabar amistad con ellas, las llevó, en compañía de su madre, de tres o cuatro de sus mejores amigas y de algunos muchachos de la vecindad, a una de sus casas de campo, en donde pasaron ocho días. Todo se volvían paseos, cacería, pescas, bailes, banquetes y meriendas; nadie dormía y se pasaban la noche dándose bromas unos a otros; en fin, resultó todo tan bien, que la más pequeña empezó a pensar que el dueño de la casa no tenía la barba tan azul y que era un hombre excelente. En cuanto volvieron a la ciudad se celebró la boda.

Al cabo de un mes Barba Azul dijo a su mujer que por un asunto importante tenía que hacer un viaje que duraría seis semanas por lo menos; que le suplicaba que se divirtiese mucho durante su ausencia; que invitase a sus amigas; que las llevase al campo si quería, y que se diese buena vida.

—Aquí tienes—le dijo—las llaves de los dos guardamuebles; aquí las del armario donde se guarda la vajilla de oro y plata que no se usa a diario; estas son las de mis cajas de caudales, en donde tengo mi oro y mi plata; estas otras las de las cajas en donde están mis piedras preciosas, y este el llavín de todas las ha-

bitaciones. Esta llavecita es la del cuartito que está al final de la galería del piso bajo: ábrelo todo, entra en todas partes; pero en ese cuartito te prohibo entrar, y te lo prohibo de tal manera, que si se te ocurre abrirle, todo lo debes esperar de mi cólera.

La joven prometió cumplir al pie de la letra lo que acababan de mandarle, y, luego de abrazarla, Barba Azul subió a su coche y se puso en camino.

Las vecinas y las amigas no esperaron a que fuesen a llamarlas para ir en busca de la recién casada, porque estaban impacientes por ver todas las maravillas de la casa, adonde no se habían atrevido a ir mientras estuvo en ella el marido, por su barba azul, que les daba miedo. Inmediatamente se pusieron a recorrer las salas, los gabinetes y los guardarropas, a cual más hermosos. Después subieron a los guardamuebles, en donde no se cansaban de admirar el número y la be-



lleza de los tapices, de las camas, de los sofás, de los estrados, de los veladores, de las mesas y de los espejos en donde se veían de pies a cabeza y cuyos marcos, de cristal unos, de plata y de metal dorado otros, eran de lo más lindo y de lo más rico que puede imaginarse. No cesaban de ponderar y de envidiar la suerte de su amiga, que no disfrutaba viendo todos aquellos tesoros, porque estaba impaciente por ir a abrir el cuartito del piso bajo.

Tanto la mortificó la curiosidad, que sin caer en la cuenta de que era una grosería dejar a sus visitantes, bajó al piso bajo por una escalera de servicio, y con tal precipitación que por dos o tres veces pensó estrellarse. Al llegar a la puerta del cuartito, estuvo un rato parada, pensando en la prohibición de su marido, y en que podría ocurrirle alguna desgracia por ser desobediente; pero la tentación era tan grande que no pudo resistirla: tomó, pues, la llavecita y abrió temblando la puerta del cuartito.

Al pronto no vió nada, porque las ventanas estaban cerradas. Transcurridos unos momentos empezó a ver que el suelo estaba todo cubierto de sangre coagulada, y que en aquella sangre se reflejaban los cuerpos de muchas mujeres muertas y colocadas a lo largo de las paredes: eran todas las mujeres con quienes Barba Azul se había casado, y a las que degollara una tras otra. Pensó morir de miedo, y la llave del cuarto, que acababa de sacar de la cerradura, se le cayó de la mano.

Así que reaccionó recogió la llave, cerró la puerta



... empezó a ver que el suelo estaba todo cubierto de sangre...

y subió a su cuarto para tranquilizarse un poco; pero era tan grande su emoción, que no podía lograrlo.

Como observara que la llave del cuartito estaba manchada de sangre, la secó dos o tres veces; pero la sangre no se quitaba. Y por más que la lavó y que la restregó con arena y greda, siempre le quedaba alguna mancha de sangre, porque la llave estaba encan-



tada y no había manera de limpiarla por completo; cuando desaparecía la sangre de un lado, volvía a aparecer en otro.

Aquella misma noche regresó Barba Azul de su viaje, diciendo que por el camino había recibido cartas en las que le anunciaban que el negocio que le obligara a dejar su casa acababa de arreglarse ventajosamente para él. Su mujer hizo cuanto pudo para demostrarle que le complacía en extremo su pronto regreso.

Al día siguiente pidió las llaves, y su mujer se las



dió; pero al hacerlo le temblaba tanto la mano, que sin ningún trabajo adivinó todo lo que había pasado.

—¿Por qué no está con las demás la llave del cuartito?—le preguntó.

—La habré dejado arriba sobre mi mesa—contestó la joven.

—No dejes de traérmela en seguida—dijo Barba Azul.

Tras de varios aplazamientos tuvo que entregarle la llave. Después de examinarla, preguntó Barba Azul a su mujer:

—¿Por qué está manchada de sangre esta llave?

—No sé—respondió la pobre criatura, pálida como una muerta.

—¡No lo sabes!—replicó Barba Azul—; ¡pero yo lo sé perfectamente! ¡Has querido entrar en el cuar-

tito! Bueno, pues entrarás y ocuparás tu puesto entre las mujeres que has visto allí.

La joven se arrojó a los pies de su marido llorando y pidiéndole perdón, con todas las muestras de un verdadero arrepentimiento, por no haber sido obediente. Tan hermosa como era y tan afligida como estaba, hubiese enternecido a una piedra; pero Barba Azul tenía el corazón más duro que una roca.

—Has de morir—le dijo—y ahora mismo.

—Puesto que he de morir—respondió ella, mirándole con los ojos llenos de lágrimas—, concédeme algún tiempo para encomendarme a Dios.

—Te concedo un cuarto de hora—dijo Barba Azul—, ni un minuto más.

Cuando la joven se quedó sola llamó a su hermana y le dijo:

—Hermana Ana—porque se llamaba así—, sube, te lo suplico, a lo alto de la torre para ver si vienen mis hermanos; me prometieron venir hoy a verme. Si los ves, diles por señas que se den prisa.

La hermana Ana subió a lo alto de la torre, y la sin ventura le gritaba de cuando en cuando:

—Ana, hermana Ana, ¿no ves venir a nadie?

—No veo más que el sol que relumbra y la hierba que verdea—respondía Ana.

—Baja en seguida—gritaba Barba Azul—o subiré yo.

—Ya voy—respondía la joven, y añadía:—Ana, hermana Ana, ¿no ves venir a nadie?

—Veo—contestó la hermana Ana—una gran polvareda que se acerca por este lado...



—¡Ana, hermana Ana!, ¿no ves venir a nadie?

—¿Son mis hermanos?

—¡Ay!, no, hermana mía; es un rebaño de carneros...

—¿No quieres bajar?—gritaba Barba Azul.

—Espera un momento—respondía su mujer; y agregaba:—Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie?

—Veo dos jinetes que vienen hacia aquí, pero aun están muy lejos.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó un instante después—; son mis hermanos. Les hago señas para que se den prisa.

Barba Azul empezó a gritar de tal manera, que toda la casa temblaba. La pobre mujer bajó y fué a arrojarle a sus pies, llorosa y desmelenada.

—Nada consigues con esto—dijo Barba Azul—; has de morir.

Luego, cogiéndola con una mano por el pelo y levantando con la otra el alfanje, se dispuso a cortarle la cabeza. La infeliz, volviéndose hacia él y mirándole con unos ojos muy tristes, le rogó que le concediera un instante para recogerse.

—No, no—replicó él—; encomiéndate bien a Dios. Y levantando el brazo...

En aquel momento llamaron con tal violencia a la puerta, que Barba Azul se quedó inmóvil. Abrieron, e inmediatamente entraron dos caballeros que, echando mano a la espada, corrieron hacia Barba Azul.

Vió que eran los hermanos de su mujer, dragón el uno, mosquetero el otro, y trató de escapar; pero los dos hermanos le persiguieron tan de cerca que le alcanzaron antes que pudiese llegar a la escalinata. Le atra-



vesaron el cuerpo con sus espadas y le mataron. La pobre mujer estaba casi tan muerta como su marido, y no tenía fuerzas para levantarse y abrazar a sus hermanos.

Resultó que Barba Azul no tenía herederos, de modo que su mujer heredó toda su fortuna. Parte de ella la invirtió en casar a su hermana Ana con un caballero que la quería hacía algún tiempo, y con el resto compró el empleo de capitán para cada uno de sus hermanos y se casó con un hombre muy bueno que la hizo olvidar los malos ratos pasados al lado de Barba Azul.

MORALEJAS

La curiosidad, no obstante los atractivos que ofrece, puede causarnos a todos serios disgustos a veces. De ello se ven mil ejemplos. Por más que muchas mujeres

no lo crean, es efímero
 el placer que nos promete.
 Y cuando está satisfecha
 la curiosidad, se advierte
 que el placer se extingue al punto
 y cuesta muy caro siempre.

Por poco sano que se tenga el juicio
 y por mal que del mundo
 se conozca la farsa,
 pronto se echa de ver que este relato
 es de los tiempos de Maricastaña.
 En los tiempos presentes
 ni buscándolo adrede se encontrara
 un marido tan bárbaro y tirano
 que, aun siendo un cascarrabias,
 se propase a exigir un imposible.
 Con su mujer se tornará una malva,
 y a veces hasta ocurre,
 sea cual fuere el tinte de su barba,
 que entre su esposa y él no se distingue
 quién es el que se impone y el que manda.



MAESE GATO O EL GATO CON BOTAS

(CUENTO)

CIERTO molinero sólo dejó por toda fortuna a los tres hijos que tenía su molino, su burro y su gato. Pronto se hicieron las particiones: no hubo que llamar al notario ni al procurador. Hubiesen dado cuenta del exiguo patrimonio. El molino fué para el mayor, el burro para el menor y el gato para el más pequeño. Este último no podía consolarse de que le hubiese correspondido tan poca cosa.

—Mis hermanos—decía—podrán ganarse la vida honradamente asociándose; pero yo, así que me coma mi gato y me haga un manguito con su piel, me moriré de hambre.

El gato, que oía estas reflexiones, aunque no lo parecía, le dijo con mucha seriedad y mucho aplomo:

—No os aflijáis, mi amo; no tenéis que ocuparos más que de darme un saco y de mandarme hacer un par de botas para andar por entre la maleza, y ya veréis cómo no habéis tenido tan mala suerte.

Aunque el amo del gato no fiaba mucho de esta promesa, le había visto usar de tantas astucias para cazar ratas y ratones, como cuando se colgaba por

las patas o se escondía entre la harina para hacerse el muerto, que no desesperó de que le socorriese en su desgracia.

Cuando el gato tuvo lo que había pedido, se calzó resueltamente, y echándose el saco al hombro, cogió los cordones que le cerraban, con las patas delanteras, y se fué a un soto en donde había muchos conejos. Puso salvado y unos cepos dentro de su saco, y tumbado como si estuviese muerto, esperó a que algún conejillo, poco al tanto aún de las jugarretas de los de su ralea, se zampase en su talego para comerse lo que en él había puesto.

Apenas se hubo acostado vió cumplidos sus deseos; un atolondrado gazapo se precipitó en el saco, y maese Gato, tirando inmediatamente de los cordones, le cogió y le mató sin misericordia.

Contentísimo con su presa, se fué al palacio del



rey y pidió permiso para hablarle. Hiciéronle subir a las habitaciones de Su Majestad, y, al entrar en ellas, saludó profundamente al rey y le dijo:

—Aquí tenéis, señor, un conejo del soto del señor marqués de Carabás—este era el nombre que se le ocurrió dar a su amo—, en cuyo nombre os lo ofrezco.

—Dile a tu amo—le contestó el rey—que se lo agradezco y que es muy amable.

Otra vez fué a esconderse en un campo de trigo, siempre con su saco abierto, y cuando se entraron en él dos perdices, tiró de los cordones y las cogió a las dos. Luego corrió a ofrecérselas al rey, como hiciera con el conejo del soto. El rey aceptó complacido las dos perdices y mandó que le diesen de beber.

El gato continuó de esta suerte por espacio de dos o tres meses, llevándole de cuando en cuando al rey algunas piezas cazadas por su amo. Un día que supo que el rey había de ir a pasearse a la orilla del río con su hija, la princesa más hermosa del mundo, dijo a su amo:

—Si queréis seguir mi consejo, está hecha vuestra suerte: no tenéis que hacer más que bañaros en el río en el sitio que os indicaré, y luego dejar que yo arregle lo demás.

El marqués de Carabás hizo lo que su gato le aconsejaba, sin saber para lo que podría servirle. Cuando se bañaba pasó el rey, y el gato empezó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro, socorro! ¡Que se ahoga el señor marqués de Carabás!

Al oír estos gritos el rey asomó la cabeza por la ventanilla, y reconociendo al gato que tantas veces le llevara caza, mandó a sus guardias que corriesen al instante en socorro del marqués de Carabás.

En tanto que sacaban del río al pobre marqués, se acercó el gato al carruaje y le dijo al rey que mientras se bañaba su amo se presentaron unos ladrones y que, aunque él gritó ¡ladrones! con todas sus fuerzas, se llevaron la ropa. El muy tunante la había escondido debajo de una piedra enorme.

El rey mandó en seguida a los encargados de su guardarropa que fuesen a buscar uno de sus mejores trajes para el señor marqués de Carabás. El rey le colmó de atenciones, y como el precioso traje que acababan de ponerle realzaba su buena presencia (porque era guapo y gallardo), la hija del rey le encontró muy de su gusto, y no bien le hubo dirigido el marqués de Carabás dos o tres miradas, muy respetuosas y un poco tiernas, se enamoró perdidamente de él.

El rey quiso que el marqués subiese a su coche y que los acompañase en su paseo. El gato, contentísimo al ver que su plan comenzaba a dar buen resultado, se adelantó, y como viese unos aldeanos que guadañaban un prado, les dijo:

—Buenas gentes que estáis guadañando, si no le decís al rey que el prado que guadañáis pertenece al señor marqués de Carabás, os haré picadillo a todos.

No dejó el rey de preguntar a los guadañadores de quién era el prado que guadañaban.

—Es del señor marqués de Carabás—dijeron to-



dos al mismo tiempo, porque la amenaza del gato los había asutado.

—Tenéis aquí una bonita heredad—dijo el rey al marqués de Carabás.

—Ya veis, señor—respondió éste—; es un prado que me produce bastante todos los años.

Maese Gato, que iba siempre delante, se encontró a unos segadores y les dijo:

—Buenas gentes que estáis segando, si no decís que todos estos trigos pertenecen al señor marqués de Carabás, os haré picadillo.

El rey, que pasó un momento después, quiso saber a quién pertenecían todos los campos de trigo que veía.

—Al señor marqués de Carabás—contestaron los segadores, y el rey felicitó al marqués. El gato, que iba delante del carruaje, decía siempre lo mismo a

todo el que encontraba, y el rey estaba atónito al ver las propiedades del marqués de Carabás.

Maese Gato llegó, por último, a un magnífico castillo, del que era dueño un ogro, el más rico del mundo, porque todas las tierras por las que el rey había pasado pertenecían al castillo. El gato, que había tenido buen cuidado de preguntar quién era aquel ogro y de enterarse de lo que sabía hacer, pidió permiso para hablarle, diciendo que no había querido pasar tan cerca del castillo sin tener el honor de saludarle.

El ogro le recibió todo lo cortésmente que puede hacerlo un ogro y le invitó a desayunar.

—Me han asegurado—dijo el gato—que tenéis el don de convertiros en toda clase de animales; que podéis, por ejemplo, transformaros en león, en elefante...

—Es verdad—respondió el ogro bruscamente—; y para demostrároslo, voy a convertirme en león.

El gato se asustó tanto al ver un león frente a él, que se encaramó en seguida al alero, no sin trabajo y sin peligro, por causa de sus botas, que no servían para andar por los tejados.

Algún tiempo después, como viera el gato que el ogro había recobrado su primitiva forma, bajó, confesando que había tenido mucho miedo.

—Me han asegurado también—dijo el gato—, pero yo no lo creo, que tenéis asimismo el poder de tomar la forma de los animales más pequeños, de transformaros, por ejemplo, en una rata, en un ratón... Os confieso que tengo tal cosa por imposible.

—¡Imposible!—replicó el ogro—; ahora lo veréis—.



Y al mismo tiempo se convirtió en un ratón...

Y al mismo tiempo se convirtió en un ratón que se puso a corretear por el suelo. No bien le vió el gato cuando se precipitó sobre él y se lo comió.

Entretanto el rey, que vió al pasar el magnífico castillo del ogro, quiso entrar en él. El gato, que oyó el ruido del carruaje que cruzaba el puente levadizo, corrió a recibir al rey y le dijo:

—Sea bien venido Vuestra Majestad al castillo del señor marqués de Carabás.

.—¿Cómo, marqués—exclamó el rey—, también es vuestro este castillo? No conozco cosa más bonita que este patio y que todos esos edificios que le rodean; veámosle por dentro, si gustáis.

El marqués dió la mano a la princesita, y siguiendo al rey, que subía el primero, entraron en una vasta sala en donde hallaron una magnífica merienda que el ogro había mandado preparar para sus amigos, los cuales debían ir a visitarle aquel mismo día, pero que no se atrevieron a entrar al saber que el rey estaba en el castillo. El rey, entusiasmado con las buenas prendas del marqués de Carabás, lo mismo que su hija, que estaba loca por él, viendo las inmensas riquezas que poseía, le dijo después de haber bebido cinco o seis tragos:

—Sólo de vos depende, marqués, que seáis mi yerno.

El marqués, haciendo profundas reverencias aceptó el honor que le dispensaba el rey, y aquel mismo día se casó con la princesa. El gato se convirtió en un señorón y ya no volvió a correr tras de los ratones más que para entretenerse.

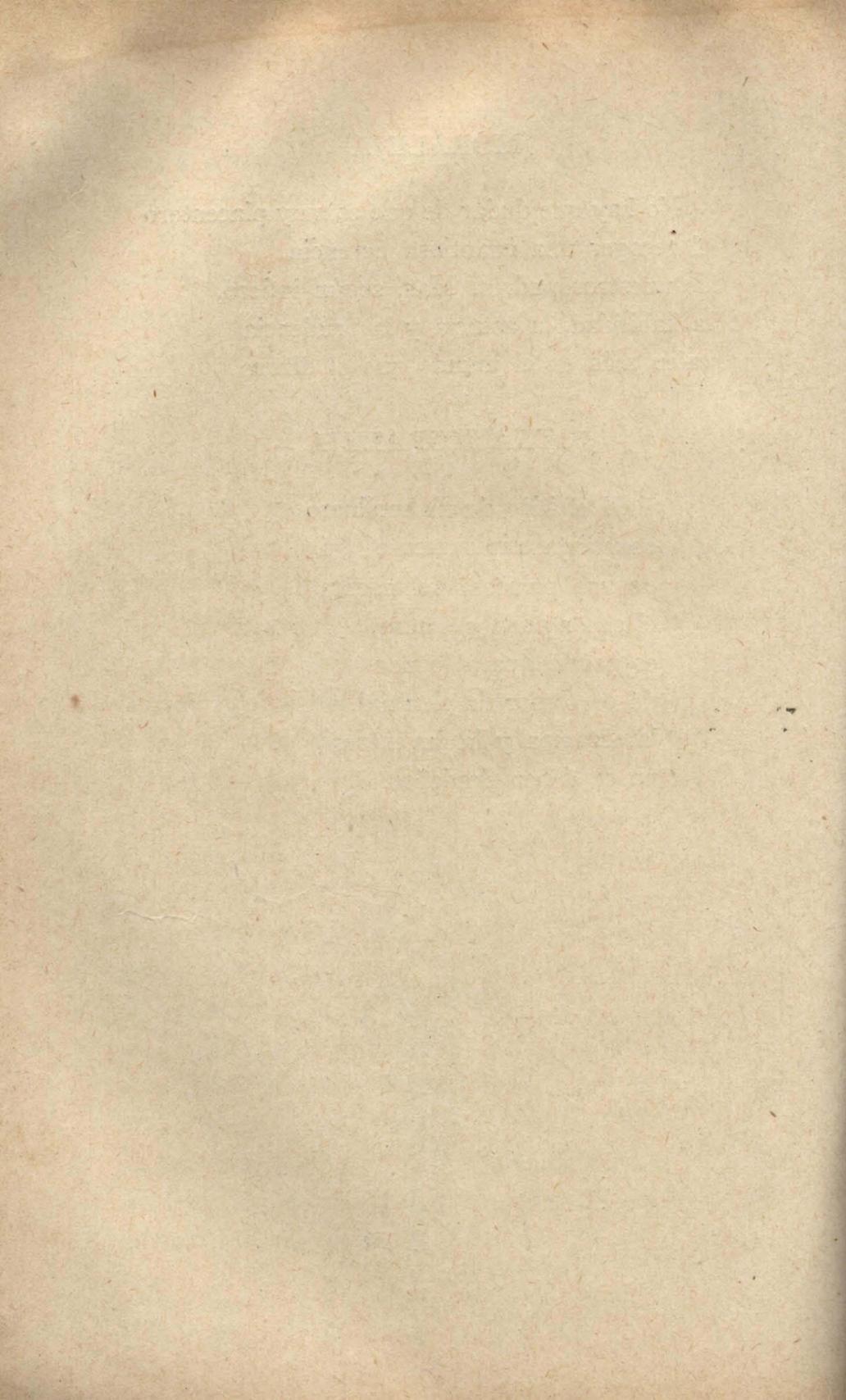
MORALEJA

No hay que dudar de que es muy placentero
el recoger una cuantiosa herencia
de nuestros padres. Mas, según infiero,
la habilidad, la astucia y la prudencia
valen más en el mundo que el dinero.

OTRA MORALEJA

Si el hijo de un molinero
conquista rápidamente
de una princesa vehemente
el amor puro y entero,
es porque, para lograr
de ese amor la plenitud,
la estampa y la juventud
no se deben desdeñar.







L A S H A D A S

(CUENTO)

HABÍA una vez una viuda que tenía dos hijas: la mayor se le parecía tanto en el genio y en la cara, que verla a ella era ver a la madre. Tan desagradables y tan orgullosas eran una y otra, que no se podía vivir con ellas. La menor, que salió pintiparada a su padre en lo amable y bondadosa, era, además, la chiquilla más linda que verse puede. Como, por razón natural, cada cual ama al que se le parece, aquella madre estaba loca con su hija mayor, y, al mismo tiempo, sentía una aversión espantosa hacia la pequeña. La oblique su propia madre la echó de su casa; y la desdi-
Era preciso, entre otras cosas, que aquella pobre

niña fuese dos veces al día a buscar agua, a media legua larga de la casa, a la que había de llevar lleno un cántaro enorme. Un día que estaba en esta fuente, vió acercarse a una pobre mujer, la cual le suplicó que le diese de beber.

—Ya lo creo, buena mujer—contestó la hermosa niña; y enjuagando inmediatamente su cántaro, lo llenó de agua en el mejor sitio del manantial y se lo presentó, sosteniendo siempre el cántaro para que bebiera más cómodamente. La buena mujer, una vez que hubo bebido, le dijo:

—Sois tan hermosa, tan buena y tan amable que no puedo menos de otorgaros un don. (Porque era un hada que había tomado la forma de una pobre mujer del pueblo para ver hasta dónde llegaba la bondad de aquella muchacha.) Os otorgo el don—prosiguió el hada—de arrojar por la boca, a cada palabra que digáis, una flor o una piedra preciosa.

Cuando esta linda niña llegó a su casa, su madre la riñó por volver tan tarde de la fuente.

—Perdonadme si he tardado mucho, madre mía—dijo la pobre moza; y al decirlo salieron de su boca dos rosas, dos perlas y dos brillantes gordísimos.

—¡Qué es lo que veo!—exclamó su madre, llena de asombro—; me parece que te salen de la boca perlas y brillantes. ¿A qué se debe eso, hija mía? (Era la primera vez que la llamaba hija.)

La pobre niña le refirió ingenuamente todo lo que le había sucedido, no sin derramar infinidad de brillantes.



... sosteniendo siempre el cántaro para que bebiera más cómodamente.

—Verdaderamente—pensó la madre—, preciso es que envíe allá a mi hija. Mira, Paca, mira lo que sale de la boca de tu hermana cuando habla; ¿no te gustaría poseer el mismo don? No tienes que hacer más que ir a buscar agua a la fuente, y cuando una pobre mujer te pida de beber, darle con mucha amabilidad.

—¡Tendría que ver que yo fuese a la fuente!—respondió la indómita.

—Quiero que vayas—replicó la madre—, y ahora mismo.

Fué, pero refunfuñando. Y se llevó el jarro de plata más lindo que había en la casa. Apenas llegó a la fuente cuando vió salir del bosque una dama admirablemente vestida, que se acercó a pedirle de beber. Era la misma hada que se apareciera a su hermana, pero que había adoptado el aspecto y las vestiduras de una princesa para ver hasta dónde llegaría la grosería de aquella moza.

—¿Acaso he venido para daros de beber?—le dijo la orgullosa.—¡Precisamente me he traído un jarro de plata para dar de beber a la señora! ¿Sabéis lo que os digo? Que bebáis de bruces, si queréis.

—No sois amable—contestó el hada sin enfadarse—. Bueno, ya que sois tan poco servicial, os otorgo el don de echar por la boca, a cada palabra que pronunciéis, una serpiente o un sapo.

En cuanto la vió su madre la gritó:

—¡Hola, hija mía!

—¡Hola, mamá!—le respondió la indómita, arrojando dos víboras y dos sapos.

—¡Dios mío!—exclamó su madre—, ¿qué es esto? Su hermana tiene la culpa; me las pagará.

Y corrió a pegarla. La pobre niña escapó y fué a refugiarse al bosque inmediato. El hijo del rey, que volví de cazar, la encontró, y al verla tan linda le preguntó qué hacía allí completamente sola y por qué lloraba.



—¡Ay, señor!, es que mi madre me ha echado de casa.

El hijo del rey, que vió salir de su boca cinco o seis perlas y otros tantos brillantes, le suplicó que le explicase la causa de ello. La niña le contó su aventura. El hijo del rey se enamoró de ella, y pensando que aquel don valía más que cuanto pudiesen darle en dote a cualquier otra muchacha, se la llevó al palacio del rey, su padre, en donde la tomó por esposa.

En cuanto a su hermana, se hizo tan aborrecible, que su propia madre la echó de su casa; y la desdichada, después de mucho rodar sin encontrar quien quisiera admitirla, fué a morir en el bosque.

MORALEJA

Mucho pesan escudos y brillantes
en algunas personas vacilantes.
Mas ved que las palabras bondadosas
son infinitamente más valiosas.

OTRA MORALEJA

Ser amable requiere un sacrificio
y tener buena dosis de paciencia;
pero tarde o temprano,
cuando nadie lo espera
ni siquiera se acuerda de los hechos,
obtiene la bondad su recompensa.





LA CENICIENTA O EL ZAPATITO DE CRISTAL

(CUENTO)

HABÍA una vez un caballero que casó en segundas nupcias con una mujer, lo más orgullosa y dominante que verse puede. Esta mujer tenía dos hijas de su mismo genio, y que se le parecían en todo. El marido, por su parte, tenía una hija, pero de una dulzura y de una bondad sin igual: esto lo había heredado de su madre, que era la criatura mejor del mundo.

Apenas se celebró el matrimonio cuando la madrastra sacó a relucir su mal carácter: no podía resistir las buenas cualidades de aquella niña, al lado de la cual resultaban aún más aborrecibles sus hijas. La

encomendó los quehaceres más humildes de la casa: ella era la que fregaba los platos y la escalera, y la que daba cera al cuarto de la señora y al de sus hijas. Dormía en el último piso de la casa, en un granero y sobre un mal jergón, en tanto que sus hermanas ocupaban alcobas entarimadas, en donde tenían camas de última moda y espejos en los que se veían de pies a cabeza. La pobre niña lo llevaba todo con paciencia, y no se atrevía a quejarse a su padre, que la hubiese reñido, porque su mujer le dominaba.



Cuando terminaba sus quehaceres corría a la chimenea y se sentaba en la ceniza, por lo que en su casa la llamaban generalmente la *puerca Cenicienta*. La más pequeña de sus hermanastras, que no era tan mala como la mayor, la llamaba *Cenicienta*. Sin embargo, *Cenicienta*, con aquel trajecillo suyo tan malo,

estaba cien veces más guapa que sus hermanas, que vestían admirablemente.

Sucedió que el hijo del rey dió un baile y que invitó a todas las personas de posición. También fueron convidadas nuestras dos señoritas, porque figuraban mucho en la ciudad. Ya las tenemos muy satisfechas y atareadísimas eligiendo los trajes y los peinados que mejor les sientan. Nuevo tormento para Cenicienta, porque ella era la que repasaba la ropa blanca de sus hermanas y la que almidonaba sus puños. No hablaban más que del traje que habían de llevar.

—Yo—dijo la mayor—me pondré un vestido de terciopelo rojo y mis encajes de Inglaterra.

—Yo—añadió la pequeña—llevaré mi falda de diario; pero en cambio me pondré mi manto con flores de oro y mi broche de brillantes, que no es de los que menos valen.

Avisaron a la peinadora de más fama para que las peinase y mandaron por los lunares postizos a la tienda en que mejor los hacían. Luego llamaron a Cenicienta para pedirla su opinión, porque tenía buen gusto.

Cenicienta les dió excelentes consejos y hasta se ofreció a peinarlas, lo que ellas aceptaron.

Mientras las peinaba, le decían:

—Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

—¡Ay! Cómo os burláis; a mí no me pega eso.

—Tienes razón; poco que se reirían si viesen a una puerca cenicienta en el baile.

Si Cenicienta hubiera sido otra, las hubiera pei-



nado de cualquier manera; pero Cenicienta era buena y las peinó muy bien. Las tenía tan trastornadas la alegría, que se pasaron cerca de dos días sin comer. Rompieron más de doce cordones a fuerza de apretarse, para tener la cintura más pequeña, y constantemente estaban frente al espejo.

Al fin llegó el feliz instante; se marcharon y Cenicienta las siguió con la vista mientras pudo. Cuando dejó de verlas se echó a llorar. Su madrina, que la encontró hecha un mar de lágrimas, le preguntó qué era lo que tenía.

—Quisiera... quisiera...

Lloraba tanto que no pudo acabar. Su madrina, que era hada, le dijo:

—Quisieras ir al baile, ¿no es verdad?

—¡Ay, sí!—contestó Cenicienta, suspirando.

—Bien, ¿serás buena?—replicó su madrina—; pues yo haré que vayas.

La llevó a su cuarto y le dijo:

—Ve al jardín y tráeme una calabaza.

La Cenicienta bajó inmediatamente a coger la más hermosa que pudo encontrar y se la subió a su madrina, sin que lograra adivinar cómo con aquella calabaza había de poder ir al baile. Su madrina vació la calabaza hasta dejar la cáscara únicamente, la tocó con su varita de virtudes y la convirtió en una preciosa carroza dorada.

Después fué a mirar la ratonera, en donde halló seis ratoncillos vivos. Mandó a Cenicienta que levantara un poco la trampa de la ratonera, y cada vez que salía un ratón, le daba un golpecito con su varita de virtudes, y el ratón se convertía inmediatamente en un precioso caballo, con lo que resultó un magnífico tiro de seis caballos tordos.

Como no supiera de qué hacer un cochero, dijo Cenicienta:

—Voy a ver si en la ratonera grande hay alguna rata; la convertiremos en cochero.

—Tienes razón—contestóle su madrina—; ve a ver.

Cenicienta le llevó la ratonera, en donde había tres ratas enormes. El hada eligió una de las tres, por sus grandes bigotes, y tocándola con su varita la convirtió en un robusto cochero que tenía los mostachos más lindos que verse pueden.



Su madrina, que era hada, le dijo:
—Quisieras ir al baile, ¿no es verdad?

Después le dijo:

—Ve al jardín, en donde encontrarás seis lagartos verdes detrás de la regadera; tráemelos.

Apenas se los presentó a su madrina cuando ésta los transformó en seis lacayos, con sus trajes galoneados, que se subieron inmediatamente en la trasera de la carroza, y que permanecían en su puesto, como si no hubiesen hecho otra cosa en toda su vida.

El hada dijo entonces a Cenicienta:

—Bueno, ya tienes con qué ir al baile, ¿no estás contenta?

—Sí; pero, ¿cómo he de ir con este vestido tan feo?

Su madrina no hizo más que tocarla con su varita y en el mismo instante su vestido se convirtió en un vestido de oro y plata, todo cubierto de pedrería; luego le dió unos zapatitos de cristal, los más lindos del mundo. Una vez que estuvo así ataviada se subió al carruaje; pero su madrina le encargó muchísimo que se retirase antes de las doce, advirtiéndole que si permanecía en el baile un momento más, su carroza volvería a convertirse en calabaza, sus caballos en ratones y sus lacayos en lagartos, y que hasta su magnífico traje recobraría su primitiva forma.

Prometió a su madrina que no dejaría de salir del baile antes de las doce, y se marchó loca de alegría.

El hijo del rey, a quien avisaron que acababa de llegar una ilustre princesa a la que nadie conocía, corrió a recibirla. La ofreció la mano al bajar del carruaje y la llevó al salón en donde estaban los invitados. Hízose entonces un gran silencio: se interrumpió el

baile y los violines dejaron de tocar; tal era la atención con que todos contemplaban los grandes atractivos de la desconocida. No se oía más que un rumor confuso: “¡Ah, qué hermosa es!”

El mismo rey, que era muy viejecito, no cesaba de mirarla y de decir a la reina que hacía mucho tiempo que no había visto una criatura tan linda y tan simpática. Todas las señoras estudiaban minuciosamente su tocado y su vestido, para tener uno igual al día siguiente, siempre que se encontrasen telas lo bastante bonitas y costureras lo bastante hábiles para reproducirlo.

El hijo del rey la colocó en el mejor sitio, y luego la invitó a bailar. Cenicienta bailó con tanta gracia que la admiración de todos subió de punto. Luego sirvieron una magnífica cena que el príncipe, entretenido en contemplarla, no probó siquiera. Cenicienta se sentó al lado de sus hermanas y las obsequió mucho; partió con ellas las naranjas y los limones que le había dado el príncipe, lo que las llenó de asombro, porque no la conocían.

Estaban hablando cuando Cenicienta oyó dar las once y tres cuartos. Hizo inmediatamente una profunda reverencia a todos los presentes y se marchó lo más de prisa que pudo. En cuanto llegó fué a buscar a su madrina, y, después de darle las gracias, le dijo que deseaba volver al baile al día siguiente, porque el hijo del rey se lo había suplicado. Cuando estaba ocupada en contar a su madrina todo lo que había sucedido en el baile llamaron a la puerta las dos hermanas. Cenicienta salió a abrir.

—¡Cuánto habéis tardado!—les dijo, bostezando, restregándose los ojos y desperezándose lo mismo que si acabase de despertarse. Sin embargo, no había tenido gana de dormir, deseaba que se separaran.

—Si hubieses venido al baile—le dijo una de sus hermanas—no te hubieras aburrido; ha ido una princesa hermosísima, la más hermosa que puede verse; ha tenido con nosotras mil atenciones y nos ha dado naranjas y limones.

Cenicienta no cabía en sí de alegría. Preguntó el nombre de aquella princesa, pero sus hermanas le contestaron que no la conocían, que el hijo del rey estaba muy afligido por eso mismo y que daría cuanto poseía por saber quién era. Cenicienta sonrió y les dijo:

—¿De modo que era muy hermosa? ¡Dios mío! ¡Qué felices sois! ¿No podría yo verla? ¡Ay! Juanita, préstame el vestido amarillo que te pones todos los días.

—¡Naturalmente!—contestó Juanita—. ¡En eso estaba pensando! ¡Prestar mi vestido a una puerca Cenicienta como tú! ¡Estaría loca!

Cenicienta esperaba esta negativa, y se alegró de ella, porque se hubiese visto en un aprieto si su hermana hubiera consentido en prestarle su vestido.

Al día siguiente fueron al baile las dos hermanas, y Cenicienta también, pero aun más lujosamente ataviada que la primera vez. El hijo del rey no se movió de su lado y no cesó un momento de requebrarla. La niña no se aburría, y olvidó lo que su madrina le encar-

gara, de suerte que oyó dar la primera campanada de las doce cuando creía que aun no eran las once. Levantóse y huyó con la celeridad de una cierva. El príncipe la siguió, pero no la pudo alcanzar. Cenicienta dejó caer uno de sus zapatitos de cristal, que el prin-



cipe recogió con mucho cuidado. Llegó a su casa sofocadísima, sin coche, sin lacayos y con su feísimo traje; de su pasada magnificencia no le quedaba nada más que uno de sus zapatitos, la pareja del que había perdido.

Preguntaron a los centinelas de la puerta del palacio si no habían visto salir a una princesa; contestaron que no habían visto salir a nadie más que a una muchacha muy mal vestida y que más bien tenía trazas de paleta que de señorita.

Cuando las dos hermanas volvieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido mucho y si había estado aquella señora tan hermosa; ellas le contestaron que sí, pero que al dar las doce se marchó

con tanta prisa que perdió uno de sus zapatitos de cristal, la cosa más bonita del mundo; que el hijo del rey lo recogió y que durante el resto del baile no hizo más que mirarlo, y que seguramente estaba perdidamente enamorado de la lindísima criatura a la que pertenecía aquel zapatito.

Decían la verdad, porque a los pocos días el hijo del rey hizo publicar, al son de las trompas, que se casaría con aquella a quien le estuviese justo el zapato. Comenzaron por probárselo a las princesas, luego a las duquesas y a toda la corte, pero inútilmente. Le llevaron a casa de las dos hermanas, que hicieron todo lo posible por que su pie entrase en el zapatito, pero no lo consiguieron. Cenicienta, que las miraba y que reconoció su zapato, dijo riendo:

—¡Dejad que vea si me está bien!

Sus hermanas empezaron a reirse y a burlarse de ella. El gentilhombre que iba probando el zapato, miró atentamente a Cenicienta, y como la encontrara muy linda, dijo que era muy justo y que tenía orden de probar el zapato a todas las solteras. Hizo que Cenicienta se sentase, y, acercando el zapato a su piecico, vió que le entraba sin ningún esfuerzo y que parecía hecho a su medida. El asombro de las dos hermanas fué grande, pero subió de punto cuando Cenicienta sacó de su bolsillo el otro zapatito y se lo puso en el otro pie. En aquel momento llegó su madrina, quien, tocando con su varita de virtudes el vestido de Cenicienta, lo convirtió en otro aún más suntuoso que los anteriores.



... Cuando Cenicienta sacó de su bolsillo el otro zapatito y se lo puso en el otro pie.

Entonces sus dos hermanas reconocieron en ella a la hermosa dama que vieran en el baile, y se precipitaron a sus pies para pedirle perdón por los malos tratos de que la habían hecho objeto. Cenicienta las levantó y les dijo, besándolas, que las perdonaba de buen grado, y que les suplicaba que siempre la quisieran mucho. Tal como estaba vestida la presentaron al príncipe, que la encontró más hermosa que nunca y que a los pocos días se casó con ella. Cenicienta, que era tan buena como hermosa, alojó a sus dos hermanas en el palacio, y aquel mismo día las casó con dos caballeros de la corte.

MORALEJA

La belleza es tesoro inapreciable
 que gusta a las mujeres admirar;
 pero eso que llamamos “don de gentes”
 no tiene precio y vale mucho más.
 Eso dió a Cenicienta su madrina
 y así le pudo un reino regalar.
 Y ahora, hermosa, sirvámonos del cuento
 y aprendamos un poco de moral.
 Para que un corazón se nos entregue,
 el “don de gentes” vale, a no dudar,
 más que el tocado espléndido y lujoso
 en que cifráis vosotras vuestro afán.
 El “don de gentes” es el verdadero
 don de las hadas. Quien lo pueda usar,

obtendrá cuanto quiera en este mundo.
Nada, en cambio, sin él conseguirá.

OTRA MORALEJA

Sin duda que es gran ventaja
tener nombre ilustre, ingenio,
valor y otras cualidades
de las que concede el cielo.
Pero, a pesar de tenerlas,
no saldréis bien de un empeño
si no tenéis un padrino
que decida protegeros.





RIQUET EL DEL HOPO

(CUENTO)

HABÍA una vez una reina que dió a luz un niño tan feo y tan mal formado, que durante mucho tiempo abrigaron la duda de que tuviera figura humana. Un hada, que presenció su nacimiento, aseguró que no por ello dejaría de agradar, porque tendría mucho ingenio; y hasta añadió que en virtud del don que acababa de otorgarle podría comunicar tanto ingenio como él había de tener a la persona a la que más quisiera.

Todo esto consoló un poco a la pobre reina, que

estaba muy triste por haber traído al mundo a un chiquillo tan feo. Verdad es que aquel niño no bien comenzó a hablar cuando dijo mil cosas lindísimas, y en todas sus acciones se advertía tanto ingenio, que todos estaban entusiasmados. Olvidaba decir que vino al mundo con un mechoncito de pelo en la cabeza, por lo que le llamaron Riquet el del hopo, porque el nombre de la familia era Riquet.

Al cabo de siete u ocho años la reina de un reino vecino tuvo dos hijas. La que nació primero era más hermosa que un sol; la reina se puso tan contenta que llegaron a temer que la excesiva alegría que sentía pudiera perjudicarla. La misma hada que asistió al nacimiento de Riquet el del hopo estaba presente en aquella ocasión, y para moderar la alegría de la reina le declaró que aquella princesa no tendría ingenio, y que sería tan tonta como hermosa. Esto mortificó mucho a la reina, pero a los pocos minutos experimentó una pena aún mayor, porque la segunda niña que tuvo era muy fea.

—No os aflijáis tanto, señora—le dijo el hada—: vuestra hija será recompensada y tendrá tanto ingenio, que no se echará de ver que carece de belleza.

—Dios lo quiera—respondió la reina—; pero, ¿no habría medio de hacer que la mayor, que es tan guapa, tenga un poco de ingenio?

—Por lo que respecta al talento—dijo el hada—no puedo hacer nada por ella, señora; pero por lo que toca a la belleza, todo lo puedo; y como no hay cosa que yo no quiera hacer por complaceros, voy a otor-

garle el don de volver hermosa a la persona que le agrade.

A medida que estas dos princesitas fueron creciendo, sus perfecciones crecieron con ellas, y no se hablaba



de otra cosa en todas partes que de la belleza de la mayor y del talento de la pequeña. Verdad es que sus defectos aumentaron con la edad. La menor se afeaba



a ojos vistas, y la mayor estaba más tonta cada día. O no contestaba a lo que la preguntaban, o decía una tontería. Además era tan torpe que no podía colocar cuatro porcelanas en la repisa de una chimenea sin romper una, ni beber un vaso de agua sin derramarse la mitad por el vestido.

Aunque la belleza es una gran ventaja tratándose de una muchacha, en todas las reuniones la menor lucía casi siempre más que su hermana. Al pronto, se iban con la más guapa, para verla y para admirarla;



pero no tardaban en irse en busca de la que tenía más talento, para oírle decir mil cosas agradables, y causaba asombro ver que al cabo de un cuarto de hora la mayor no tenía nadie a su alrededor, y que todo el mundo rodeaba a la pequeña. La mayor, aunque muy tonta, lo notó; y sin ningún pesar hubiese dado toda su belleza por tener la mitad del talento de su hermana

La reina, no obstante ser muy prudente, no pudo menos de echarle en cara dos o tres veces su necesidad, con lo que estuvo a punto de morir de pena la pobre princesa.

Un día que se había retirado a un bosque para llorar en él su desventura, vió que se dirigía hacia ella un hombrecillo muy feo y muy desagradable, pero admirablemente vestido. Era el príncipe Riquet el del hopo, que, habiéndose enamorado de ella por los retratos que circulaban por todo el mundo, dejó el reino de su padre para tener el gusto de verla y de hablarla. Contentísimo por encontrarla así sola, se acerca a ella con todo respeto y toda la cortesía imaginables. Y observando, luego de los cumplimientos de costumbre, que está muy melancólica, le dice:

—No comprendo, señora, que una persona tan hermosa como vos esté tan triste; porque aunque puedo jactarme de haber visto infinidad de muchachas hermosas, os aseguro que no he visto ninguna cuya belleza se acerque a la vuestra.

—Decís eso porque sois muy amable, caballero—contestó la princesa, y no añadió una palabra más.

—La belleza—continuó Riquet el del hopo—es un don tan precioso que debe suplir a todos los demás, y cuando se posee no creo que haya nada en el mundo capaz de afligirnos mucho.

—Yo preferiría—dijo la princesa—ser tan fea como vos y tener talento, a ser hermosa y tan tonta como soy.

—No hay mejor señal de que se tiene talento, se-



—Si no es más que eso lo que os entristece, señora, puedo poner término fácilmente a vuestro dolor.

ñora, que el creer que se carece de él; y es de tal naturaleza este don, que cuanto menos cree uno tener más tiene.

—No sabía eso—replicó la princesa—; lo que sé es que soy muy tonta, y de eso proviene la pena que me mata.

—Si no es más que eso lo que os entristece, señora, puedo poner término fácilmente a vuestro dolor.

—Y, ¿cómo haréis?—preguntó la princesa.

—Yo tengo el poder, señora—contestó Riquet el del hopo—de comunicar todo el ingenio que es dado poseer a la persona a quien más haya de amar; y como vos sois esa persona, señora, sólo de vos depende que tengáis todo el talento que es posible tener, siempre que consintáis en casaros conmigo.

La princesa se quedó cortada y no contestó.

—Veo—continuó Riquet el del hopo—que esta proposición os contraría, y no me choca; pero os concedo un año para decidiros.

La princesa tenía tan poco talento, y al mismo tiempo un afán tan grande de tenerlo, que se figuró que aquel año no terminaría nunca; de suerte que aceptó la proposición que acababan de hacerle. No bien prometió a Riquet el del hopo que se casaría con él al cabo de un año en tal día como aquel, cuando se sintió completamente cambiada: tenía una facilidad increíble para decir cuanto se le antojaba y para decirlo con elegancia, con soltura y con naturalidad. Desde aquel mismo instante entabló con Riquet el del hopo una conversación animada y seguida, en la

que lució tanto que Riquet creyó haberle dado más ingenio del que para sí mismo se reservara.

Cuando regresó al palacio la corte no sabía qué pensar de aquel cambio tan repentino y tan extraordinario, porque así como antes la escucharan mil impertinencias, a la sazón la oían decir infinidad de cosas muy sensatas y en extremo ingeniosas. Toda la corte sintió por ello una alegría imposible de imaginar; la única que no estaba muy satisfecha era la hermana menor, porque como ya no tenía sobre su hermana mayor la ventaja del talento, a su lado sólo parecía ya un espantajo muy desagradable.

El rey se atenía a su opinión, y algunas veces llegó hasta a celebrar consejo en sus habitaciones. Como corriera la noticia de este cambio, todos los príncipes de los reinos vecinos pusieron de su parte cuanto pudieron para hacerse amar de ella, y casi todos la pidieron en matrimonio; pero no encontraba ninguno con bastante ingenio, y los escuchaba a todos sin comprometerse con ninguno de ellos. Sin embargo, se presentó uno tan poderoso, tan rico, tan inteligente y tan gallardo, que no pudo por menos de mirarle con benevolencia. Su padre, que lo notó, le dijo que la dejaba en libertad para elegir esposo, y que no tenía que hacer más que decir por quién se decidía. Como cuanto más talento tiene una persona más trabajo le cuesta tomar una resolución sobre este particular, pidió, después de dar las gracias a su padre, que se le concediese algún tiempo para reflexionar.

Por casualidad fué a pasearse por el mismo bos-

que en que encontrara a Riquet el del hopo, con objeto de pensar más cómodamente en lo que debía hacer. Cuando se paseaba profundamente pensativa, oyó un ruido sordo a sus pies, como el ir y venir de varias personas atareadísimas. Escuchó con más atención y oyó que decían: “Tráeme esa olla”; y otra voz: “Dame ese perol”, y otra: “Añade leña al fuego.” El suelo se entreabrió al mismo tiempo y vió a sus pies como una inmensa cocina llena de cocineros, de pinches y de todos los criados necesarios para preparar un magnífico festín. Salió de la cocina una cuadrilla de veinte o treinta cocineros, que se colocaron en un paseo del bosque, alrededor de una mesa muy larga, y que, con la mechera en la mano y con la cola de zo-



rra cayéndoles sobre la oreja (1), empezaron a trabajar a compás, a los sonos de una canción armoniosa.

La princesa, maravillada ante este espectáculo, les preguntó para quién trabajaban.

—Para el príncipe Riquet el del hopo, cuyas bodas se celebrarán mañana.

La princesa, más sorprendida aún que nunca, y recordando repentinamente que hacía un año que, por aquella misma fecha, había prometido casarse con Riquet el del hopo, se quedó de una pieza. No se acordaba de nada, porque cuando hizo aquella promesa era una tonta, y al encontrarse de repente con el talento que el príncipe le diera, olvidó todas sus tonterías.

Prosiguió su paseo, y aun no había dado treinta pasos, cuando se presentó Riquet el del hopo, arrogante y elegantísimo, como un príncipe que va a casarse.

—Aquí me tenéis, señora —dijo—, dispuesto a cumplir mi palabra, y no dudo de que vos habéis venido para cumplir la vuestra y hacerme, dándome vuestra mano, el más feliz de los hombres.

—Os confesaré francamente —respondió la princesa— que aun no me he decidido y que me parece que nunca podré tomar la resolución que deseáis.

—Me dejáis atónito, señora —dijo Riquet el del hopo.

—Lo creo —repuso la princesa—; y si tuviese que

(1) Antiguamente en Francia los cocineros de casa grande llevaban gorros de piel con un rabo colgando.



—Aquí me tenéis, señora—dijo—, dispuesto a cumplir mi palabra...

habérmelas con un grosero, con un hombre sin talento, me encontraría seguramente en un apuro. Una princesa es esclava de su palabra, me diría, y tenéis que casaros conmigo, puesto que me lo habéis prometido; pero como aquel con quien hablo es el hombre de más talento del mundo, estoy segura de que se avendrá a razones. Ya sabéis que cuando no era más que una idiota, no pude resolverme a casarme con vos; ¿cómo queréis que teniendo el talento que me habéis dado, y gracias al cual soy aun más exigente de lo que era, tome hoy una resolución que no pude tomar entonces? Si pensabais casaros conmigo sin más ni más, hicisteis muy mal en quitarme mi tontería y en hacerme ver las cosas más claramente de lo que las veía.

—Si a un hombre de talento —replicó Riquet el del hopo—le consentiríais que os echase en cara vuestra falta de palabra, ¿por qué queréis, señora, que no haga yo lo mismo, tratándose de una cosa de la que depende la felicidad de toda mi vida? ¿Acaso las personas que tienen talento han de ser de peor condición que las que no lo tienen? ¿Podéis pretenderlo vos, que tenéis tanto, y que tanto deseasteis tenerlo? Pero, volvamos a nuestro asunto, si os parece. Aparte de mi fealdad, ¿hay algo en mí que os desagrade? ¿No os satisface mi estirpe, mi talento, mi carácter o mi manera de ser?

—Nada de eso—respondió la princesa—; por todo cuanto acabáis de decir me gustáis mucho.

—Siendo así—replicó Riquet el del hopo—, voy a

ser dichoso, puesto que podéis convertirme en el más seductor de los hombres.

—¿Cómo he de poder hacer eso? — preguntó la princesa.

—Lo haréis — contestó Riquet — si me amáis lo bastante para desear que suceda; y para que no dudéis, señora, sabed que la misma hada que, el día en que yo nací, me otorgó el don de poder hacer inteligente a la persona que me agradase, os otorgó también a vos el don de volver hermoso a aquel a quien amaseis y al que quisieseis hacer ese favor.

—Si es así — dijo la princesa — deseo con toda mi alma que os convirtáis en el príncipe más guapo y más seductor del mundo; y os otorgo este don, en cuanto de mí dependa.

Apenas hubo pronunciado la princesa estas palabras, cuando Riquet el del hopo se le apareció como el hombre más guapo, más gallardo y más seductor que puede verse en el mundo. Hay quien asegura que no fueron los sortilegios del hada los que operaron este cambio, sino que fué el amor el único autor de esta metamorfosis. Dicen que, reflexionando en la perseverancia de su enamorado, en su discreción y en todas las buenas cualidades de su alma y de su intelecto, dejó de ver la princesa la deformidad de su cuerpo y la fealdad de su rostro; que su joroba no le parecía ya otra cosa que la graciosa postura de un hombre que arquea el espinazo, y que en lugar de verle cojear terriblemente, como en otro tiempo, sólo le notaba cierto contoneo que le gustaba en extremo.

Añaden, además, que sus ojos, que bizcaban, le parecieron por lo mismo más brillantes; que su estrabismo se le antojó la prueba de un violento arrebató de amor, y que su enorme nariz roja tenía para ella un no sé qué de marcial y de noble.

Como quiera que sea, la princesa le prometió casarse inmediatamente con él, siempre que obtuviese el consentimiento del rey su padre. Cuando el rey supo que su hija profesaba gran estimación a Riquet el del hopo, al que tenía, por lo demás, por un príncipe muy inteligente y muy discreto, le aceptó con alegría por yerno. Al día siguiente se celebraron las bodas, como había previsto Riquet el del hopo, y con arreglo a las órdenes que anticipadamente diera.

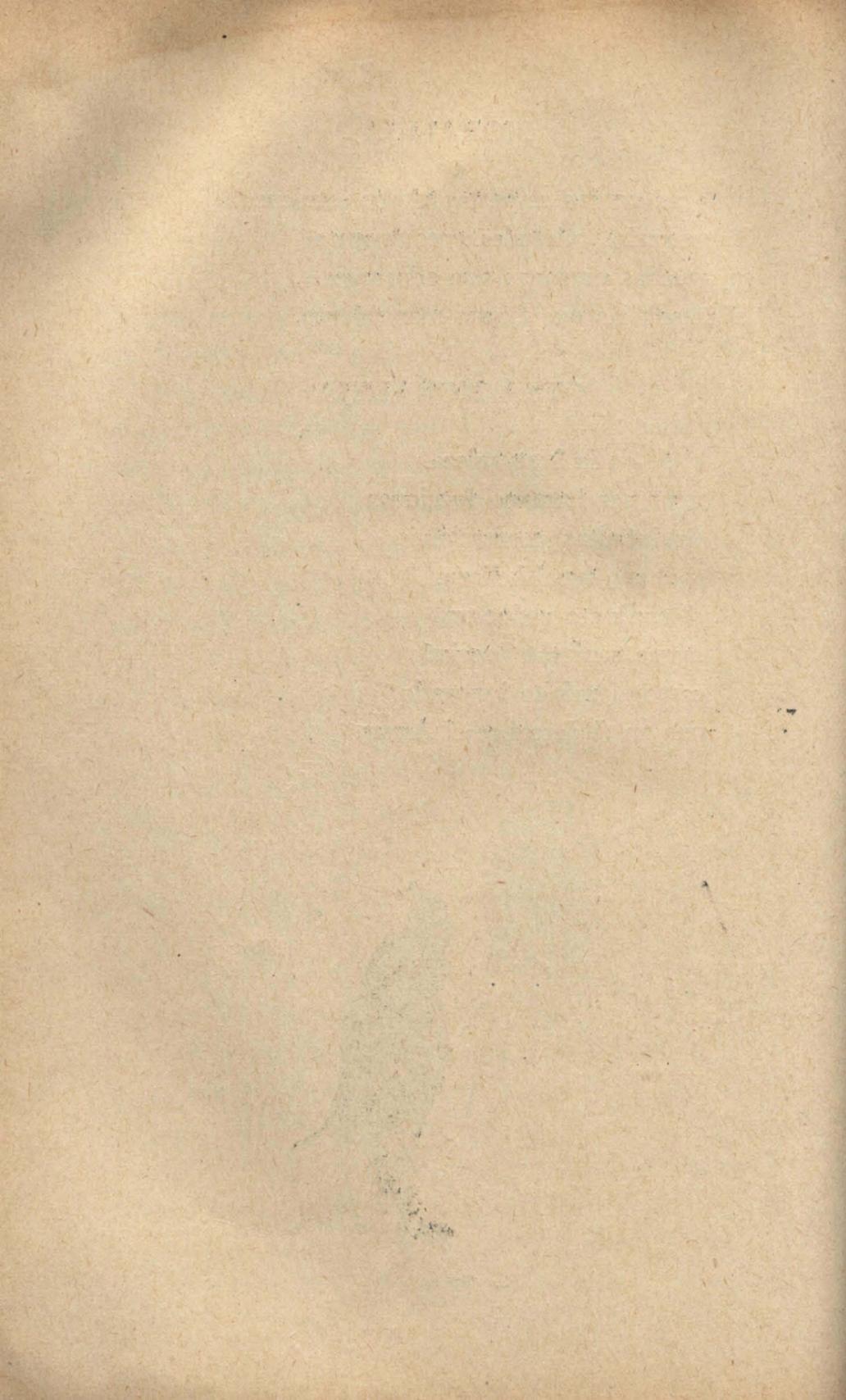
MORALEJA

¡Gran verdad se desprende de este cuento!
Sólo excelsas virtudes encontramos
en aquellas personas que adoramos...
Ellas son las que tienen más talento.

OTRA MORALEJA

Si da la Naturaleza
a un ser humano facciones
de infinitas perfecciones
y de sin igual belleza,
el conjunto seductor
nunca será tanpreciado
como el mérito ignorado
que en él descubre el Amor.







PENAGÓN

PULGARCITO

(CUENTO)

HABÍA una vez un leñador y una leñadora que tenían siete hijos, todos varones; el mayor sólo contaba diez años y el más pequeño siete. Causará asombro que el leñador tuviese tantos hijos en tan poco tiempo; pero es que su mujer iba muy de prisa, y no echaba al mundo menos de dos de cada vez.

Eran muy pobres, y sus siete hijos les estorbaban mucho, porque ninguno de ellos podía ganarse la vida. Lo que más les apesadumbraba era que el más chiquitín estaba muy delicado y no hablaba una palabra: tomaban por imbecilidad lo que no era otra cosa que una prueba de inteligencia. Era muy pequeñito,

y cuando vino al mundo no abultaba lo que el dedo pulgar, por lo que le llamaban *Pulgarcito*.

Este pobre niño era el que siempre pagaba los vidrios rotos en la casa y al que le echaban la culpa de todo. Sin embargo, era el más avisado de los siete hermanos, y si hablaba poco, escuchaba mucho.

Vino un año muy malo, y fué tan grande el hambre, que aquellas pobres gentes resolvieron deshacerse de sus hijos. Una noche que los niños se habían acostado y que el leñador estaba junto a la lumbre con su mujer, le dijo, con el corazón oprimido:

—Ya ves que no podemos dar de comer a nuestros hijos; no podría verlos morirse de hambre, y estoy decidido a extraviarlos mañana en el bosque, lo que será muy fácil, porque no tenemos que hacer más que escurrirnos sin que nos vean mientras ellos están entretenidos cogiendo leña.



—¡Ah!—exclamó la leñadora—, ¿podrás llevar tú mismo a tus hijos para perderlos?

Aunque su marido le hablaba de su gran pobreza no podía consentir en ello; era pobre, pero era su madre.

Sin embargo, reflexionando en lo doloroso que sería para ella verlos morir de hambre, consintió, y fué a acostarse llorando.

Pulgarcito se enteró de todo lo que dijeron, porque como oyera desde la cama que hablaban de negocios, se levantó muy despacito y se escurrió bajo la banqueta de su padre para escucharles sin ser visto. Acostóse de nuevo y no volvió a dormir en el resto de la noche, pensando en lo que debía hacer. Muy de mañana se levantó y se fué a la orilla de un arroyo, en donde se llenó los bolsillos de piedrecitas blancas, y luego regresó a su casa. Pusiéronse en marcha sin que Pulgarcito dijese a sus hermanos una palabra de lo que sabía.

Fueron a un frondoso bosque en el que no se veían unos a otros a diez pasos de distancia. El leñador se puso a hacer leña y sus hijos a recoger ramaje seco para sus haces. Cuando el padre y la madre los vieron entretenidos trabajando, se alejaron insensiblemente y luego desaparecieron de repente por una veredita extraviada.

Al verse solos, los niños empezaron a gritar y a llorar con todas sus fuerzas. Pulgarcito los dejaba llorar, porque sabía perfectamente por dónde debían volver a su casa, pues conforme iban andando había

ido dejando caer a lo largo del camino las piedrecitas blancas que tenía en los bolsillos. Díjoles, pues:

—No temáis, hermanitos; papá y mamá nos han dejado aquí, pero yo os llevaré a casa: seguidme.

Lo siguieron y él los llevó hasta su casa por el mismo camino que recorrieran para ir al bosque. Al pronto no se atrevieron a entrar, pero todos se pegaron a la puerta para escuchar lo que decían sus padres.

En el momento en que el leñador y la leñadora llegaron a su casa, el señor del pueblo les envió diez escudos que les debía hacía mucho tiempo y con los cuales no contaban. Esto les hizo revivir, porque los pobres se morían de hambre. El leñador envió inmediatamente a su mujer a la carnicería. Como hacía tanto tiempo que no habían comido, compró tres veces más carne de la necesaria para la cena de dos personas. Una vez que se saciaron, dijo la leñadora:

—¡Ay! ¡Dónde estarán ahora mis niños! ¡Qué bien cenarían con lo que ha sobrado! Después de todo, Guillermo, tú fuiste el que quiso perderlos; yo bien te dije que nos arrepentiríamos. ¿Qué harán ahora en ese bosque? ¡Ay! ¡Dios mío, tal vez se los hayan comido ya los lobos! ¡Es una crueldad el haber extraviado a tus hijos de ese modo!

El leñador perdió al cabo la paciencia, porque su mujer le replicó más de veinte veces que se arrepentirían y que ella bien se lo había dicho. La amenazó con pegarla si no se callaba. Y no es porque el leñador no estuviese quizá más arrepentido que su mujer, sino porque ésta le volvía tarumba, y porque además

era del sentir de muchas personas que aprecian en extremo a las mujeres que hablan discretamente, pero que consideran inoportunas a las que siempre tienen razón.

La leñadora lloraba a lágrima viva.

—¡Ay, en dónde estarán ahora mis niños, mis pobres niños!

Lo dijo tan alto una vez, que los niños, que estaban en la puerta, lo oyeron y empezaron a gritar todos a un tiempo:

—¡Aquí nos tienes! ¡Aquí nos tienes!

Corrió a abrirles la puerta, y les dijo al abrazarlos:

—¡Cuánto me alegro de volveros a ver, hijos de mi alma! Estáis muy cansados y tenéis mucha hambre; y tú, Pedro, ¡cómo te has puesto de barro!, ven que te limpie.

Pedro era el mayor de sus hijos y al que más que-





ría, porque era rubillo y ella era también medio rubia.

Se sentaron a la mesa y comieron con un apetito que llenaba de gozo a sus padres, a los que, hablando casi siempre todos a un tiempo, contaron el miedo que habían tenido en el bosque. Aquellas buenas gentes estaban contentísimas al ver a sus hijos a su lado, y su alegría duró mientras duraron los escudos. Pero cuando se gastó el dinero, volvieron los disgustos de antes, y resolvieron abandonar a los niños de nuevo; y para que no fallase el golpe decidieron llevarlos mucho más lejos que la primera vez.

No pudieron hablar de esto tan secretamente que no los oyese Pulgarcito, que pensó salir del paso como en otra ocasión saliera; pero, aunque se levantó muy de mañana para ir a recoger piedrecitas a la orilla del arroyo, no pudo hacerlo, porque encontró la puerta de la casa cerrada con llave. Estaba sin saber qué hacer, cuando la leñadora les dió a cada uno un pedazo de pan para el desayuno, y entonces se le ocurrió utilizar su pan en lugar de los cantos, dejándolo caer en

miguitas a lo largo de los caminos que recorrieran, y por este motivo se guardó el pan en su bolsillo.

El padre y la madre los llevaron al sitio del bosque más frondoso y más oscuro; y en cuanto estuvieron allí tomaron un sendero escondido y los dejaron solos. Pulgarcito no se apuró mucho, porque creía encontrar fácilmente el camino gracias a su pan, que había ido sembrando por dondequiera que pasaba; pero se quedó muy sorprendido al ver que no podía encontrar ni una sola miga: los pájaros se las habían comido todas.

Hételes, pues, desconsoladísimos, porque cuanto más andan más se extravían y se internan en el bosque. Llegó la noche y se levantó un viento muy fuerte



que les daba unos sustos tremendos. Por todas partes creían oír aullidos de lobos que corrían hacia ellos para comérselos. Casi no se atrevían a hablar ni a volver la cabeza. Cayó un chaparrón que les caló hasta los huesos; a cada paso se escurrían y rodaban por el suelo, del que se alzaban llenos de barro y sin saber qué hacer de las manos.

Pulgarcito se encaramó a un árbol para ver si descubría algo; después de mirar a un lado y a otro, vió una lucecilla, como la de una vela, pero muy lejos, más allá del bosque. Se bajó del árbol, y una vez en el suelo ya no vió nada, lo que le afligió mucho. Sin embargo, como anduviese algún tiempo con sus hermanos, en la dirección de la lucecilla que había visto, al salir del bosque la volvió a ver.

Al fin llegaron a la casa en donde había aquella luz, no sin grandes sobresaltos, porque muchas veces la perdieron de vista; esto les sucedía siempre que bajaban una cuesta. Llamaron a la puerta y salió a abrirles una buena mujer. Preguntóles qué querían. Pulgarcito le dijo que eran unos pobres niños que se habían perdido en el bosque, y que le suplicaban que los dejase dormir allí por caridad. Aquella mujer, al verles tan lindos, se echó a llorar y les dijo:

—¡Ay, pobrecitos míos!, ¿adónde habéis venido a parar? ¿No sabéis que esta es la casa de un Ogro que se come a los niños?

—¡Ay, señora!—le respondió Pulgarcito, que, lo mismo que sus hermanos, temblaba de pies a cabeza—, ¿qué haremos? Si no queréis admitirnos en vuestra

casa, seguramente nos comerán esta noche los lobos del bosque, y si ha de ser así, preferimos que sea vuestro señor marido el que nos coma; tal vez tenga compasión de nosotros, si vos se lo rogáis.

La mujer del Ogro, que creyó poder ocultarle los niños a su marido hasta la mañana siguiente, los dejó entrar y se los llevó para que se calentasen junto a un buen fuego, porque estaba asando un carnero entero para la cena del Ogro.

Cuando comenzaban a calentarse oyeron dar tres o cuatro golpes tremendos en la puerta: era el Ogro, que volvía. Su mujer escondió inmediatamente a los niños debajo de la cama y fué a abrir la puerta. El Ogro preguntó ante todo si estaba dispuesta la cena y si habían sacado vino, y en seguida se sentó a cenar. El carnero estaba aún sangrando, pero por eso mismo le pareció mejor. Olfateaba a derecha e izquierda, diciendo que olía a carne fresca.

—Lo que huele es la vaca que te acabo de preparar—le indicó su mujer.

—Te repito que huele a carne fresca—replicó el Ogro mirando de reojo a su mujer—, y aquí hay algo que yo no me explico.

Al decir estas palabras se levantó de la mesa y se fué derecho a la cama.

—¡Ah!—exclamó—, con que querías engañarme, condenada. No sé por qué no te como también a ti. Te salva el ser un vejestorio. Aquí tienes unas piezas que me vienen muy bien para obsequiar a tres ogros amigos míos que vendrán a verme uno de estos días.



Los pobres niños se pusieron de rodillas pidiéndole perdón...

Los sacó de debajo de la cama, uno tras otro. Los pobres niños se pusieron de rodillas pidiéndole perdón; pero tenían que habérselas con el más cruel de los ogros, que, lejos de apiadarse de ellos, los devoraba ya con los ojos y le decía a su mujer que resultarían un bocado exquisito una vez que los guisase con una buena salsa.

Fué a buscar un gran cuchillo, y acercándose a los niños empezó a afilarlo en una piedra que tenía en la mano izquierda. Ya había cogido a uno cuando su mujer le dijo:

—¿Qué vas a hacer a estas horas? ¿No tendrás mañana tiempo de sobra?

—Cállate—respondió el Ogro—, así estarán más tiernos.

—Pero si aún tienes aquí mucha carne—insistió su mujer—; mira: una vaca, dos carneros y medio cerdo.

—Tienes razón—dijo el Ogro—; dales bien de cenar, para que no adelgacen, y llévalos a acostar.

La buena mujer se puso loca de alegría y les sirvió la cena; pero los niños tenían tanto miedo que no pudieron comer. Por lo que hace al Ogro se sentó a beber nuevamente, muy satisfecho por tener con qué obsequiar a sus amigos. Bebió una docena de copas más que de costumbre, lo que le mareó un poco y le obligó a acostarse.

El Ogro tenía siete hijas que aun eran unas niñas. Estas diminutas ogresas tenían todas un cutis precioso, porque comían carne fresca como su padre,

pero sus ojillos eran grises y redondos, su nariz encorvada y su boca enorme, con unos dientes puntiagudos y muy separados unos de otros. Aun no eran muy malas, pero prometían mucho, porque ya mordían a los niños para chuparles la sangre.

Las había acostado temprano y estaban las siete en una cama grande, cada una de ellas con su corona de oro en la cabeza. En la misma alcoba había otra cama de igual tamaño: en esta cama fué en donde la mujer del Ogro acostó a los siete niños, después de lo cual fué a acostarse junto a su marido.

Pulgarcito, que había observado que las hijas del Ogro tenían unas coronas de oro en la cabeza y que temía que el Ogro se arrepintiese de no haberlos degollado aquella misma noche, se levantó a eso de las doce, y cogiendo su gorro y el de sus hermanos fué, muy callandito a ponerlos en la cabeza a las siete hijas del Ogro, luego de quitarles las coronas de oro, que colocó en las cabezas de sus hermanos y en la suya propia, con el fin de que el Ogro los tomara por sus hijas, y a sus hijas por los niños que quería degollar. Todo salió como él había pensado, porque el Ogro se despertó a media noche, lamentando haber dejado para el día siguiente lo que podía haber hecho la víspera. Saltó, pues, bruscamente de la cama, y cogiendo su enorme cuchillo, dijo:

—Vamos a ver cómo se encuentran esos tunantes; acabemos de una vez.

Salió, pues, a tientas a la alcoba de sus hijas y se acercó a la cama en que estaban los niños, los cuales



dormían todos menos Pulgarcito, que pasó un miedo espantoso cuando sintió la mano del Ogro que le palpaba la cabeza, como había palpado la de sus hermanos. El Ogro, que tocó las coronas de oro, murmuró:

—Buena la iba a hacer; veo que anoche bebí demasiado.

Luego se dirigió a la cama de sus hijas, y tocando los gorros de los chiquillos, dijo:

—¡Ah! Aquí están nuestros buenos mozòs; ánimo.

Y al decir estas palabras, cortó la cabeza sin vacilar a sus siete hijas. Muy satisfecho de esta hazaña, fué a acostarse de nuevo junto a su mujer.

En cuanto Pulgarcito oyó roncar al Ogro, despertó a sus hermanos y les dijo que se vistiesen inmediatamente y le siguieran. Bajaron muy despacio al jardín y saltaron las tapias. Corrieron casi toda la noche, siempre temblando y sin saber adónde ir.

El Ogro se despertó y dijo a su mujer:

—Anda a aviar a esos tunantes de anoche.

La ogresa se maravilló de la bondad de su marido, sin sospechar qué era lo que él entendía por aviar a los niños, y creyendo que la mandaba vestirlos, subió al piso de arriba, en donde se quedó muy sorprendida al ver a sus siete hijas decapitadas y nadando en su propia sangre.

Comenzó por desmayarse, porque esto es lo primero que se les ocurre a casi todas las mujeres en tales casos. El Ogro, temeroso de que su mujer tardase demasiado en hacer la faena de que la encargara, subió para ayudarle. No se quedó menos sorprendido que su mujer al ver este horrible espectáculo.

—¡Ah!, ¿qué es lo que he hecho?—exclamó—. Me las pagarán los desgraciados, y ahora mismo.

Inmediatamente le echó a su mujer una olla de agua por la cara, y una vez que la hizo volver en sí, le dijo:

—Dame en seguida mis botas de siete leguas, que voy a alcanzarlos.

Púsose en campaña, y después de correr lo indecible de un lado para otro, entró en el camino que seguían los pobres niños, los cuales se encontraban a cien pasos tan sólo de la casa de su padre. Vieron al Ogro que saltaba de monte en monte y que cruzaba ríos con la misma facilidad con que hubiese podido cruzar el más insignificante arroyo. Pulgarcito, que vió cerca del sitio en que se encontraban una peña hueca, hizo que sus hermanos se escondiesen en ella y él se agazapó también en aquella cavidad, sin dejar de mirar lo que hacía el Ogro. Este, rendido por todo



... y fué a sentarse casualmente en la peña en que se habían escondido los chiquillos.

lo que había andado inútilmente (porque las botas de siete leguas cansan mucho al que las lleva), quiso descansar, y fué a sentarse casualmente en la peña en que se habían escondido los chiquillos.

Como no podía más de cansancio, se durmió al poco tiempo de estar descansando y empezó a roncar de una manera tan espantosa que los pobres niños no sintieron menos miedo que cuando empuñaba su enorme cuchillo para cortarles la cabeza. Pulgarcito era el que menos miedo tenía, y dijo a sus hermanos que escaparan a su casa mientras el ogro seguía durmiendo como un tronco, y que no se preocupasen por él. Siguieron su consejo y se fueron corriendo a su casa.

Pulgarcito se acercó al Ogro, le quitó las botas con mucho cuidado y se las puso él inmediatamente. Las botas eran muy grandes y muy anchas; pero como estaban encantadas, tenían la virtud de agrandarse o de achicarse, según el pie del que se las calzaba, de modo que se ajustaron a su pie y a su pierna como si se las hubiesen hecho a la medida.

Fuése derecho a casa del Ogro, en donde encontró a su mujer llorando junto a sus hijas degolladas.

—Vuestro marido—le dijo Pulgarcito—se encuentra en un gran peligro, porque lo han cogido unos ladrones que han jurado matarlo si no les da todo su dinero. En el momento en que le ponían el puñal al pecho, me vió y me suplicó que viniese a enteraros de la situación en que se halla y a deciros que me déis todo lo que posee, sin quedaros con nada, porque de

lo contrario lo matarán sin misericordia. Como la cosa urge, quiso que me pusiese sus botas de siete leguas que aquí veis, para ir de prisa, y también para que no me creyeseis un embustero.

La buena mujer, asustadísima, le dió inmediatamente todo lo que tenía; porque aquel Ogro, no obstante comerse a los niños, era muy buen marido. De modo que Pulgarcito cargó con toda la fortuna del Ogro y se volvió a la casa de su padre, en donde le recibieron en palmitas.

Hay muchas personas que no están conformes con esta última parte del relato y que pretenden que Pulgarcito no robó nunca al Ogro, y que si no tuvo reparo en quitarle las botas de siete leguas fué porque sólo se servía de ellas para correr tras de los niños. Estas personas aseguran que lo saben de buena tinta, y



hasta por haber comido y bebido en la propia casa del leñador. Dicen que cuando Pulgarcito le quitó las botas al Ogro, se marchó con ellas a la corte, en donde sabía que estaban muy intranquilos por un ejército que se encontraba a cien leguas de allí, y por el resultado de una batalla que se había dado. Aseguran que fué a ver al rey y que le dijo que si lo deseaba le daría noticias del ejército antes de la noche. El rey le prometió una considerable cantidad de dinero si así lo hacía. Pulgarcito llevó las noticias aquella misma tarde, y como gracias a esta primera comisión se die-
ra a conocer, ganó cuanto quiso, porque el rey le pagaba admirablemente por llevar sus órdenes al ejército, y una infinidad de señoras le daban todo cuanto les pedía por tener noticias de sus amantes, y con esto fué con lo que más ganó.

Hubo también algunas mujeres que le encargaban cartas para sus maridos; pero le pagaban tan mal y tenía tan poca importancia este negocio, que no se dignaba tomar en consideración lo que le producía.

Después de hacer durante algún tiempo el oficio de correo y de ganar mucho dinero, volvió a casa de su padre, en donde todos se alegraron lo indecible al volverle a ver. Rodeó a toda su familia de comodidades. Compró empleos de nueva creación para su padre y sus hermanos, y de esta manera los estableció a todos y al mismo tiempo hizo carrera.

MORALEJA

Nadie se apura por tener cien hijos
cuando todos son fuertes y robustos.
Mas si nacen endebles y canijos,
no hay más que malos tratos y disgustos.
Y a veces una débil criatura
es la que da a los suyos la ventura.

LA PRINCESA PRUDENTE



A la señora condesa de Murat.

HACÉIS los cuentos más lindos del mundo en verso, pero en verso tan tierno como ingenuo. Yo bien quisiera, hechicera condesa, referiros uno a mi vez, pero no sé si podría entreteneros. Hoy me ocurre lo que al *villano caballero*: no quisiera verso ni prosa para contároslo; nada de frases sublimes, ni de términos altisonantes, ni de rimas; prefiero un lenguaje sencillo; en una palabra, un relato hecho con naturalidad y tal como se habla; sólo pretendo que contenga algunas enseñanzas.

Mi historieta encierra bastantes, y por ello podrá seros agradable. Versa sobre dos proverbios, por falta de uno: esta es la moda, a vos os gustan; sigo con placer la corriente. Veréis en mi cuento cómo nuestros abuelos sabían insinuar que incurre uno en mil errores cuando se complace en no hacer nada, o para hablar como ellos, que la ociosidad es la madre de todos los vicios, y os agradará sin duda su manera de persuadir de que es preciso que estemos siempre alerta: bien veis que quiero decir que la desconfianza es la madre de la tranquilidad.

No, el amor no triunfa
más que del corazón que está inactivo;
las que teméis que un seductor os burle,
tenedlo así entendido.
Si habéis de conservar libre de lazos
el corazón, hermosas, es preciso
que ocupéis vuestra mente.
Pero si fuese amar vuestro destino,
no os dejéis conquistar, sin conocerle,
del que hayáis elegido.
como señor y dueño.
Huid de los melosos barbilindos
que pasean las calles
y que por no saber qué han de deciros
suspiran sin estar enamorados.
Temed al que con mimo
os requiebra. Estudiad su carácter;
de cualquier otra Filis al oído
murmurará también mil boberías.
Desconfiad, en fin, del repentino
ardor de esos amantes
que en el instante mismo
en que os ven eterno amor os juran.
Esas necias protestas de cariño
sólo desdén merecen.
Para que un corazón quede cautivo
en las redes de amor,
hay que dar tiempo al tiempo: ya es sabido.
Que vuestra fortaleza no se rinda
a una prueba de afecto; que el desvío

será, con vuestra justa desconfianza,
prenda de paz, de un porvenir tranquilo.

Pero ahora caigo en una cosa, señora: estoy haciendo versos. En vez de imitar a M. Jourdain, he versificado al estilo de Quinault. Me apresuro a volver al lenguaje sencillo, temeroso de atraer sobre mí parte del odio que ha inspirado este ameno moralizador, y temeroso también de que se me acuse de saquearle y destrozarle, como hacen todos los días implacablemente tantos autores.



EN la época de las primeras cruzadas, un rey, de no sé qué reino de Europa, resolvió ir a Palestina a guerrear con los infieles. Antes de emprender tan largo viaje arregló tan bien los asuntos de su reino y confió la regencia de éste a un ministro tan hábil, que por este lado se quedó tranquilo. Lo que más preocupaba al príncipe era su familia. Hacía poco tiempo que perdiera a la reina, su esposa; no le había dejado hijos, pero se veía padre de tres princesitas casaderas.

Mi crónica no me ha dicho sus verdaderos nombres; sé únicamente que, como en aquellos tiempos felices la sencillez de los pueblos ponía sin reparo apodos a las personas ilustres, en atención a sus buenas cualidades o a sus defectos, llamaban a la mayor de las princesas *Perezosa*, lo que significa indolente en estilo moderno; a la segunda *Parlanchina* y a la tercera *Sutil*. Nombres todos muy en consonancia con los caracteres de las tres hermanas.

Nunca se ha visto persona más indolente que

Perezosa. Se despertaba todos los días después de la una de la tarde; la llevaban a rastras a la iglesia, tal como se levantaba, despeinada, con el vestido sin abrochar, sin cinturón y muchas veces con cada zapatilla de su clase. Durante el día corregían esta diferencia, pero no podían decidir a la princesa a estar más que en zapatillas; el ponerse zapatos se le antojaba un trabajo insoportable. Así que comía, Perezosa se consagraba a su tocado, lo que la ocupaba hasta el atardecer; el resto del tiempo, hasta las doce de la noche, lo empleaba en jugar y en cenar; luego la desnudaban, en lo que tardaban tanto como en vestirla, y nunca se acostaba sino muy entrado el día.

Parlanchina llevaba otro género de vida. Esta princesa era muy viva y gastaba poco tiempo en el cuidado de su persona; pero tenía tan extraño afán de hablar, que desde que se despertaba hasta que se dormía no cerraba la boca. Conocía la historia de los matrimonios mal avenidos, los amores y las aventuras galantes, no solamente de los personajes de la corte, sino hasta de los más insignificantes ciudadanos. Llevaba cuenta de todas las mujeres que realizaban en sus casas ciertos escamoteos para lucir un atavío más lujoso y sabía exactamente lo que ganaba la doncella de la condesa tal y el mayordomo del marqués cual. Para enterarse de todas estas cosillas escuchaba a su nodriza y a su costurera con más gusto que a un embajador, y luego mareaba con tan lindos cuentos desde el rey su padre hasta a sus

lacayos, porque con tal de charlar no miraba con quién lo hacía. De la comezón de hablar nació otra mala costumbre en esta princesa. No obstante su elevada categoría, su excesiva familiaridad dió ánimos a los pisaverdes de la corte para galantearla. Ella escuchaba sus requiebros sin ningún reparo, sólo por tener la satisfacción de responderles; porque era preciso que, costase lo que costase, estuviese de la mañana a la noche oyendo hablar o hablando. Parlanchina, al igual que Perezosa, no se ocupaba nunca en pensar, ni en reflexionar, ni en leer; el mismo caso hacía de las faenas domésticas y de los entretenimientos que proporcionan la aguja y el huso. En fin, aquellas dos hermanas, eternamente ociosas, no hacían trabajar a su inteligencia ni a sus manos.

La hermana menor de estas dos princesas tenía un carácter muy distinto. Su inteligencia y su cuerpo trabajaban sin cesar; estaba dotada de una vivacidad sorprendente y se esforzaba en hacer un buen uso de ella. Sabía bailar perfectamente, cantar, tocar diversos instrumentos; mostraba una disposición admirable para todas las laborcitas que entretienen de ordinario a las personas de su sexo; miraba por el orden y el arreglo de la casa del rey, y con sus cuidados impedía el saqueo de los criados de escalera abajo, porque en aquellos tiempos también ellos robaban a las princesas.

No se reducían a esto sus dotes; era tan discreta y tenía una presencia de ánimo tan maravillosa, que

en el acto encontraba medios para arreglar toda clase de asuntos. Esta princesa había descubierto, gracias a su penetración, un lazo peligroso que un embajador de mala fe había tendido al rey su padre en un tratado que este príncipe estaba a punto de firmar. Para castigar la perfidia de aquel embajador y de su amo, el rey modificó el artículo del tratado, y redactándolo en los términos que le indicara su hija, engañó a su vez al que engañarle quería. La princesa descubrió también una mala pasada que un ministro quería jugarle al rey, y siguiendo los consejos que ella dió a su padre, éste hizo que la infidelidad de aquel hombre redundase en su propio daño. La princesa dió en varias ocasiones pruebas de su penetración y de su inteligencia; tantas dió que el pueblo le puso por nombre Sutil.

El rey la quería mucho más que a sus otras hijas, y confiaba de tal manera en su buen sentido, que de no tener más hija que ella se marcharía sin ningún cuidado; pero el recelo que le inspiraba la conducta de sus otras dos hijas era tan grande como su fe en Sutil. Por lo que, para estar tranquilo respecto al comportamiento de su familia, como creía poder estarlo respecto del de sus súbditos, tomó las medidas que voy a decir.

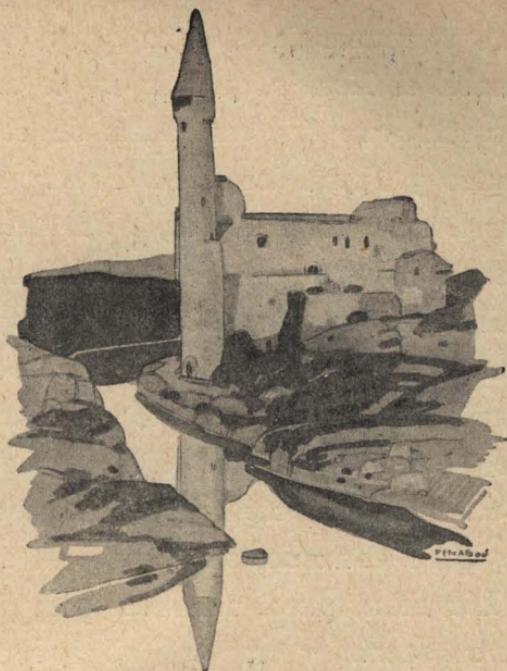
No dudo, hechicera condesa, que vos, que tanto sabéis de toda suerte de cosas de los tiempos antiguos, habréis oído hablar mil veces del maravilloso poder de las hadas.

El rey de que os hablo era íntimo amigo de una

de estas hábiles mujeres y fué a visitar a esta amiga; le manifestó sus temores acerca de sus hijas.

—No es—le dijo el príncipe—que las dos mayores que me preocupan hayan faltado nunca en lo más mínimo a sus deberes; pero tienen tan poco juicio, son tan imprudentes y viven en una ociosidad tan grande, que temo que durante mi ausencia se comprometan en alguna descabellada aventura para tener en qué entretenerse. De la virtud de Sutil estoy seguro; sin embargo, la trataré lo mismo que a las otras, para que todas sean iguales. Por este motivo, prudente hada, os ruego que me hagáis tres rucas de cristal para mis hijas, hechas con tal arte que cada ruca no deje de romperse tan pronto como aquella a quien pertenezca haga alguna cosa en menoscabo de su reputación.

Como aquella hada era de las más hábiles, dió al monarca tres rucas encantadas y trabajadas con todo el esmero que exigía su plan. Pero él no se contentó con esta precaución; llevó a las princesas a una torre muy alta, construída en un lugar completamente desierto. El rey dijo a sus hijas que les ordenaba fijar su residencia en aquella torre durante su ausencia y que les prohibía recibir en ella a ninguna persona, fuera quien fuese. Les quitó toda su servidumbre, de uno y otro sexo, y después de regalarles las rucas encantadas, cuyas virtudes les explicó, abrazó a las princesas y cerró las puertas de la torre, de la cual guardó él mismo las llaves, y hecho esto se marchó.



Tal vez creáis, señora, que aquellas princesas corrían el peligro de morirse de hambre. Nada de eso; habían tenido cuidado de poner una garrucha en una de las ventanas de la torre y en la garrucha una cuerda, a la que las princesas ataban un cesto que bajaban todas las mañanas. En este cesto les echaban las provisiones para el día, y así que lo subían recogían cuidadosamente la cuerda en su cuarto.

Perezosa y Parlanchina llevaban en aquella soledad una vida que las desesperaba; se aburrían lo indecible; pero era necesario tener paciencia, porque aquella rueca era tan terrible que temían verla romperse al menor paso un poco dudoso.

Por lo que hace a Sutil, no se aburría; su huso, su aguja y sus instrumentos de música le procuraban

distracciones y, aparte de eso, por orden del ministro que gobernaba el Estado, ponían en el cesto de las princesas cartas que las enteraban de todo lo que sucedía dentro y fuera del reino. El rey había dado permiso para ello, y el ministro, para serles grato a las princesas, cuidaba de ser muy exacto en este punto. Sutil se apresuraba a leer estas noticias y se distraía con ellas. Sus dos hermanas no se dignaban tomar la más insignificante parte en estas lecturas; decían que estaban demasiado afligidas para poder divertirse con tan poca cosa; necesitaban, por lo menos, naipes para entretenerse durante la ausencia de su padre. Llevaban, pues, una vida muy triste, quejándose de su suerte, y creo que no dejaron de decir que "vale más nacer feliz que nacer hijo de un rey". Se asomaban con mucha frecuencia a las ventanas de la torre para ver, por lo menos, lo que ocurría en el campo.

Un día, hallándose Sutil ocupada en su cuarto en alguna linda labor, sus hermanas, que estaban en la ventana, vieron al pie de la torre a una pobre mujer cubierta de harapos que les ponderaba su miseria muy patéticamente; les suplicaba, cruzando las manos, que la dejasen entrar en su castillo, diciéndoles que era una infeliz forastera que sabía mil cosas y que las serviría con la más escrupulosa fidelidad. En el primer momento las princesas recordaron la orden que les había dado el rey su padre de no dejar entrar a nadie en la torre; pero Perezosa estaba tan cansada de servirse a sí misma, y Parlam-

china tan aburrida por no poder hablar más que con sus hermanas, que el deseo de la una de que la peinasen con detenimiento y el afán de la otra de tener una persona más con quien charlar, las indujo a dejar entrar a la pobre forastera.

—¿Crees—dijo Parlanchina a su hermana—que la prohibición del rey sea extensiva a personas como esta infeliz? Me parece que podemos recibirla sin temor.

—Haz lo que quieras, hermana mía—respondió Perezosa.

Parlanchina, que no esperaba más que este consentimiento, bajó en seguida el cesto; la pobre mujer se metió dentro y las princesas la subieron.

Cuando aquella mujer estuvo ante sus ojos, el espantoso desaseo de sus vestidos las repugnó; quisieron darle otros, pero ella les dijo que se mudaría al día siguiente y que, por el momento, se iba a ocupar en servir las.

Terminaba de hablar en el instante en que Sutil regresaba de su cuarto. Esta princesa se quedó extraordinariamente sorprendida al ver a aquella desconocida con sus hermanas; le dijeron por qué razones la habían hecho subir, y Sutil, que vió que la cosa ya no tenía remedio, disimuló el disgusto que le causó esta imprudencia.

Entretanto la nueva servidora de las princesas dió mil vueltas por el castillo, con el pretexto de atender a su servicio, pero en realidad para observar la disposición interior del edificio. Porque—no sé si



Cuando aquella mujer estuvo ante sus ojos...

lo sospecharéis ya, señora—aquella supuesta mendiga era tan peligrosa en aquel castillo como lo fué el conde de Ory en el convento en que entró disfrazado de abadesa fugitiva.

Para no teneros más tiempo en la incertidumbre, os diré que aquella criatura cubierta de harapos era el hijo mayor de un rey poderoso, vecino del padre de las princesas.

Aquel príncipe, que era uno de los hombres más astutos de su época, dominaba por completo al rey, su padre, y para ello no se necesitaba ser muy avisado, porque aquel rey era tan bondadoso y tan condescendiente que le habían puesto el nombre de *Bonachón*. En cuanto al príncipe, como todo lo hacía con engaños y con artificios, sus súbditos le llamaban *Rico en Cautela*, y para abreviar le decían *Cautela*. Tenía un hermano menor con tantas buenas prendas como defectos el mayor; pero, a pesar de la diferencia de caracteres, existía entre estos dos hermanos una unión tan perfecta que a todo el mundo sorprendía. Además de las buenas cualidades morales que poseía el príncipe más pequeño, la belleza de su rostro y la gentileza de su persona le valieron el remoquete de *Hermoso*.

El príncipe Cautela era el que había inspirado al embajador del rey su padre aquella cláusula de mala fe que, gracias a la sagacidad de Sutil, se volvió contra ellos. Cautela, que ya no quería al rey padre de las princesas, con esto acabó por aborrecerle; de suerte que cuando se enteró de las precauciones que

este príncipe había adoptado con respecto a sus hijas, experimentó un malsano placer en hacer inútil la prudencia de un padre tan desconfiado. Cautela obtuvo permiso de su padre para emprender un viaje con pretextos que inventó, y tomó medidas que le llevaron a la torre de las princesas, como habéis visto.

Al examinar el castillo el príncipe observó que les era fácil a las princesas hacerse oír de los transeúntes, y en vista de ello decidió conservar su disfraz todo el día, porque si le descubrían podían llamar gente y hacerle castigar por su temeraria empresa. Durante toda la tarde siguió, pues, llevando las ropas y representando el papel de una mendiga de profesión, y por la noche, así que las tres hermanas cenaron, Cautela se quitó los harapos que le cubrían y se dejó ver con un traje de caballero cuajado de oro y de piedras preciosas.

Las pobres princesas se asustaron tanto al verle que huyeron precipitadamente. Sutil y Parlanchina, que eran ágiles, llegaron pronto a sus cuartos; pero a Perezosa, que apenas se daba maña para andar, la alcanzó el príncipe en un instante.

Inmediatamente se echó a sus pies, le declaró quién era y le dijo que la fama de su belleza y sus retratos le habían impulsado a dejar una corte deliciosa para ir a ofrecerle su amor. Perezosa se aturdió al pronto de tal manera que no podía responder al príncipe; pero como éste, a la par que le decía mil frases cariñosas y le hacía mil protestas, le rogaba con afán que le tomase por esposo en aquel mismo

instante, la princesa, que por su apatía natural no se encontraba con la energía necesaria para discutir, contestó indolentemente a Cautela que le creía sincero y que aceptaba su amor. Estas fueron todas las formalidades que necesitó para la celebración de aquel matrimonio; pero en el acto perdió la rueda, que se rompió en mil pedazos.

Entretanto Parlanchina y Sutil eran presa de extraños temores; habían corrido separadamente a sus cuartos y se habían encerrado en ellos. Estos cuartos estaban bastante distantes el uno del otro, y como cada una de las princesas ignoraba por completo la suerte de sus hermanas, pasaron la noche sin cerrar los ojos.

Al día siguiente el perverso príncipe llevó a Perezosa a una sala baja que estaba al final del jardín, y allí la princesa manifestó a Cautela la ansiedad en



PENAGOS.

que la tenían sus hermanas, ante las que no se atrevía a presentarse temerosa de que censurasen duramente su matrimonio. El príncipe dijo que él se encargaba de obligarlas a aprobarlo, y tras de algunas palabras salió y encerró a Perezosa sin que ella lo advirtiera; en seguida se dedicó a buscar a las princesas con gran cuidado. Estuvo algún tiempo sin poder averiguar en qué cuartos se habían encerrado. Al fin, como el deseo que siempre tenía Parlanchina de hablar fuera causa de que esta princesa hablase sola lamentándose, el príncipe se acercó a la puerta de su cuarto y la vió por el ojo de la cerradura.

Cautela le habló a través de la puerta y le dijo, como antes se lo dijera a su hermana, que era para ofrecerle su corazón y su amor para lo que se había propuesto entrar en la torre. Ponderó exageradamente su belleza y su talento, y Parlanchina, que estaba muy persuadida de que valía muchísimo, fué lo bastante para creer lo que el príncipe le decía. Le contestó con un torrente de palabras nada ásperas.

Preciso era que aquella princesa tuviese un extraño afán de conversación para hablar como lo hacía en aquellos momentos, porque se hallaba en un estado de abatimiento terrible, sin contar con que no habían comido en todo el día, por la sencilla razón de que en su cuarto no había nada que se pudiera comer. Como era muy perezosa y nunca pensaba más que en charlar, no tenía la menor previsión; cuando necesitaba algo acudía a Sutil, y esta amable princesa, que era tan laboriosa y previsora

como descuidadas sus hermanas, guardaba siempre en su cuarto infinidad de mazapanes, de pastas y de dulces secos y en almíbar que ella misma hacía.

Así, pues, Parlanchina, que no tenía aquella ventaja, sintiéndose apremiada por el hambre y por las tiernas protestas que le hacía el príncipe a través de la puerta, acabó por abrir a aquel seductor, y así que hubo abierto, él siguió representando perfectamente su comedia: había estudiado bien su papel.

Después salieron ambos de la estancia y se diri-



gieron a la despensa del castillo, en donde encontraron toda clase de manjares, porque el cesto siempre proveía de alimentos a las princesas para algunos días.

Al principio Parlanchina seguía con la pesadilla de lo que había sido de sus hermanas; pero fundándose no sé en qué, se le metió luego en la cabeza que ambas se habían encerrado en el cuarto de Sutil, en

donde no carecían de nada. Cautela hizo cuanto pudo por confirmarla en esta idea, y le dijo que al anochecer irían los dos en busca de las princesas. Parlanchina no fué de esta opinión; respondió que era preciso buscarlas así que acabasen de comer.

El príncipe y la princesa comieron juntos en la mejor armonía, y cuando concluyeron Cautela manifestó deseos de ver el salón principal del castillo. Dió la mano a la princesa, que le llevó a aquella estancia, y una vez allí comenzó nuevamente a ponderar el cariño que hacia ella sentía y las ventajas que encontraría casándose con él. Le dijo, como antes había dicho a Perezosa, que debía aceptar su amor en aquel mismo instante, porque si se reunía con sus hermanas antes de tomarle por esposo, aquéllas no dejarían de oponerse a ello, puesto que siendo sin disputa el más poderoso de los príncipes vecinos, más bien parecía una proporción para la mayor de las hermanas que para ella, y que por lo tanto aquella princesa nunca consentiría en una unión que él deseaba con todo el afán imaginable.

Parlanchina, tras de no poca conversación que nada significaba, fué tan loca como su hermana; aceptó al príncipe por esposo y no se acordó de la virtud de su rueca de cristal hasta que dicha rueca se rompió en mil pedazos.

Al anochecer Parlanchina volvió a su cuarto con el príncipe, y lo primero que vió fué su rueca hecha añicos. Se turbó a su vista y el príncipe le preguntó el motivo de su turbación. Como por su manía de



hablar era incapaz de callar nada, explicó neciamente a Cautela el misterio de los rucos, y el perverso príncipe sintió una gran satisfacción al saber que por ellas conocería con toda certeza el padre de las princesas la conducta poco prudente de sus hijas.

Parlanchina ya no quería ver a sus hermanas; temía, con razón, que no aprobasen su conducta; pero el príncipe se ofreció a ir en su busca y dijo que no le faltarían medios para persuadirlas a aprobarla. Después de esta promesa, la princesa, que no había dormido en toda la noche, se traspuso, y mientras dormía, Cautela la encerró con llave, como había hecho con Perezosa.

—¿No es verdad, hermosa condesa, que Cautela era un malvado y las dos princesas dos criaturas cobardes e imprudentes? Estoy indignado con los tres, y no dudo de que vos lo estaréis también; pero no ten-

gáis cuidado: serán tratados como se merecen. Sólo la prudente y animosa Sutil triunfará.

Cuando el pérfido príncipe hubo encerrado a Par-lanchina, recorrió todas las habitaciones del castillo, unas tras otras, y como todas las encontró abiertas, comprendió que la única que estaba cerrada por dentro era aquella a la que se había retirado Sutil. Como la arenga por él compuesta servía para todas, fué a enjaretar a la puerta de Sutil las mismas cosas que dijera a sus hermanas. Pero esta princesa, que no se dejaba engañar como las otras, le escuchó durante bastante tiempo sin responderle. Al fin, viendo que el príncipe sabía de cierto que ella estaba en la habitación, le dijo que si realmente su cariño hacia ella era tan grande y tan sincero como aseguraba, le rogaba que bajase al jardín y cerrase la puerta, y que después ella le hablaría todo lo que él quisiera desde la ventana de su cuarto, que daba al jardín.

Cautela no quiso aceptar este arreglo, y como la princesa seguía empeñada en no abrir, el perverso príncipe, loco de impaciencia, fué en busca de una tranca y echó abajo la puerta. Encontró a Sutil armada de un enorme martillo que habían dejado por casualidad en un guardarropa contiguo a su cuarto.

La emoción coloreaba la tez de la princesa, y aunque sus ojos chispeaban de cólera, Cautela la encontró hechicera. Quiso arrojarle a sus pies, pero ella le dijo con altivez, retrocediendo:

—¡Príncipe, si os acercáis a mí os abriré la cabeza con este martillo!

—¡Cómo!, hermosa princesa — exclamó Cautela con su acento hipócrita—, ¿el amor que se os tiene provoca un odio tan cruel?

Ponderó nuevamente, pero desde el extremo opuesto de la estancia, el ardiente cariño que le inspirara la fama de su belleza y de su maravilloso ingenio. Añadió que sólo se había disfrazado para ir a ofrecerle su corazón y su mano, y dijo que si había tenido el atrevimiento de echar la puerta abajo, ella debía perdonárselo atendiendo a la violencia de su pasión. Acabó intentando persuadirla, como hiciera con sus hermanas, de que le convenía aceptarle por esposo lo más pronto posible. Dijo además a Sutil que no sabía adónde se habían retirado las princesas sus hermanas, pues como sólo pensaba en ella, no se había tomado el trabajo de buscarlas.

La astuta princesa, fingiendo ablandarse, le dijo que era preciso buscar a sus hermanas y que después todas decidirían lo que había de hacerse; pero Cautela le respondió que no podía ir a ver en dónde estaban las princesas mientras ella no consintiese en casarse con él, porque sus hermanas no dejarían de oponerse a su matrimonio, a causa de los derechos que les daba el haber nacido primero.

Sutil, que desconfiaba con razón del pérfido príncipe, sintió que aumentaban sus sospechas al oír esta respuesta; tembló al pensar lo que podía haberles sucedido a sus hermanas, y resolvió vengarlas, librándose al mismo tiempo de una desgracia semejante a la que acaso les hubiera ocurrido a ellas. La prin-

cesa dijo, pues, a Cautela que consentía en casarse con él, pero que estaba persuadida de que los matrimonios que se hacían de noche eran siempre desgraciados, y que, por lo tanto, le rogaba que aplazase para el día siguiente por la mañana la ceremonia de prometerse mutuamente amor.

Añadió Sutil que daba palabra de no decir nada a las princesas, y le rogó que la dejase sola algún tiempo para pensar en Dios; que después le llevaría a una alcoba en la que encontraría una buena cama, y que ella volvería a encerrarse en su cuarto hasta la mañana siguiente.

Cautela, que no era un hombre muy valiente y que veía a Sutil armada con su enorme martillo, con el que jugaba como se juega con un abanico, consintió en lo que deseaba la princesa, y se retiró para dejarla meditar un rato.

Apenas se hubo alejado, cuando Sutil corrió a hacer una cama encima del agujero de un albañal que había en una habitación del castillo. Aquella habitación estaba tan limpia como otra cualquiera; pero por aquel albañal, que era muy grande, echaban todas las inmundicias del castillo. Sutil puso sobre el agujero dos palos cruzados muy poco resistentes, hizo luego una cama encima con todo esmero y se volvió corriendo a su cuarto.

Un momento después regresó Cautela y la princesa le llevó a la estancia en donde acababa de hacer la cama; en seguida se retiró.

El príncipe, sin desnudarse, se arrojó precipitada-

mente en el lecho, y como su peso rompió los palos, se cayó al fondo del albañal, sin poder asirse a ninguna parte, haciéndose veinte chichones en la cabeza y lastimándose todo el cuerpo. La caída del príncipe armó un ruido tremendo en el sumidero; éste no estaba muy lejos del cuarto de Sutil, por lo que la princesa supo en el acto que su ardid había dado el resultado que se prometiera, y sintió por ello una alegría íntima que le fué muy grata.

No se puede describir el placer que experimentó al oír al príncipe chapotear en el albañal. Merecía este castigo, y la princesa tenía razón de estar satisfecha.

Pero su alegría no era tan grande que no le permitiese pensar en sus hermanas. Su primer cuidado fué



buscarlas. A Parlanchina la encontró fácilmente. Cautela, después de encerrar a esta princesa, dejó la llave en la puerta de su cuarto. Sutil entró en aquel cuarto apresuradamente, y el ruido que hizo despertó a su hermana, que se azoró mucho al verla. Sutil le contó de qué manera se había librado del príncipe trapacero que había ido a engañarlas.

Esta noticia le hizo a Parlanchina el efecto de un rayo, porque a pesar de su desparpajo era tan poco avisada, que había creído neciamente todo lo que Cautela le dijera. Aun andan bobaliconas como ésta por el mundo. La princesa, disimulando su inmenso dolor, salió de su cuarto para ir con Sutil a buscar a Perezosa. Recorrieron todas las habitaciones del castillo sin encontrarla; al fin se le ocurrió a Sutil que tal vez estuviera en el cuarto del jardín. Encontráronla allí, en efecto, medio muerta de desesperación y de debilidad, porque no había comido nada en todo el día. Las princesas le prestaron los cuidados necesarios; después tuvieron una explicación que sumió a Perezosa y a Parlanchina en un profundo dolor; tras esto fueron las tres a descansar.

Entretanto Cautela pasó la noche muy incómodo y cuando amaneció no se encontró mucho mejor. El príncipe estaba en unas cavernas de las que no podía apreciar todo el horror porque allí no entraba nunca la luz. Sin embargo, con mil trabajos descubrió la salida del albañal, que daba a un río bastante distante del castillo.

Halló medio de hacerse oír de unos hombres que

pescaban en aquel río, y que le sacaron en un estado que les inspiró compasión. Se hizo llevar a la corte del rey su padre, para curarse; pero la desgracia que le había ocurrido le hizo concebir un odio tan violento contra Sutil, que más que en curarse pensaba en vengarse de ella.

Esta princesa padecía mucho con el recuerdo de la locura cometida por sus hermanas, cuyas impertinencias, por otra parte, ponían constantemente a prueba su paciencia.

Cautela, que ya era un gran trapacero, echó mano de todo su ingenio después de esta aventura para idear mayores trapacerías. Ni la caída por el albañal, ni las contusiones le mortificaban tanto como la rabia de haber encontrado una persona más lista que él. Como conocía el carácter de las dos princesas burladas, con objeto de tentarlas hizo poner bajo las ventanas de la torre grandes cajones con árboles cuajados de hermosos frutos.

Perezosa y Parlanchina, que solían estar en la ventana, no dejaron de ver aquellos frutos. En el acto sintieron grandísimos deseos de comerlos, e importunaron a Sutil para que bajase en el canasto a cogerlos. La condescendencia de esta princesa fué lo bastante grande para decidirla a complacer a sus hermanas; bajó y les dió aquellos hermosos frutos, que ellas comieron con la mayor avidez.

Al día siguiente aparecieron frutos de otra especie. Las princesas tuvieron un nuevo capricho y Sutil volvió a complacerlas. Pero los emisarios de Cau-

tela, que estaban escondidos, y que habían errado el golpe la primera vez, no lo erraron la segunda; apoderáronse de Sutil y se la llevaron a la vista de sus dos hermanas, que se tiraban de los pelos de desesperación.

Los servidores de Cautela cumplieron tan bien su cometido que llevaron a Sutil a una casa de campo, a la que había ido el príncipe a reponerse. Como estaba furioso con la princesa, le dijo una porción de cosas terribles, a las que ella contestó con una firmeza y una grandeza de alma dignas de una heroína.

Al cabo, después de tenerla prisionera unos días, hizo que la llevasen a la cima de una montaña altísima, adonde él llegó un momento después que la joven. Ya en el paraje, le anunció que iban a matarla de una manera que le vengaría de las malas pasadas que ella le había jugado. A continuación el pérfido príncipe mostró a Sutil un tonel todo erizado interiormente de cortaplumas, de navajas de afeitar y de escarpas, y le dijo que, para castigarla como merecía, iban a meterla en aquel tonel y a echarlo luego a rodar desde lo alto de la montaña.

Aunque Sutil no era romana, no le causó más terror el suplicio que le preparaban que le causara en otro tiempo a Régulo el anuncio de un fin parecido. La princesita conservó su firmeza y toda su presencia de ánimo.

Cautela, en vez de admirar su heroísmo, sintió un odio aún mayor contra ella y pensó en acelerar su



... le arrojó hábilmente al tonel y echó a rodar éste desde lo alto de la montaña...

muerte. Con este propósito se inclinó sobre la boca del tonel que debía ser el instrumento de su venganza para ver si estaba bien provisto de todas sus armas homicidas.

Sutil, que vió a su perseguidor ocupado en mirar, no perdió tiempo; le arrojó hábilmente al tonel y echó a rodar éste desde lo alto de la montaña antes de que el príncipe pudiera darse cuenta de lo que le pasaba. Hecho esto, huyó, y los servidores del príncipe, que habían visto con inmenso dolor la crueldad con que su amo quería tratar a la linda princesa, no se cuidaron de correr tras de ella para detenerla; además estaban tan aterrados con lo que acababa de ocurrirle a Cautela, que no pudieron pensar más que en detener el tonel, que rodaba con violencia. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles; rodó hasta el pie de la montaña, y allí sacaron de la barrica a su príncipe cubierto de heridas.

La desgracia de Cautela sumió en la desesperación al rey Bonachón y al príncipe Hermoso; en cuanto a los habitantes de sus Estados, no les impresionó. Todos aborrecían a Cautela, y hasta se admiraban de que el príncipe más pequeño, que tenía sentimientos tan nobles y tan generosos, pudiera querer a su perverso hermano mayor. Pero era tal la bondad de Hermoso, que amaba entrañablemente a todos los de su sangre, y Cautela había tenido siempre la habilidad de manifestarle tanto afecto, que el generoso príncipe jamás se hubiese perdonado el no corresponderle con vehemencia. Las heridas de su

hermano causaron, pues, un vivo dolor a Hermoso, que hizo cuanto pudo por curarlas pronto. Pero a pesar del esmero con que todos le cuidaban, nada alivió a Cautela; al contrario, sus heridas parecían empeorar de día en día y hacerle sufrir más.

Sutil, después de escapar del espantoso peligro de que se había visto amenazada, llegó felizmente al castillo en que dejara a sus hermanas, pero no estuvo mucho tiempo sin nuevas preocupaciones. A cada una de estas dos princesas le envió Dios un niño, y Sutil no sabía qué hacer con ellos.

Peró la princesa no se acobardó. Su deseo de evitar que llegase a conocerse la locura cometida por sus hermanas la decidió a exponerse una vez más, aunque se dió perfecta cuenta del riesgo que corría. Para asegurar el buen éxito de su plan, tomó todas las medidas que la prudencia puede inspirar: se disfrazó de hombre, encerró a los hijos de las princesas en unas cajas, haciendo en ellas unos agujeritos frente a la boca de los niños para que pudieran respirar, se procuró un caballo, cargó con estas cajas y con unas cuantas más, y con este equipaje llegó a la capital del rey Bonachón, en donde se hallaba Cautela.

Cuando Sutil se encontró en esta ciudad supo que la esplendidez con que el príncipe Hermoso recompensaba a cuantos proporcionaban un remedio a su hermano había atraído a la corte a todos los charlatanes de Europa.

Porque en aquellos tiempos había infinidad de aventureros sin profesión ni talento que se las daban

de hombres admirables, que habían recibido del cielo el don de curar toda clase de males. Estos hombres, cuya única ciencia consistía en engañar con el mayor descaro, gozaban de gran crédito. Sabían deslumbrar a las gentes con su extraño empaque y con los nombres estrafalarios que adoptaban. Los médicos de esta clase no permanecen nunca en el lugar de su nacimiento, y la circunstancia de venir de lejos es a veces un mérito para el vulgo.

La ingeniosa princesa, bien enterada de todo esto, se puso un nombre completamente exótico en aquel reino; este nombre era Sanatio. Después hizo anunciar por todas partes que el caballero Sanatio había llegado con secretos maravillosos para curar toda clase de heridas, las más peligrosas y las más enconadas. El príncipe Hermoso envió a buscar inmediatamente al supuesto caballero.

Acudió Sutil, representó maravillosamente su papel de curandero y soltó cinco o seis términos científicos con el mayor aplomo: no faltó un detalle. La buena presencia y los modales corteses de Hermoso llamaron la atención de la princesa, quien, después de hablar algún tiempo con el príncipe acerca de las heridas de Cautela, dijo que iba a buscar una botella de un agua incomparable y que entre tanto dejaba allí las cajas que había llevado y que contenían excelentes ungüentos, a propósito para el príncipe herido. Dicho esto se marchó el falso médico.

No volvía, y se impacientaban al ver que tardaba tanto. Cuando ya iban a enviarle un recado para

que volviese, oyeron llantos de niño en el cuarto de Cautela. Esto sorprendió a todo el mundo, porque no había niños. Alguien prestó atención y descubrieron que aquel llanto salía de las cajas del curandero.

Eran, en efecto, los sobrinos de Sutil. La princesa les había dado mucho alimento antes de ir al palacio, pero como de eso hacía ya tiempo, querían repetir y explicaban sus necesidades cantando con doliente entonación.

Abrieron las cajas y todos se quedaron atónitos



al ver allí, efectivamente, dos mamoncillos, a los que encontraron muy lindos. Cautela sospechó en seguida que aquello era una nueva jugarreta de Sutil; se puso furioso y con ello se agravaron sus males hasta el punto de que todos comprendieron que se moría.

El príncipe Hermoso estaba traspasado de dolor,

y Cautela, pérfido hasta el último instante, pensó en abusar de la ternura de su hermano.

—Siempre me has querido—le dijo—, y lloras mi pérdida. Ya no necesito pruebas de tu cariño; me muero; pero si verdaderamente me has tenido afecto, prométeme que me concederás lo que voy a pedirte.

Hermoso, incapaz de negarle nada a su hermano en el estado en que le veía, le prometió, con los más terribles juramentos, concederle todo lo que le pidiese.

En cuanto Cautela oyó estos juramentos, dijo abrazando a su hermano:

—Muero contento, puesto que seré vengado, porque lo que voy a suplicarte es que pidas a Sutil en matrimonio tan pronto como yo me muera. Seguramente casarás con esa perversa princesa, y en cuanto la tengas a tu lado, la clavarás un puñal en el pecho.

El príncipe Hermoso tembló de horror al oír estas palabras. Se arrepintió de sus imprudentes juramentos, pero ya no podía desdecirse, y no quiso dar a entender su arrepentimiento a su hermano, que expiró poco después.

Lo cual causó al rey Bonachón un dolor inmenso. En cuanto a su pueblo, lejos de llorar a Cautela, se alegró mucho de que por su muerte heredase la corona Hermoso, cuyas buenas cualidades apreciaba todo el mundo.

Sutil, que había vuelto felizmente una vez más junto a sus hermanas, se enteró en seguida de la muerte de Cautela, y al poco tiempo anunciaron a las tres princesas el regreso de su padre.

El monarca se apresuró a ir al castillo, y su primer cuidado fué pedir que le enseñasen las rucas de cristal. Perezosa corrió a buscar la ruca de Sutil, se la enseñó al rey, y haciéndole luego una profunda reverencia, volvió a dejar la ruca en el sitio en que la había cogido. Parlanchina hizo la misma maniobra, y Sutil, a su vez, mostró la ruca. Pero el rey quiso ver las tres rucas al mismo tiempo; sólo Sutil pudo enseñar la suya. Y el rey se enfadó tanto con sus dos hijas mayores, que en el acto se las envió al hada que le diera las rucas, rogándole que las tuviese a su lado toda la vida y las castigase como merecían.

Para comenzar el castigo de las princesas, el hada las llevó a una galería de su castillo encantado, en donde había mandado pintar la historia de infinidad de mujeres ilustres que se habían hecho célebres por su virtud y por su laboriosidad.

Por un efecto maravilloso del arte de magia, todas aquellas figuras tenían movimiento y estaban accionando de la mañana a la noche.

Por todas partes se veían trofeos y divisas en honor de aquellas mujeres virtuosas, y no fué pequeña mortificación para las dos hermanas el comparar el triunfo de aquellas heroínas con la triste situación a que su imprudencia las había reducido.

Para colmo de desdichas, el hada les había dicho con gravedad que, si hubiesen empleado tan bien el tiempo como las mujeres que veían pintadas en los cuadros, no hubiesen incurrido en los errores que

habían sido causa de su desgracia, pero que la ociosidad es la madre de todos los vicios y el origen de todos los males.

Añadió el hada que, para impedir que volviesen a ocurrirles semejantes desgracias, las iba a tener muy ocupadas.

En efecto, obligó a las princesas a dedicarse a los trabajos más duros y más humildes, y sin importársele que se les estropeará el cutis, las envió a sus huertos a coger guisantes y a arrancar las hierbas malas.

Perezosa no pudo soportar la desesperación que le causaba llevar una vida tan contraria a sus inclinaciones: murió de pena y de fatiga.

Parlanchina, que encontró medio, algún tiempo después, de escaparse una noche del castillo del hada, se abrió la cabeza contra un árbol y murió a consecuencia de esta herida en brazos de unos aldeanos.

El buen natural de Sutil la hizo lamentar profundamente la suerte de sus hermanas. En medio de sus penas supo que el príncipe Hermoso había pedido su mano al rey, su padre, y que éste se la había concedido sin decirle a ella nada; porque en aquellos tiempos, a lo que menos importancia se daba en los matrimonios era a la inclinación de los novios. Sutil tembló al recibir esta noticia; temía, con razón, que el odio que Cautela le profesaba se hubiese transmitido al corazón del hermano que tanto le quería, y se dió a sospechar si aquel joven se propondría casarse con ella para sacrificarla a su hermano.

Con este recelo fué la princesa a consultar a la pru-

dente hada, que la estimaba tanto como despreciara a Perezosa y a Parlanchina. El hada no quiso revelar nada a Sutil; únicamente le dijo:

—Princesa, sois discreta y prudente; si hasta ahora habéis tomado medidas tan acertadas, es porque siempre pensasteis que la desconfianza es madre de la seguridad. Seguir recordando la importancia de esta máxima y conseguiréis ser dichosa sin el auxilio de mi arte.

Sutil, que no pudo lograr del hada más explicaciones, se volvió a palacio presa de viva agitación.

Pocos días después la princesa se desposó con un embajador que representaba al príncipe Hermoso, y la llevaron junto a su esposo con gran pompa. Lo mismo la recibieron en las dos primeras ciudades fronterizas del rey Bonachón. Y en la tercera halló a Hermoso, que había salido a su encuentro por orden de su padre.

A todo el mundo le sorprendía la tristeza del príncipe en vísperas de un matrimonio que había manifestado desear; el rey estaba enojado con él por lo mismo, y le envió contra su voluntad a recibir a la princesa.

Cuando Hermoso la vió quedó maravillado de su belleza; algo le dijo a propósito de ello, pero de una manera tan confusa que los personajes de ambas cortes, que sabían cuán ingenioso y galante era el príncipe, creyeron que la princesa le había hecho una impresión tan viva que de puro enamorado perdía su aplomo.

En toda la ciudad resonaban gritos de alegría y no había más que conciertos y fuegos artificiales por todas partes. Al cabo, después de una cena magnífica, pensaron en llevar a los esposos a sus habitaciones.

Sutil, que no olvidaba la máxima que el hada le recordara, formó un proyecto. La princesa sobornó a una de sus doncellas que tenía la llave del guardarropa de las habitaciones a ella destinadas, y le mandó que llevase a dicho guardarropa paja, una vejiga, sangre de carnero y las tripas de algunos de los animales que comieran en la cena. La princesa entró en el guardarropa con un pretexto cualquiera, hizo un muñeco de paja, en el cual metió las tripas y la vejiga llena de sangre, y luego le vistió con ropas de mujer y un gorro de dormir.

Así que Sutil terminó aquel lindo monigote fué a reunirse con todos los cortesanos, quienes poco después acompañaron a la princesa y a su esposo a sus habitaciones. Después de consagrar al tocado nocturno todo el tiempo necesario, la dama de honor se retiró llevándose los candelabros. Inmediatamente Sutil acostó a la mujer de paja en el lecho y se escondió en un rincón de la alcoba.

El príncipe, luego de suspirar ruidosamente dos o tres veces, cogió su espada y atravesó con ella el cuerpo de la supuesta Sutil. En el mismo instante sintió correr la sangre por todas partes y encontró a la mujer de paja sin movimiento.

—¿Qué he hecho yo?—exclamó Hermoso—. ¡Co-



Inmediatamente Sutil acostó a la mujer de paja en el lecho...

mo, después de tan crueles vacilaciones, después de tanto pensar si cumpliría mis juramentos a costa de un crimen, he quitado la vida a una seductora princesa con quien me había casado cual si yo hubiera nacido para amarla! ¡Sus encantos me enamoraron desde el instante en que la vi! ¡Sin embargo, no he tenido fuerzas para desligarme de un juramento que un hermano, enloquecido por la rabia, me exigió por medio de una indigna sorpresa! ¡Ah! ¡cielos! ¿puede a uno ocurrírsele castigar a una mujer por ser demasiado virtuosa? Pues bien, Cautela, yo he llevado a cabo ya tu injusta venganza; pero ahora voy a vengar a Sutil con mi muerte. Sí, hermosa princesa, es preciso que con la misma espada...

Al oír estas palabras notó Sutil que el príncipe, que en su exaltación había dejado caer la espada, la buscaba para atravesarse con ella el cuerpo; no quiso que hiciese tamaña tontería, y le gritó:

—¡Príncipe, no estoy muerta! Vuestro buen corazón me hizo adivinar vuestro arrepentimiento, y con un inocente engaño os he evitado un crimen.

Tras estas palabras Sutil contó a Hermoso lo que había hecho con la muñeca de paja. El príncipe, loco de alegría al saber que la princesa vivía, admiró la prudencia de que daba muestras en todas las ocasiones, y le manifestó su gratitud por haberle evitado un crimen en el que no podía pensar más que con horror. No comprendía aquella ceguera suya que le había impedido ver la nulidad de los malhadados juramentos que exigieron de él con engaños.



De no haber estado Sutil convencida de que la desconfianza es madre de la seguridad, hubiera perecido y su muerte habría acarreado la de Hermoso, y luego se hubieran hecho mil comentarios acerca de la extravagancia de los sentimientos de aquel príncipe. ¡Vivan la prudencia y la presencia de ánimo! Ellas preservaron a los esposos de tremendas desgracias y les reservaron el porvenir más venturoso del mundo. Se profesaron siempre el uno al otro un cariño inmenso y pasaron muchos años rodeados de honores y en medio de una felicidad que sería difícil describir.

Tal es, señora, la maravillosa historia de Sutil. Os confieso que la he adornado y que os la he referido con algún detenimiento; pero cuando se pone uno a contar cuentos, es señal de que no tiene mu-

chas ocupaciones; trata uno de distraerse, y se me antoja que no cuesta gran trabajo alargarlos para hacer que dure más la conversación. Además me parece que la mayor parte de las veces todo el chiste de estos cuentecillos está en los detalles. Podéis creer, seductora condesa, que es fácil acortarlos resumiéndolos. Os aseguro que cuando queráis os referiré las aventuras de Sutil con muy pocas palabras. Sin embargo, no era así como me las contaban cuando yo



era niño: el relato de ellas duraba por lo menos una hora larga.

No dudo que sabréis que este cuento es muy famoso; lo que no sé es si estáis enterada de lo que la tradición nos dice acerca de su antigüedad. Nos asegura que los trovadores de Provenza crearon a Sutil mucho antes de que Abailard y el célebre conde de Thibault de Champagne escribieran novelas.

Las fábulas de este género encierran excelentes enseñanzas morales. Habéis observado, con mucha discreción, que es muy conveniente referírselas a los niños para inspirarles el amor a la virtud. No sé si en vuestra infancia os hablarían de Sutil; por lo que a mí respecta,

En vez de las antiguas fábulas de animales, me contaba mi aya los mil lances morales de esta historia estupenda. De males abrumado, en ella se aparece un príncipe malvado hundido por su horrenda ruindad en el abismo espantoso del vicio. Y vemos asimismo que dos lindas princesas en extremo imprudentes; que en un ocio completo—así eran de indolentes—, se pasaban la vida y que al cabo tuvieron un desliz, en pago a sus locuras recibieron un eficaz y rápido castigo. Pero así como en la linda historia de que os hablo aquí, castigado y vencido vemos siempre al vicioso, el bueno se nos muestra feliz y victorioso. Tras de mil incidentes imprevistos, Sutil, la discreta y prudente princesita gentil, y Hermoso, aquel mancebo de bondad sin igual, gozaron reunidos de una dicha cabal. Más que las aventuras del lobo o las del mico agradan estos cuentos. A mí cuando era chico me entretenían mucho; lo mismo les sucede a todos los chiquillos. Y aun creo yo que puede ofrecer interés esta clase de cuentos

a los más refinados y altos entendimientos,
si vos con vuestro ingenio queréis, bella condesa,
adornarlos. La Galia os invita a esta empresa.
Dignaos, pues, condesa, redimir del olvido
esos cuentos—sencillez y malicia—que han urdido
antiguos trovadores. Su sentido admirable
al de las fábulas de Esopo es comparable.



I N D I C E

Páginas

| | |
|---|-----|
| Prefacio del autor | 7 |
| La marquesa de Saluces o la paciencia de Grisélida... | 13 |
| Piel de asno | 61 |
| Los deseos ridículos | 93 |
| Cuentos en prosa | 103 |
| La hermosa del bosque encantado | 105 |
| Caperucita roja | 125 |
| Barba Azul | 131 |
| Maese Gato o el gato con botas | 143 |
| Las hadas | 153 |
| La Cenicienta o el zapatito de cristal | 159 |
| Riquet el del hopo | 173 |
| Pulgarcito | 189 |
| La princesa prudente | 209 |

BIBLIOTECA PERLA

PRIMERA SERIE

- | | |
|-----------------------------------|-------------------------------------|
| 1. Cuentos de Andersen. | 22. Cuentos de Nesbit. |
| 2. La cabaña de Tom. | 23. En preparación nuevo título. |
| 3. Robinsón Crusoe. | 24. Las tardes de la granja. |
| 4. Cuentos de Grimm. | 25. Veladas de la quinta. |
| 5. Viajes por Europa. | 26. Cuentos escogidos de Schmid. |
| 6. Viajes por América. | 27. Los últimos días de Pompeya. |
| 7. Viajes por Asia. | 28. Juegos de los niños. |
| 8. Viajes por Africa. | 29. Ben-Hur. |
| 9. Historia de España. | 30. Cuentos de Perrault. |
| 10. El invencible Tipiton. | 31. Más cuentos de Schmid. |
| 11. Cuentos mágicos. | 32. Recuerdos históricos del Mundo. |
| 12. Ivanhoe. | 33. Libro de cuentos. |
| 13. Cuentos y más cuentos. | 34. Quo Vadis? |
| 14. Historia Sagrada. | 35. Consejos a mi hija. |
| 15. A la ventura. | 36. Robinsón suizo. |
| 16. El reino de la fantasía. | 37. Zueco Rojo. |
| 17. Khing-chu-Fú. | 38. Viaje de Zueco Rojo. |
| 18. Las mil y una noches. | |
| 19. El unicornio y otros cuentos. | |
| 20. Fabiola. | |
| 21. Los mártires. | |

SEGUNDA SERIE

- | | |
|---|--|
| 1. Un viaje por España. | 9. Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo. |
| 2. Gil Blas de Santillana. | 10. El Imperio español. |
| 3. Don Quijote de la Mancha. | 11. México. |
| 4. Novelas ejemplares. (En preparación.) | 12. Las Repúblicas del Plata. |
| 5. Persiles y Segismunda. (En preparación.) | 13. Los países antillanos y la América Central. |
| 6. La Galatea. (En preparación.) | 14. Colombia, Venezuela y Ecuador. |
| 7. El Mundo y sus divisiones. | 15. Perú y Bolivia. |
| 8. Geografía Universal pintoresca. | 16. Chile. |

B I B L I O T E C A
E N C I C L O P É D I C A
P A R A N I Ñ O S

Titulos de los tomos publicados.

- | | |
|-----------------------------------|----------------------------------|
| 1. 7.117 pollos y medio. | 15. En preparación nuevo título. |
| 2. Lluvia de cuentos. | 16. En preparación nuevo título. |
| 3. Leyendas de Oriente. | 17. De artesano a emperador. |
| 4. Sucesos extraordinarios. | 18. Guía de la juventud. |
| 5. Premio de aplicación. | 19. España y su historia. |
| 6. Almacén de cuentos para niños. | 20. El recreo de mis hijos. |
| 7. Tesoro de los niños. | 21. Cuentos azules. |
| 8. Viejo astuto. | 22. En preparación nuevo título. |
| 9. Plaga de dragones. | 23. Cuentos infantiles. |
| 10. En preparación nuevo título. | 24. En preparación nuevo título. |
| 11. En preparación nuevo título. | 25. Pelusa. |
| 12. La alegría de los niños. | 26. Aventuras de Pinocho. |
| 13. Viajes extraordinarios. | |
| 14. En preparación nuevo título. | |

